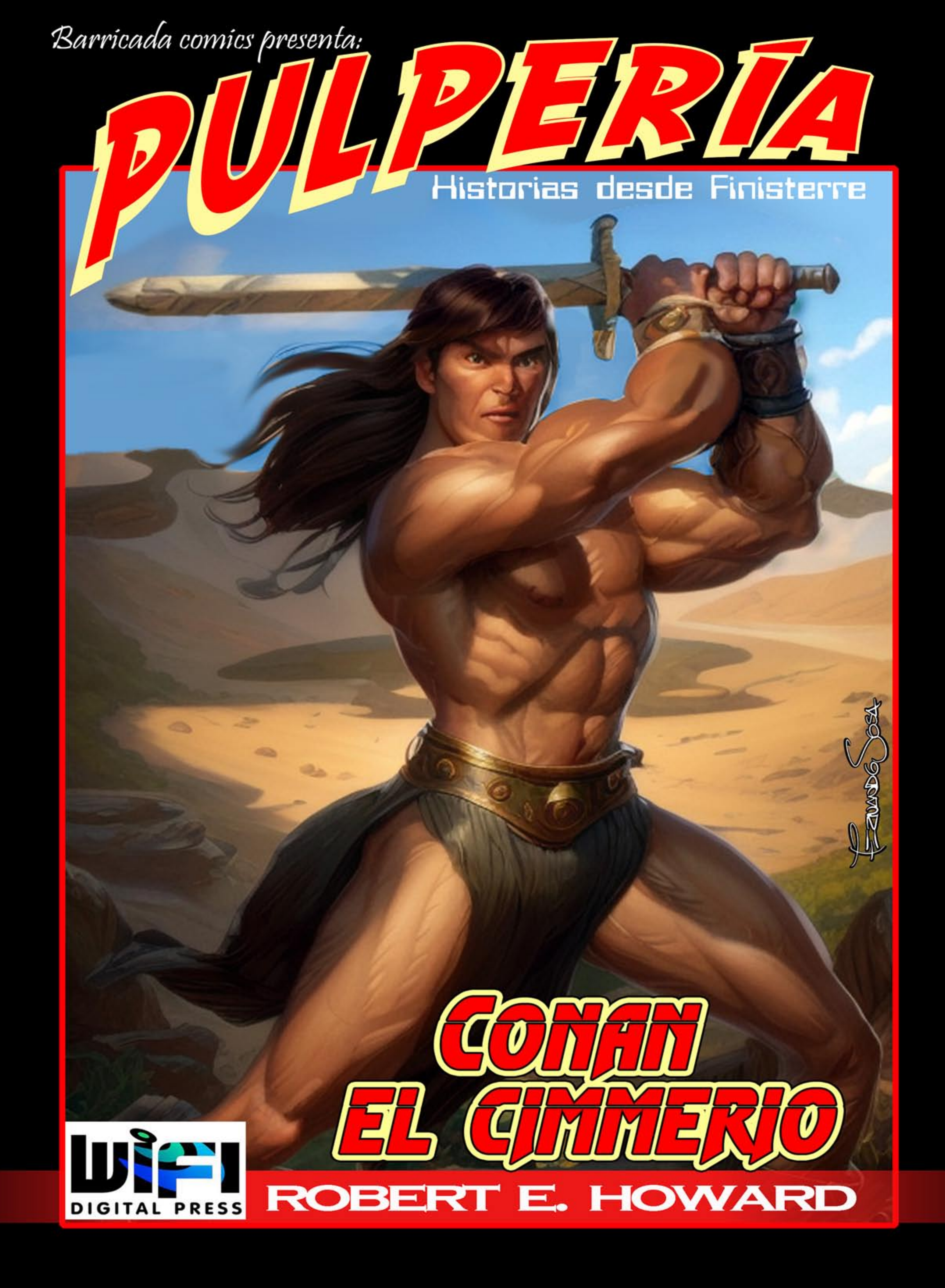


Barricada comics presenta:
PULPERÍA
Historias desde Finisterre
CONAN
EL CIMMERIO
WIFI
DIGITAL PRESS
ROBERT E. HOWARD


ROBERT E. HOWARD
CONAN

CONAN EL CIMMERIO

Robert E. Howard

El hombre de la espada lanzó una mirada a los muelles, que iban quedando rápidamente atrás, y donde los jinetes todavía agitaban los brazos en vano, pues parecían no encontrar una embarcación lo suficientemente rápida como para seguir a la veloz galera.-Yo soy Conan el cimmerio -repuso el joven-. He venido a Argos en busca de una plaza en el ejército, pero como no había ninguna guerra, me encontré sin trabajo.-¿Por qué te persiguen esos guardias? -preguntó Tito-. Sé que no es asunto mío, pero pensé que quizás...-No tengo nada que ocultar -dijo el cimmerio-. Por Crom, aunque he pasado mucho tiempo entre vosotros, los hombres civilizados, todavía no entiendo vuestra forma de actuar.»Pues bien, anoche estaba en una taberna y un capitán de la guardia real quiso abusar de la amiga de un soldado joven que, por supuesto, mató al oficial. Pero parece ser que hay una maldita ley que castiga severamente a quienes matan a los guardias del rey y por ello el soldado y la muchacha tuvieron que huir. Se corrió el rumor de que me habían visto con ellos y por eso me llevaron hoy ante el magistrado, que me preguntó hacia dónde habían huido los dos jóvenes. Yo respondí que puesto que él era mi amigo, no podía traicionarlo. El tribunal se indignó y el juez, furioso, habló acerca de mis deberes hacia el Estado, la sociedad y otras cosas que no entendí, y me ordenó que revelara el paradero de mi amigo. Para entonces era yo quien me había enojado, pues ya había explicado claramente mi posición.»Pero dominé mi ira y conservé la calma. El juez dijo gritando que yo había manifestado un profundo desprecio hacia el tribunal y que debía ser encerrado en una mazmorra para que me pudriera allí, hasta que traicionara a mi amigo. Por consiguiente, y

viendo que estaban todos locos, desenvainé mi espada y le partí la cabeza al juez; después me abrí paso entre el público presente y al ver allí cerca el caballo del alguacil, me apoderé de él y cabalgué hasta los muelles, donde esperaba encontrar un barco que partiera hacia el extranjero.-Bueno -dijo Tito con aire disgustado-, los tribunales me han perjudicado muchas veces en ocasión de litigios con ricos mercaderes, por lo que no les guardo ningún afecto. Tendré que responder a muchas preguntas si vuelvo a este puerto, pero supongo que podré demostrar que actué bajo amenaza de muerte. Puedes envainar tu espada. Somos pacíficos marinos y no tenemos nada contra ti. Además, no está mal tener a bordo un guerrero como tú. Vamos a popa a beber una jarra de cerveza.-Me parece bien -repuso rápidamente el cimmerio mientras envainaba su espada.El Argus era un barco pequeño y resistente, como todos los que comerciaban entre los puertos de Zingara y Argos y los de las costas del sur; estas embarcaciones solían mantenerse siempre a la vista de la costa y raras veces se aventuraban en alta mar. El Argus tenía una proa alta rematada en una roda curva; era ancho en el centro y se afinaba nuevamente hacia popa, desde donde se la hacía avanzar con un remo muy largo. El principal medio de propulsión lo suministraba la gran vela de seda con franjas de colores, auxiliada por un foque. Los remos se utilizaban para entrar o salir de los puertos y bahías, así como en las calmas, cuando no soplaba el viento. Había diez remos por banda, cinco a proa y cinco a popa de la cubierta central. La carga de mayor valor se colocaba debajo de esta cubierta de proa. Los marineros dormían en cubierta o entre las filas de bancos, protegidos durante el mal tiempo por unos baldaquines. La tripulación estaba compuesta por veinte hombres que manejaban los remos, tres en el timón y el capitán del barco.Así pues, el Argus avanzó resueltamente hacia el sur, ayudado por el buen tiempo reinante. El sol calentaba más intensamente a medida que pasaban los días, por lo que se plegaron los baldaquines de seda con franjas de colores, que hacían juego con las velas y con las brillantes telas doradas de la proa y de las bordas.Después de unos días de navegación avistaron la costa de Shem, formada por extensas praderas onduladas en las que se divisaban de lejos los blancos remates de las torres de las ciudades,

así como algunos jinetes de barba negra y narices aguileñas que, sentados en sus corceles a lo largo de la costa, contemplaban con recelo el paso de la galera. Ésta no fondeó allí, pues era escaso el beneficio que se obtenía comerciando con los fieros y astutos hijos de Shem.Tampoco se decidió el capitán Tito a atracar en la amplia bahía a la que iba a desembocar el caudaloso río Styx y donde se alzaban los elevados castillos negros de Khemi sobre las aguas azules. Ningún barco entraba sin ser invitado en aquel puerto, donde unos brujos morenos lanzaban terribles hechizos entre el humo oscuro de los sacrificios, que ascendía permanentemente de los altares manchados de sangre. En éstos había mujeres desnudas que gritaban desesperadamente y Set, la Antigua Serpiente, el superdemonio de los hiborios, pero dios de los estigios, retorcía los brillantes anillos de su cuerpo entre sus fieles.El patrón del barco se apartó de aquella costa de ensueño y de aguas transparentes, aun cuando tras un promontorio de tierra apareció una góndola con la proa en forma de serpiente y un grupo de desnudas muchachas morenas con grandes flores rojas en el pelo llamaban a los marineros y se ofrecían descaradamente en poses incitantes.Luego dejaron de verse las brillantes torres de la costa. Habían dejado atrás la frontera de Estigia y navegaban a lo largo de las costas de Kush. El mar y sus caminos eran una fuente de misterios insondables para Conan, que había nacido y se había criado en las elevadas montañas del norte. Por su parte, el bárbaro también despertaba el interés de los rudos marineros que jamás habían visto a un hombre de su raza.Eran marineros típicos de Argos, bajos y fornidos. Conan era mucho más alto que ellos, y dos juntos no alcanzaban a tener la fuerza del bárbaro. Aunque ellos eran resistentes y robustos, el cimmerio tenía la fuerza y la vitalidad de un lobo, con los músculos duros y los nervios aguzados por la vida que solía llevar en las zonas más inhóspitas del mundo. El cimmerio siempre tenía una sonrisa a flor de labios, pero era igual de rápido y terrible para la cólera. Conan tenía un apetito prodigioso, y las bebidas fuertes constituían su pasión y su debilidad. Era ingenuo como un niño en muchos aspectos, y no terminaba de acostumbrarse a los artificios de la civilización; tenía una gran inteligencia natural, era muy celoso de sus derechos y podía ser

peligroso como un tigre hambriento. Aunque era joven por su edad, los viajes y las guerras lo habían endurecido, y su estancia en muchos países se hacía evidente en su indumentaria. El casco adornado con cuernos era característico de los rubios aesires de Nordheim; su camisa de malla de acero, así como las placas para proteger sus extremidades, se contaban entre los trabajos más finos de los artesanos de Koth; la fina malla que protegía sus brazos y piernas era de Nemedia; la espada que ceñía al cinto era un enorme sable forjado en Aquilonia y su magnífica capa de color escarlata sólo podía ser producto de los telares de Ofir.Siguieron navegando hacia el sur. Al cabo de un tiempo, el patrón del barco comenzó a buscar con la mirada las aldeas de altas murallas de las gentes de color. Pero al llegar a una bahía sólo encontraron ruinas humeantes y entre éstas los cadáveres de negros desnudos. Tito lanzó un juramento.-Yo hice buenos negocios aquí en anteriores ocasiones -manifestó-. Esto es obra de los piratas.-¿Y si nos enfrentáramos a ellos? -preguntó el cimmerio mientras desenvainaba su enorme espada.-Éste no es un barco de guerra -repuso el capitán—. Nosotros escapamos, no luchamos. Sin embargo, algunas veces hemos vencido a la tripulación de un barco pirata, aunque nunca nos hemos enfrentado al Tigresa, de Belit.-¿Quién es Belit?-La más salvaje y demoníaca de las mujeres. A menos que haya visto mal, fueron sus carniceros quienes arrasaron esa aldea de la bahía. ¡Ojalá pueda verla algún día colgando de un peñol! La llaman la reina de la Costa Negra. Es una mujer de raza shemita que manda sobre un grupo de hombres negros. Constituyen una amenaza para la navegación y ya han enviado a muchos buenos comerciantes al fondo del mar.Tito trajo del puente de popa unas chaquetas acolchadas, así como cascos de acero, arcos y flechas.-De poco servirá enfrentarnos a ellos si nos atacan -dijo con un gruñido-. Pero duele en el alma dar la vida sin presentar un poco de resistencia.Era justo el alba cuando el vigía lanzó una voz de alarma. En torno al extenso cabo de una isla situada a estribor se deslizó la forma amenazante y esbelta de una larga galera con una cubierta que iba de proa a popa a más altura de lo normal. Cuarenta remos a cada lado la impulsaban velozmente por el agua, y las bordas estaban atestadas de negros desnudos que entonaban cánticos y golpeaban

sus lanzas contra unos escudos ovalados. En lo alto del mástil ondeaba un largo pendón de color carmesí.-¡Belit! -exclamó Tito palideciendo-. ¡Atención! ¡Poned la nave a cubierto! ¡Vamos hacia aquella caleta! ¡Si conseguimos llegar a la costa antes de que nos aborden, tendremos posibilidades de escapar con vida!Inmediatamente el Argus viró y se dirigió hacia los rompientes que se encontraban a lo largo de la playa sembrada de palmeras. Tito iba de un lado a otro, exhortando a los jadeantes remeros que multiplicaran sus esfuerzos. Al capitán se le pusieron los pelos de punta y sus ojos lanzaban destellos.-Dadme un arco -dijo Conan-. No lo considero un arma de hombres, pero he aprendido a manejarlo con los hirkanios, y me resultará fácil abatir a unos cuantos enemigos en la cubierta de aquel barco.De pie sobre el puente de popa, el cimmerio observó la galera en forma de serpiente que avanzaba ligeramente sobre las olas, y aunque era hombre de tierra, le resultaba evidente que el Argus jamás podría ganar aquella carrera. Las flechas que lanzaban desde la cubierta de la nave pirata caían con un silbido en el agua, a menos de veinte pasos de la popa.-Será mejor que nos enfrentemos a ellos -dijo el cimmerio bruscamente-. De lo contrario moriremos todos con una flecha clavada en la espalda y sin haber devuelto un solo golpe.-¡Remad fuerte, perros! -rugió Tito, haciendo un violento ademán con el musculoso puño.Los barbudos remeros gruñeron al inclinarse aún más sobre los remos; los músculos se marcaban en sus brazos y su piel estaba completamente bañada en sudor. La madera de la pequeña y ancha galera crujía violentamente mientras el casco hendía las aguas. El viento había dejado de soplar y la vela colgaba floja en el mástil. La nave enemiga se acercaba inexorablemente y se encontraba todavía a una milla de los rompientes cuando uno de los hombres que manejaba el timón cayó sobre el palo con una larga flecha clavada en el cuello. Tito saltó para ocupar su lugar, y Conan, de pie y con las piernas abiertas sobre la cubierta de popa, levantó su arco. Ahora alcanzaba a ver algunos detalles del barco pirata. Los remeros estaban protegidos por unas planchas metálicas ligeras dispuestas a los lados de la nave, pero los guerreros que danzaban sobre la alta y estrecha cubierta se hallaban totalmente al descubierto. Estaban casi todos desnudos y tenían el cuerpo

pintado, llevaban plumas y empuñaban lanzas y escudos.En la elevada plataforma de proa se erguía una delgada figura cuya piel blanca constituía un deslumbrante contraste con el brillo de ébano de los hombres que se encontraban a su alrededor. Era Belit, sin duda alguna. Conan cogió una flecha con plumas, y entonces una especie de escrúpulo o vacilación desvió su mano y lanzó el dardo que atravesó el cuerpo de un alto arquero emplumado que estaba al lado de ella.

El barco pirata iba ganando distancia al barco más pequeño. Las flechas llovían sobre la cubierta del *Argus* y alguno de sus tripulantes lanzaban un grito de vez en cuando. Todos los timoneles habían caído bajo la lluvia de flechas y Tito manejaba solo el pesado timón, mientras lanzaba maldiciones y hacía esfuerzos inauditos con los brazos y piernas. Pero en ese momento se derrumbó con un estertor porque una flecha que tenía clavada en la espalda le había atravesado el corazón. El *Argus* quedó a la deriva, a merced de la marejada. Los tripulantes comenzaron a gritar aumentando la confusión y entonces Conan decidió tomar el mando, como era habitual.-¡Arriba el ánimo, muchachos! -rugió mientras disparaba una flecha-. ¡Empuñad vuestras armas y devolved a esos perros algunos golpes antes de que os corten el pescuezo! ¡Ya de nada vale que os esforcéis sobre los remos! ¡Los tendremos a bordo antes de cincuenta remadas!Los remeros abandonaron a la desesperada los bancos y cogieron sus armas. Era una actitud valiente, pero inútil. Tenían tiempo para arrojar algunas flechas antes de que los piratas estuvieran encima de ellos. Sin nadie que manejase el timón, el *Argus* se balanceaba con fuerza y un momento despuésel espolón acerado de la proa de los atacantes chocó contra el barco mercante por el centro de la nave. Los rezones crujieron. Desde la elevada cubierta, los piratas negros lanzaron una lluvia de flechas que atravesaron las chaquetillas acolchadas de los desventurados marineros y luego saltaron con una lanza en la mano para completar la matanza. En la cubierta del barco pirata yacían una docena de cadáveres, fruto de la destreza de Conan con el arco.La lucha en el *Argus* fue breve y sangrienta. Los rechonchos marineros no pudieron oponer resistencia a los

bárbaros de elevada estatura, y fueron cayendo de uno en uno. En otro lugar de la nave, la lucha había tomado un cariz especial. Conan, de pie sobre la elevada popa, se hallaba al mismo nivel que la cubierta del barco pirata. Cuando la proa de acero se hundió en el costado del *Argus*, el cimmerio consiguió guardar el equilibrio a pesar del encontronazo, desechando luego el arco. Un corsario de gran estatura saltó sobre la borda y fue recibido en el aire por el enorme sable de Conan, que le cortó en dos por la cintura, de modo que el tronco cayó hacia un lado y las piernas hacia el otro. A continuación, y con un estallido de furia que dejó un montón de cadáveres sobre la cubierta, Conan dio un gran salto por la borda y cayó de pie sobre el Tigresa. En un instante, Conan se convirtió en el centro de un huracán de violencia; a su alrededor zumbaban las flechas y las lanzas, pero él se movía con una velocidad enceguecedora. Las flechas rebotaban en su armadura o azotaban el aire, al tiempo que su espada cortaba el aire con su son de muerte. La locura combativa de su raza se había apoderado de él, y con los ojos velados por una roja neblina irracional, hundía cráneos, aplastaba pechos, cercenaba miembros y desgarraba entrañas, dejando la cubierta llena de sangre y de despojos humanos. El espectáculo era espantoso.Invulnerable con su cota de malla y con la espalda apoyada contra el mástil, el cimmerio seguía amontonando cadáveres destrozados a sus pies, hasta que sus enemigos comenzaron a retroceder jadeando de miedo y de furia. Entonces, cuando los piratas lanzaron a un tiempo las lanzas con la intención de atacar y Conan se puso en tensión dispuesto a saltar y a morir, un grito agudo detuvo los brazos en alto. Los gigantes negros se quedaron inmóviles como estatuas de ébano, al igual que Conan, que se quedó rígido, con la espada chorreando sangre.Belit saltó delante de sus negros guerreros y les obligó a bajar las lanzas. Luego se volvió hacia Conan, con el pecho jadeante y los ojos centelleantes. Unos dedos fieros y ardientes estrujaron el corazón del cimmerio, que se colmó de una fogosa admiración. La mujer era delgada, pero tenía formas de diosa, esbeltas y voluptuosas a un tiempo. Su único atuendo consistía en un ancho cinto de seda. Las blancas extremidades y las esferas marfileñas de sus senos hicieron latir el pulso de Conan con loca pasión, aun en medio del furor de la

batalla pendiente. Sus cabellos eran oscuros como una noche de Estigia y le caían en suave cascada sobre su delicada espalda. Sus ojos negros ardían cuando miraba al cimmerio.La joven era indómita como el viento del desierto, ágil y peligrosa como una pantera. Se acercó a Conan sin prestar atención a la enorme espada manchada con la sangre de sus hombres. El suave muslo de la mujer rozó la pierna de él. Sus labios rojos se entreabrieron cuando miró los sombríos y amenazantes ojos azules del cimmerio.-¿Quién eres? —preguntó-. Por Ishtar, que jamás he visto a nadie como tú, a pesar de haber recorrido estos mares desde las costas de Zíngara hasta las últimas hogueras del sur. ¿De dónde vienes?-De Argos -respondió él escuetamente, temiendo algún movimiento traicionero.Si la mano de la mujer se acercaba a la enjoyada daga que llevaba en el cinto, de un solo manotón la dejaría sin sentido sobre la cubierta. Sin embargo, el cimmerio, en lo más profundo de su ser, no temía; había estrechado a demasiadas mujeres, civilizadas o bárbaras, en sus brazos de hierro, como para no reconocer el brillo que ardía en los ojos de aquélla.-¡Tú no eres un blando hiborio! —exclamó ella-. Eres valiente y duro como un lobo gris. Esos ojos nunca se han visto encandilados por las luces de la ciudad. Esos músculos no se han ablandado por la vida fácil entre paredes de mármol.-Soy Conan el cimmerio -contestó él.Para las gentes de climas tropicales y exóticos, el norte era un intrincado reino mítico poblado de feroces gigantes de ojos azules que de cuando en cuando descendían de sus heladas tierras con una antorcha y una espada. Sus incursiones nunca los habían llevado más al sur de Shem, por lo que aquella joven shemita no distinguía entre aesires, vanires o cimmerios. Con su inequívoco instinto femenino, se había dado cuenta de que había hallado a su amante y de que su raza no significaba nada salvo para proporcionarle el encanto que confieren los países remotos.

-Y yo soy Belit -exclamó ella, como diciendo: «Soy una reina».A continuación, la muchacha le tendió los brazos abiertos y le dijo:-¡Mírame, Conan! ¡Soy Belit, la reina de la Costa Negra! Oh, tigre del norte, eres tan frío como las nevadas montañas que te vieron nacer. ¡Tómame y estréchame con tu fiero amor! ¡Ven conmigo a los

confines de la tierra y de los mares! ¡Yo soy reina por el fuego, el acero y la muerte...; sé tú mi rey!Los ojos de Conan escrutaron las filas de guerreros manchados de sangre, en busca de una expresión de ira o de celos. Pero no vio nada de eso. La furia se había disipado en los rostros de ébano. El bárbaro se dio cuenta de que para aquellos hombres, Belit era algo más que una mujer. Era una diosa cuya voluntad era incuestionable. Conan lanzó una mirada al Argus, que se balanceaba sobre un mar teñido de rojo, con las cubiertas ensangrentadas, y retenido por los rezones de abordaje. Luego miró hacia la costa de tonalidades azules, después hacia las verdes brumas del océano y finalmente al vibrante cuerpo que se hallaba delante de él, y su corazón bárbaro se estremeció. Dominar aquellas brillantes tierras azuladas junto a la joven tigresa de piel blanca... Amar, reír, navegar, conquistar botines...-¡Iré contigo! -dijo él roncamente, sacudiendo las gotas de sangre de su espada.-¡Eh, N'Yaga! -dijo entonces la muchacha con voz vibrante como la cuerda de un arco-. ¡Trae hierbas curativas y atiende las heridas de tu amo! Los demás, traed el botín a bordo y alejémonos de aquí.Mientras Conan tomaba asiento con la espalda contra la barandilla de popa, para que el viejo chamán atendiese los cortes que tenía en brazos y piernas, la carga de la infortunada Argus fue rápidamente trasladada a bordo del Tigresa y almacenada en pequeños compartimentos que había debajo de cubierta. Los cadáveres de los tripulantes del barco mercante y de los piratas que habían muerto durante la batalla fueron arrojados por la borda y sirvieron de alimento a los tiburones que infestaban aquellas aguas. Los piratas heridos quedaron en el centro de la cubierta para ser curados. A continuación se soltaron los rezones de abordaje, y mientras el Argus se hundía silenciosamente en las aguas teñidas de sangre, el Tigresa se alejaba hacia el sur entre rítmicos golpes de remo.Cuando el barco comenzó a navegar por las cristalinas aguas azules, Belit subió a popa. Sus ojos ardían como los de una pantera en la oscuridad cuando se quitó sus adornos, sus sandalias y su cinto de seda y arrojó todo a los pies del cimmerio. Entonces, poniéndose de puntillas, con los brazos extendidos hacia arriba y completamente desnuda, gritó a sus gentes:-¡Lobos del mar azul, observad la danza del apareamiento de Belit, cuyos padres fueron

reyes de Asgalun!Y bailó como un torbellino en el desierto, como una llama inextinguible, como el impulso de la creación y de la muerte. Sus pies blancos rozaban suavemente la cubierta manchada de sangre, y los moribundos se olvidaron de morir mientras la contemplaban extasiados. Entonces, al tiempo que las blancas estrellas brillaban tenuemente a través del terciopelo azul del atardecer, haciendo de su cuerpo una borrosa llama marfileña, Belit lanzó un grito salvaje y se arrojó a los pies de Conan. El ciego deseo del cimmerio le hizo olvidar el mundo cuando estrujó su jadeante cuerpo contra las negras placas de su pecho acorazado.

2. El loto negro

«*En aquella ciudadela de la muerte de piedras destrozadas, sus ojos cayeron en la trampa de aquel fulgor profano y terrible. Una extraña locura me oprimió con fuerza la garganta, como un rival que se interpone entre dos amantes*.»(La canción de Belit) El Tigresa surcó los mares, y todas las aldeas negras de la costa se estremecieron. El tam-tam resonó en la noche, anunciando que la diablesa del mar había encontrado un compañero, un hombre de hierro cuya violencia superaba la del león herido. Entonces los sobrevivientes de los despojados navíos estigios maldijeron el nombre de Belit y el del blanco guerrero de los ojos azules. Por ello los príncipes estigios recordaron eternamente a este hombre, y su memoria fue un árbol amargo que dio frutos de color carmesí en los años que siguieron.Pero el Tigresa siguió navegando despreocupado como el viento errante, hasta que ancló frente a las costas del sur, en la desembocadura de un caudaloso y turbulento río cuyas orillas eran murallas selváticas llenas de misterio.-Éste es el río Zarkheba, que significa Muerte -dijo Belit-. Sus aguas son venenosas. ¿Ves cuan turbias y cenagosas fluyen? Sólo los reptiles ponzoñosos pueden vivir en ese río. Los hombres de piel negra lo evitan siempre. Una vez, una galera estigia que huía de mi barco se internó por este río y desapareció. Yo anclé en este mismo lugar, y

algunos días después la galera volvió flotando a la deriva sobre las oscuras aguas; estaba desierta y su cubierta aparecía manchada de sangre. Había un solo hombre a bordo, pero se había vuelto loco y murió sollozando. El cargamento estaba intacto, pero la tripulación había desaparecido silenciosa y misteriosamente.«Amado mío, yo creo que a orillas de este río hay una ciudad. He oído relatos acerca de torres gigantescas y de murallas que contemplaron desde lejos los pocos marinos que osaron remontar esta corriente. Nosotros no tememos a nada ni a nadie. ¡Conan, vayamos hacia allí y saqueemos la ciudad!Conan asintió; como hacía generalmente cuando Belit trazaba un plan. Ella era quien planeaba las incursiones y el cimmerio quien las llevaba a cabo. Poco le importaba a él hacia dónde navegar o contra quién combatiesen, mientras no dejaran de navegar y de combatir. El cimmerio estaba satisfecho con ese tipo de vida.Las batallas habían mermado la tripulación; sólo quedaban unos ochenta lanceros, apenas los suficientes para la larga galera. Pero Belit no quería perder el tiempo navegando hacia el sur, hasta las remotas islas donde reclutaba a sus bucaneros. La fogosa muchacha estaba deseando emprender aquella aventura; por consiguiente, el Tigresa se internó por la desembocadura del río. Los remeros tuvieron que esforzarse a fondo para superar el empuje de la caudalosa corriente.Doblaron el misterioso recodo que impedía la vista desde el mar, y al atardecer ya navegaban entre los bancos de arena en los que se movían extraños y ondulantes reptiles. Pero no vieron ni un solo cocodrilo, ni divisaron animal alguno ni pájaros que acudieran a saciar su sed en aquellas aguas. Continuaron avanzando en la oscuridad que precede a la salida de la luna, entre costas que eran como sólidas empalizadas de una vegetación impenetrable, de donde llegaba de vez en cuando un misterioso rumor de crujidos y de pisadas sigilosas, y se divisaba el fulgor de unos ojos amenazantes. Y una vez que se oyó la voz inhumana y burlona de un mono, Belit dijo que las almas de los hombres malvados estaban presas en aquellos animales parecidos al hombre, como castigo por sus crímenes pasados. Pero Conan tenía sus dudas al respecto, porque en cierta ocasión había visto en una jaula de barrotes dorados de una ciudad hirkania un animal triste de ojos abismales que, según le dijeron, era

un mono, y que no tenía nada de la demoníaca malevolencia que vibraba en la risa chillona que les llegaba desde la oscura selva.Entonces salió la luna como una mancha sanguinolenta, con un halo negro, y de las orillas surgió una terrible algarabía, como saludándola. Los rugidos, aullidos y gritos hicieron temblar a los guerreros negros, pero aquel bullicio, según pudo notar Conan, procedía del interior de la selva, como si los animales, al igual que los hombres, huyeran de las negras aguas del Zarkheba.Elevándose por encima de la densa negrura de los árboles y de los cimbreantes bosques frondosos, la luna plateaba la superficie del río, y la estela del barco se convertía en un centelleo de burbujas fosforescentes que se ensanchaba creando una luminiscencia de fulgurantes piedras preciosas. Los remos se hundían en las aguas y salían como empapados de plata helada. Las plumas de los guerreros se balanceaban bajo el viento y las gemas de las empuñaduras y arneses resplandecían con una luz helada.La fría luz de la luna iluminaba también las joyas que adornaban los negros rizos de Belit cuando extendió su hermoso cuerpo sobre una piel de leopardo colocada sobre la cubierta. Apoyada sobre los codos y con la barbilla entre las manos, la joven observaba el rostro de Conan, que estaba acostado a su lado con la oscura melena agitada bajo la tenue brisa. Los ojos de Belit eran como oscuras gemas que ardían a la luz de la luna.-El misterio y el terror nos rodean, Conan, y nos deslizamos hacia el reino del horror y de la muerte -dijo Belit-. ¿Tienes miedo?Por toda respuesta, él se limitó a encoger los hombros, cubiertos con la cota de malla.-Tampoco yo tengo miedo -repuso ella con aire meditabundo-. Jamás lo tuve. He contemplado demasiadas veces los desnudos colmillos de la muerte. Dime, Conan, ¿temes a los dioses?-Yo no pisaría sus sombras -contestó el bárbaro prudentemente-. Algunos son malignos y otros son propicios; al menos, eso afirman sus sacerdotes. Mitra, la diosa de los hiborios, debe ser una diosa fuerte, porque su pueblo ha construido ciudades en todo el mundo. Pero hasta los hiborios temen a Set. Y Bel, dios de los ladrones, es un dios bueno.

Cuando yo era ladrón, en Zamora, aprendí mucho de él.-¿Cómo son los dioses de tu pueblo? Nunca te he oído hablar de ellos.-El dios

principal es Crom, que vive en una gran montaña. Pero de nada vale invocarlo. Le importa muy poco si los hombres viven o mueren. ¡Es mejor callar que reclamar su atención, ya que suele enviar desdichas y no fortuna! Es implacable y sin compasión, pero infunde poder para luchar y matar en el momento de nacer. ¿Qué más puede pedir un ser humano?-¿Y cómo es vuestro mundo, más allá del río de la muerte? -insistió ella.-En el culto de mis gentes no hay esperanza aquí ni en el más allá -respondió Conan-. En este mundo los hombres luchan y sufren en vano, y sólo encuentran placer en el torbellino enloquecedor de la batalla; una vez muertos, sus almas entran en un reino gris, lleno de nubes y azotado por vientos helados, donde vagan tristes y melancólicas durante toda la eternidad.Belit se estremeció y dijo:-Por mala que sea la vida, es mejor que semejante destino. ¿Tú qué crees, Conan?

El cimmerio se encogió de hombros una vez más y dijo:-He conocido muchos dioses. Quien niegue su existencia está tan ciego como el que confía en ellos con una fe desmesurada. Yo no busco nada después de la muerte. Puede que exista la oscuridad de la que hablan los escépticos nemedios, o el reino helado y nebuloso de Crom, o las llanuras nevadas o los grandes salones de piedra del Valhalla de los habitantes de Nordheim. No lo sé, ni me importa. Que me dejen vivir intensamente mientras viva; quiero saborear el rico jugo de la carne roja y sentir el sabor ácido del vino en mi paladar, gozar del cálido abrazo de una mujer y de la jubilosa locura de la batalla cuando llamean las azules hojas de acero; eso me basta para ser feliz. Que los maestros, los sacerdotes y los filósofos reflexionen acerca de la realidad y la ilusión. Yo sólo sé esto: que si la vida es ilusión, yo no soy más que eso, una ilusión, y ella, por consiguiente, es una realidad para mí. Estoy vivo, me consume la pasión, amo y mato; con eso me doy por contento.-Pero los dioses son reales -dijo ella, siguiendo la línea de sus pensamientos-. Y por encima de todo están los dioses shemitas: Ishtar, Ashtoreth, Derketo y Adonis. Bel también es shemita, pues nació en la antigua Shumir hace muchísimo tiempo y entró en el mundo riendo, con su barba rizada y sus ojos picaros e inteligentes, a robar las joyas de los reyes de la antigüedad.-Existe la vida más allá de la muerte; yo lo

sé, y también sé esto, Conan de Cimmeria -dijo Belit poniéndose ágilmente de pie y estrechándole con un abrazo de pantera-: ¡Sé que mi amor es más fuerte que la muerte! Me has estrechado en tus brazos, jadeando con la violencia de nuestro amor; me has cogido y estrujado y me has conquistado, atrayéndome el alma a tus labios con la violencia de tus hirientes besos. ¡Mi corazón está soldado al tuyo; mi alma es parte de tu alma! ¡Si yo muero y tú tuvieras que luchar por tu vida, yo volvería del abismo para ayudarte; sí, lo haría tanto si mi espíritu flotara bajo las velas purpúreas del mar cristalino del paraíso, como si se retorciese entre las llamas del infierno! ¡Soy tuya, y ni los dioses ni la eternidad podrán separarnos!Un grito de espanto llegó desde el puesto de proa. Tras apartar a Belit a un lado, Conan se puso en pie de un salto, con la espada resplandeciente bajo la luz de la luna y los pelos de punta por la escena que estaba viendo. El vigía negro se tambaleaba sobre la cubierta apoyado en algo que parecía el tronco de un árbol oscuro y sinuoso que se balanceaba sobre la barandilla. Entonces Conan se dio cuenta de que se trataba de una gigantesca serpiente que había saltado por encima de la borda y sujetaba al desdichado vigía con sus enormes fauces. Las chorreantes escamas brillaban pálidamente bajo la luz de la luna, a medida que el reptil se retiraba de la cubierta, mientras el guerrero atrapado gritaba y se retorcía como una rata en los colmillos de una serpiente pitón. Conan corrió hacia la proa y alzando su enorme espada casi cortó en dos al gigantesco animal, que era más grueso que el cuerpo de un hombre. La sangre empapó la cubierta mientras el monstruo moribundo se alejaba sin soltar a su víctima, hasta que se hundió en el tenebroso río, anillo tras anillo, dejando tras de sí una sanguinolenta espuma, bajo la cual el hombre y el reptil desaparecieron juntos. A partir de entonces, Conan prosiguió la guardia personalmente, pero ningún otro monstruo llegó reptando desde las cenagosas profundidades del río. Cuando el cielo clareaba en la selva, el cimmerio divisó los negros colmillos de unas torres oscuras que se alzaban entre los árboles. Llamó a Belit, que aún dormía sobre la cubierta, envuelta en su capa de color escarlata, y ella corrió a su lado con los ojos brillantes por la emoción. la joven ordenó a sus guerreros que prepararan los arcos

y las flechas. Entonces sus hermosos ojos se abrieron desorbitados. Lo que vieron cuando doblaron un recodo y quedó ante su vista aquella orilla, era el fantasma de una ciudad. La maleza y los arbustos crecían profusamente entre las piedras rotas y las losas de lo que en un tiempo habían sido calles, plazas y grandes patios. Por todas partes, excepto en la misma orilla del río, crecía la selva, ocultando columnas caídas y túmulos derruidos con su verde veneno. Aquí y allá se veían enormes torres que alzaban su precario equilibrio contra el cielo de la mañana, así como columnas rotas que sobresalían por encima de los muros en ruinas. En el centro de la plaza se levantaba una pirámide de mármol rematada por una fina estatua, hasta que sus ojos agudos percibieron señales de vida.-Es un enorme pájaro -dijo uno de los guerreros, de pie en la popa.-No, es un murciélago monstruoso -afirmó otro.-Es un mono -dijo Belit.En ese momento, el engendro extendió unas alas muy amplias y desapareció volando hacia la selva. -Era una especie de mono alado -dijo el viejo N'Yaga, con gesto inquieto-. Será mejor que nos dejemos cortar el cuello antes que desembarcar en ese lugar. Está encantado.Belit se burló del supersticioso anciano y ordenó que la galera se acercara a la orilla y atracase en los muelles derruidos. Ella fue la primera en saltar a tierra, seguida de cerca por Conan; luego desembarcó la tropa de piratas de piel de ébano con sus blancas plumas ondeando bajo la brisa de la mañana, con las lanzas preparadas y los ojos observando con recelo la selva que los rodeaba.En aquel lugar reinaba un silencio tan siniestro como el de una serpiente dormida. Belit se irguió entre las ruinas; su vibrante y esbelto cuerpo, lleno de vida, contrastó extrañamente con la desolación y la destrucción que había a su alrededor. El sol se alzaba lentamente sobre la selva, llameante y amenazador, inundando las torres con una tenue luz dorada que hacía resaltar las sombras que se agazapaban entre los muros derruidos. Belit señaló una fina torre redondeada que parecía tambalear sobre sus inseguros cimientos. Conducía hasta ella un camino de losas flanqueado por columnas rotas entre las que crecían plantas; delante de la torre había un enorme altar. Belit recorrió con rapidez el antiguo camino de piedra y se detuvo delante del altar.-Éste era el templo de los antiguos -le dijo a Conan-. Mira, esos canalillos que

hay a los lados del altar son para la sangre. Las lluvias de diez mil años no han conseguido lavar las oscuras manchas que hay en la piedra. Las paredes se han derrumbado y este bloque de piedra sigue desafiando el tiempo y los elementos.-Pero ¿quiénes eran esos antiguos? -preguntó Conan. Ella extendió sus finas manos con un gesto de desamparo para subrayar sus palabras.-Ni siquiera en las leyendas se menciona a esta ciudad -dijo-. ¡Pero fíjate en los orificios para las manos que hay en ambos extremos del altar! Los sacerdotes solían esconder sus tesoros debajo de sus altares. ¡A ver si entre cuatro de vosotros podéis levantar esa losa!Belit retrocedió unos pasos para dejar sitio, al tiempo que miraba hacia la torre que se alzaba por encima de ellos. Tres de los guerreros más fuertes ya habían aferrado la losa por los huecos -que curiosamente no estaban hechos para manos humanas-, cuando Belit dio un paso atrás lanzando un grito de horror. Los negros se quedaron paralizados en su sitio y Conan, que se había agachado para ayudarlos, giró en redondo al tiempo que lanzaba una maldición.-Hay una serpiente entre la hierba -dijo ella retrocediendo-. Ven a matarla, Conan. Vosotros, seguid intentando alzar la losa.El cimmerio se acercó rápidamente a la joven y otro negro ocupó su lugar. Mientras Conan examinaba la hierba en busca de la serpiente, los gigantescos negros se apoyaron firmemente sobre los pies y entre gruñidos fueron levantando poco a poco la piedra, con los músculos tensos debajo de la piel de ébano. La losa del altar giró repentinamente hacia un lado. Al mismo tiempo se oyó un terrible estruendo y la torre se desplomó sepultando a los cuatro negros bajo los bloques de piedra.Un grito de horror surgió entre las filas de sus compañeros. Los finos dedos de Belit se clavaron en el brazo de Conan.-No había ninguna serpiente -susurró ella-. Era una artimaña para alejarte del altar. Sentí miedo, pues sabía que los antiguos guardaban bien sus tesoros. Ahora despejemos las piedras.Eso hicieron, y luego levantaron los cuerpos destrozados de los cuatro hombres. Debajo de éstos los piratas hallaron una cripta tallada en la roca viva. El altar, que giraba ingeniosamente hacia un lado por medio de rodillos de piedra, había servido de tapadera. A primera vista, parecía que la cripta estaba llena a rebosar de un fuego líquido que reflejaba la temprana luz del sol con un millón de facetas

resplandecientes.Allí, ante los ojos atónitos de los piratas, había una fortuna incalculable: diamantes, rubíes, sanguinarias, zafiros, turquesas, piedras de la luna, ópalos, esmeraldas, amatistas y otras gemas desconocidas, que relucían como los ojos de una mujer maligna. La cripta estaba abarrotada de brillantes piedras preciosas que centelleaban bajo los rayos del sol.Al tiempo que lanzaba un grito, Belit se dejó caer de rodillas entre los escombros manchados de sangre junto al borde de la cripta y hundió sus blancos brazos hasta el hombro en aquel mar de esplendor. Luego retiró los brazos, aferrando algo que le hizo lanzar otro grito de asombro. ¡Tenía en la mano una larga sarta de rubíes, que parecían coágulos de sangre, unidos por un grueso hilo de oro! Al reflejarse en el collar, la dorada luz del sol se convirtió en un resplandor rojizo.Los ojos de Belit parecían los de una mujer en trance. *El* corazón de los shemitas se emborrachaba con las riquezas y con el esplendor material, pero aquel espectáculo hubiera trastornado hasta el corazón del emperador de Shushan.-¡Recoged estas piedras preciosas, perros! -gritó ella, sin poder dominar su emoción. -¡Mirad! Un musculoso brazo negro señaló en dirección al Tigresa y Belit giró en redondo enseñando los dientes, como si esperara ver a un pirata rival acercándose para despojarla del botín. Pero sólo vieron alzarse, por encima de la borda del barco, una oscura sombra que se alejó volando hacia la selva.-¡El mono maligno ha estado en nuestro barco! -musitaron los negros inquietos.-¿Y eso qué importa? -exclamó Belit lanzando un juramento, al tiempo que se alisaba un rizo rebelde con gesto impaciente-. Haced una litera con las lanzas y las capas para cargar todas estas joyas. Eh, Conan, ¿dónde demonios vas?-Voy a echar un vistazo a la galera -dijo el cimmerio con un gruñido-. Esa especie de murciélago pudo haber hecho un agujero en la base de la galera, sin que nos hayamos dado cuenta. El bárbaro corrió rápidamente por las destrozadas piedras del embarcadero y saltó hacia la nave. Después de examinar por un momento el barco bajo cubierta, Conan lanzó una maldición y echó una mirada en dirección al lugar por el que había desaparecido el monstruo alado. Volvió rápidamente hacia donde estaba Belit, dirigiendo el saqueo de la cripta. La muchacha se había puesto el collar y los rojos rubíes brillaban esplendorosamente sobre su

blanco pecho. Un negro enorme estaba sumergido hasta las caderas en la rebosante cripta y extraía grandes puñados de piedras preciosas, que pasaba a los hombres impacientes que se hallaban arriba. Sartas de heladas iridiscencias colgaban entre los oscuros dedos del negro; eran como gotas de fuego rojo que formaban un increíble arco iris. El negro parecía un gigante a horcajadas sobre los llameantes pozos del infierno, con las manos llenas de estrellas.-Aquel maldito demonio volador ha agujereado las barricas de agua -dijo Conan-. Si no hubiéramos estado tan deslumbrados por estas piedras preciosas, hubiéramos oído el ruido que hacía el monstruo al acercarse. Fuimos necios al no haber dejado un centinela a bordo. No podemos beber el agua de este río.Voy a llevar veinte hombres para buscar agua fresca y potable en la selva.

Ella le miró con expresión confusa, con los ojos velados por la extraña pasión que la embargaba, mientras acariciaba con dedos nerviosos las piedras preciosas que llevaba en el pecho.-Está bien -repuso ella distraídamente, casi sin prestarle atención-. Voy a hacer que lleven el tesoro a bordo.La selva se cerró rápidamente detrás del grupo, al tiempo que la luz cambiaba del oro intenso al gris sombrío. De las ramas que formaban arcadas caían enredaderas que parecían serpientes. Los guerreros avanzaban en fila india, como negros fantasmas deslizándose bajo la luz crepuscular.Dentro de la selva la vegetación era menos densa de lo que Conan había pensado. El suelo estaba blando, pero no húmedo. Al alejarse del río, se inclinaba poco a poco formando pendiente. Cuanto más se internaban por la verde espesura, menores señales había de proximidad de agua, ya sea de fuentes o de pozos. Conan se detuvo súbitamente; sus guerreros le imitaron y se quedaron inmóviles como estatuas de basalto. En el tenso silencio que siguió, el cimmerio dijo en voz baja a N'Gora, un hombre de confianza:-Seguid derecho hasta que no podáis verme; entonces deteneos y esperadme. Creo que nos están siguiendo. He oído algo.Los negros parecían inquietos, pero obedecieron. Mientras ellos seguían su camino, Conan se ocultó rápidamente detrás de un enorme árbol, al tiempo que miraba hacia el lugar por el que habían venido. De aquella espesa vegetación podía surgir cualquier cosa. Pero no

ocurrió nada, y los débiles sonidos de la marcha de los lanceros se apagaron a lo lejos. De pronto el cimmerio sintió que el aire estaba impregnado de un aroma exótico. Algo le rozó suavemente la sien. Conan se volvió con rapidez. Desde una mata cuyas hojas tenían formas muy extrañas, unas enormes flores negras se inclinaron hacia él. Una de ellas era la que le había tocado. Parecían llamarle arqueando sus tallos en señal de invitación. Se extendían y susurraban, aunque no soplaba la menor brisa.Conan retrocedió rápidamente al reconocer el loto negro, cuya savia era mortal y cuyo perfume producía un sopor con sueños terribles. El cimmerio ya comenzaba a sentir un ligero letargo. Trató de desenvainar la espada para cortar los ondulantes tallos que se cernían sobre él, pero sus brazos se quedaron inertes a ambos lados del cuerpo. Abrió la boca para llamar a sus guerreros, pero de ella no salió más que un débil jadeo. Un segundo después, la selva empezó a dar vueltas con asombrosa rapidez y Conan comenzó a ver todo borroso, no, oyó los gritos de espanto que se escuchaban un poco más allá, pues se le doblaron las rodillas y cayó al suelo sin sentido. Por encima de su cuerpo postrado, las enormes flores negras se balanceaban en el aire sin que las moviera el viento.

3- Horror en la selva

«*¿Fue un sueño lo que trajo el loto negro?Entonces, maldito sea el sueño que angustió mi vida,y maldita la rezagada hora que no vela cálida sangre goteando del cuchillo de color carmesí.*»(La canción de Belit) Primero fue la oscuridad del vacío más absoluto, en el que soplaban fríos vientos del espacio cósmico. Luego unas formas vagas, monstruosas y etéreas se agitaron en el sórdido escenario de la nada, como si la oscuridad hubiera adoptado una forma material. El viento siguió soplando hasta que se formó un vórtice, una pirámide giratoria de rugiente negrura, del que salió la Forma y la Dimensión. Y de pronto, como si fueran nubes, las tinieblas se desvanecieron y una enorme ciudad de piedra de color verde oscuro

se alzó a orillas de un río caudaloso que fluía por una planicie sin límites. Por aquella ciudad se movían unos seres de formas extrañas.Aunque fundidos en el molde de la humanidad, se veía claramente que no eran hombres. Tenían alas y eran de dimensiones gigantescas. No provenían de una rama del misterioso tronco cuya evolución culminó con el ser humano, sino que se trataba del fruto maduro de un árbol diferente y extraño. Aparte de sus alas, aquellos seres se parecían físicamente al hombre en la misma medida en que éste se parece a los grandes monos. En desarrollo espiritual, estético e intelectual eran superiores al hombre de la misma manera que éste es superior al gorila. Pero cuando construyeron su gigantesca ciudad, los primitivos antepasados del hombre aún no habían surgido del limo de los océanos primordiales.Estos seres eran mortales, del mismo modo que lo es todo lo que está hecho de carne y sangre. Nacían, amaban y morían, si bien vivían muchísimos años.

Entonces, después de incontables millones de años, se inició el Cambio. El paisaje tembló como si fuera una imagen proyectada en una cortina agitada por el viento. Las eras pasaron por la ciudad y el campo al igual que fluyen las olas en el mar, y cada una de ellas produjo grandes cambios. En algún lugar del planeta se estaban alterando los centros magnéticos; los enormes glaciares y los campos de hielo se desplazaron hacia los nuevos polos.El litoral del gran río también se alteró. Las llanuras se convirtieron en pantanos en los que pululaban asquerosos reptiles. Donde se extendían fértiles praderas, surgieron primero bosques y luego densas selvas. Las transformaciones obraron también sobre los habitantes de la ciudad, si bien éstos no emigraron hacia nuevas tierras. Razones incomprensibles para el hombre los retuvieron ligados a su funesto destino.Y mientras aquella tierra, que antes fuera rica y poderosa, se hundía cada vez más en el negro cieno de la sombría selva, el caos se abatió sobre los habitantes de la ciudad. Terribles convulsiones estremecieron la tierra; las noches eran espeluznantes y los volcanes en erupción se recortaban como rojas columnas de fuego en el oscuro horizonte.

Después de un terremoto que sacudió desde las murallas exteriores hasta las torres más altas de la ciudad, el río adquirió un color negro durante varios días; alguna sustancia letal se había escapado de las profundidades subterráneas; una terrible transformación química se produjo en las aguas que las gentes habían bebido durante milenios. Muchas personas murieron después de beber aquellas aguas, pero quienes sobrevivieron sufrieron un cambio paulatino, tan sutil como aterrador. Al tener que adaptarse a las nuevas condiciones del medio, se hundieron muy por debajo de su nivel original. Pero las aguas letales provocaron en ellos una alteración mucho más terrible, y las nuevas generaciones se volvieron cada vez más bestiales. Los que habían sido dioses alados se convirtieron en demonios sin alas, con todo el vasto conocimiento de sus antepasados, pero distorsionado y pervertido de manera espantosa e infernal. Del mismo modo que habían alcanzado niveles muy superiores a los que la humanidad puede soñar, se hundieron más bajo de lo que se podía concebir en las peores pesadillas. Morían pronto, víctimas de su propio canibalismo, y en medio de las tinieblas de la medianoche estallaban en la selva tremendas peleas. Por último, entre las ruinas cubiertas por líquenes, entre los escombros de lo que había sido su esplendorosa ciudad, sólo quedó un ser, un cuerpo agazapado y deforme, una horrenda perversión de la naturaleza.Luego aparecieron los primeros seres humanos: hombres de piel oscura y rostro aguileño, que llevaban arneses de cobre y cuero y utilizaban arcos; se trataba de los guerreros de la prehistórica Estigia. Eran tan sólo cincuenta hombres agotados, demacrados y hambrientos a causa del prolongado esfuerzo; estaban sucios y cubiertos de arañazos y de vendajes manchados de sangre seca. La suya era una historia de guerras y derrotas, de una huida ante una tribu más fuerte que los llevó cada vez más hacia el sur, hasta que se perdieron en el gran océano de la selva y del mar.Se tendieron exhaustos entre las ruinas. Unas plantas que había allí y que sólo florecían una vez cada siglo agitaron sus rojos pétalos a la luz de la luna. Entonces les invadió el sueño. Mientras dormían, un ser repulsivo de ojos ardientes salió reptando de las sombras y realizó espantosos ritos extraños sobre todos los durmientes. La luna colgaba del cielo

sombrío tiñendo la selva de rojo y negro; por encima de los hombres que dormían brillaban tenuemente las flores rojas como manchas de sangre. Luego la luna se ocultó y los ojos del nigromante relucieron como rubíes en la noche oscura como el ébano.Cuando el alba extendió su blanco velo sobre el río, no había hombres a la vista; sólo el espantoso ser alado y peludo que estaba agazapado en medio de un círculo de cincuenta hienas enormes de piel manchada, que apuntaban con sus temblorosos hocicos hacia el cielo mortecino y aullaban como las almas condenadas en el infierno.A continuación una escena siguió a la otra con vertiginosa rapidez. Hubo un movimiento confuso, un retorcerse y fundirse de luces y sombras contra el fondo de la negra selva, las ruinas de piedras verdes y el cenagoso río. Unos hombres negros llegaron río arriba en barcas que tenían una calavera en la proa; otros se ocultaron sigilosamente entre los árboles, con lanzas en la mano. Corrían gritando en la oscuridad, huyendo de un par de ojos rojos y de unos colmillos imponentes. El aullido de hombres moribundos estremeció las sombras; unos pies furtivos avanzaron en silencio y unos ojos de vampiro horadaron las tinieblas con su fuego rojo. Hubo festines aterradores a la luz de la luna, ante cuyo disco luminoso una sombra con alas de murciélago aleteaba sin cesar.Y de repente, en claro contraste con aquellas escenas, por el recodo del río se vio llegar una larga galera atestada de brillantes cuerpos de ébano, en cuya proa se alzaba un gigante de piel blanca cubierto con una malla de acero.En ese momento, Conan se dio cuenta de que estaba soñando. Hasta aquel instante no había tenido consciencia de su existencia individual. Pero cuando se vio a sí mismo sobre la cubierta del Tigresa reconoció la frontera entre la realidad y el sueño, si bien no se despertó.Mientras esto pasaba por su mente, la escena cambió súbitamente hacia el claro de la selva en el que N'Gora y diecinueve lanceros negros se hallaban en actitud de espera. Cuando Conan empezó a comprender que le esperaban a él, un ser horroroso bajó del cielo, y la impasibilidad de los hombres fue interrumpida por el terror. Presas de pánico, arrojaron sus armas y corrieron como locos a través de la selva, seguidos de cerca por el monstruo que agitaba sus grandes alas por encima de ellos.El caos y la confusión siguieron a estas visiones, mientras Conan luchaba

por despertar con las pocas fuerzas que le quedaban. Se veía vagamente a sí mismo acostado bajo una movediza mata de flores negras, mientras desde los matorrales una figura repulsiva se arrastraba hacia él. Haciendo un esfuerzo titánico, Conan rompió las ligaduras invisibles que le mantenían preso en sus sueños, y se despertó.El cimmerio lanzó una mirada llena de asombro a su alrededor. Divisó cerca de él el loto negro que se agitaba y se apresuró a alejarse de la maligna planta.En el mullido suelo, cerca de donde se encontraba, vio un rastro que semejaba el de un animal al acecho antes de salir de su escondrijo, para luego retirarse sin llevar a cabo su propósito. Aquellas huellas parecían las de una hiena increíblemente grande.Conan gritó para llamar a N'Gora. Un silencio primordial se cernía sobre la selva, en la que sus gritos sonaron frágiles y huecos como una burla. No podía ver el sol, pero su instinto de hombre salvaje conocedor de la naturaleza le indicó que el día llegaba a su fin. Una sensación de pánico le invadió al darse cuenta de que había estado sin sentido durante muchas horas. Rápidamente siguió las huellas de los lanceros, hasta que llegó a un claro. Allí se detuvo en seco y un escalofrío le recorrió el cuerpo al reconocer el claro que había visto en el sueño que tuvo bajo la influencia del. loto negro. Había escudos y lanzas desparramadas por todas partes, como si hubieran sido arrojados al emprender una precipitada fuga.Por las huellas que llevaban fuera del claro de vuelta hacia la espesura de la selva, Conan se dio cuenta de que los lanceros negros habían escapado frenéticamente de algo que les amenazaba. Las pisadas se superponían y se confundían entre los árboles. Con la velocidad del rayo, el cimmerio salió de la selva y llegó hasta una rocosa colina empinada que caía de pronto formando un abrupto precipicio que tenía unos doce metros de altura. En el borde del abismo había algo agazapado.Al principio, Conan creyó que se trataba de un enorme gorila negro. Luego vio que era un negro gigantesco que estaba sentado en cuclillas, como un mono, con los largos brazos colgando y una baba espumosa cayéndole de los labios. Sólo cuando ese ser lanzó un alarido que parecía un sollozo y corrió hacia él levantando las manos, Conan advirtió que se trataba de N'Gora. El negro hizo caso omiso del grito de Conan y atacó con los ojos en blanco y los

brillantes dientes al descubierto; su rostro era una máscara inhumana.Con la piel erizada por el horror que la locura siempre inspira a las personas cuerdas, Conan alzó la espada y traspasó con ella el cuerpo del negro; luego, evitando las garras que se tendían hacia él mientras N'Gora caía, avanzó hacia el borde del precipicio.Durante un instante el cimmerio se quedó mirando las abruptas rocas que se divisaban abajo y sobre las cuales yacían los lanceros de N'Gora con el cuerpo retorcido, los miembros destrozados y los huesos deshechos. Ninguno de ellos se movía. Una nube de enormes moscas negras zumbaba por encima de las piedras manchadas de sangre; las hormigas habían comenzado a roer los cadáveres. En las ramas de los árboles más cercanos aguardaban los buitres y un chacal que, al mirar hacia arriba y ver a un hombre vivo en el risco, huyó furtivamente del lugar.Conan se quedó inmóvil durante unos segundos. Luego giró en redondo y volvió corriendo por donde había llegado, entre las hierbas, arbustos y enredaderas que le rodeaban y se interponían en su camino como serpientes. Llevaba la espada baja en la mano derecha y tenía una palidez desusada en el oscuro rostro.

El silencio que reinaba en la selva no se veía interrumpido por nada. El sol acababa de ponerse en el horizonte y grandes sombras se alzaban del limo de la oscura tierra. Conan avanzaba rápidamente a través de las gigantescas sombras de la muerte y la desolación, cubierto con la cota de malla. No se escuchaba otro sonido que su propio jadeo cuando salió de las sombras y llegó hasta las márgenes del río rodeadas de una luz crepuscular.Vio la galera adosada al muelle podrido. Sus restos se tambaleaban en la semioscuridad.Aquí y allá, divisó manchas de color rojo vivo entre las piedras, como si una mano descuidada hubiera dado unas pinceladas con una brocha empapada de pintura de color carmesí.Conan adivinó nuevamente la presencia de la muerte y de la destrucción. Frente a él yacían sus hombres, tendidos en el espacio que iba desde el límite de la selva hasta la orilla del río, entre las columnas rotas y a lo largo de los muelles derruidos, mutilados y devorados a medias, como tristes remedos de seres humanos.Alrededor de los cadáveres y de sus miembros

cercenados, se veían numerosas huellas de enormes patas, similares a los rastros que dejan las hienas.

Conan avanzó en silencio por el muelle, y al acercarse a la nave vio que de la cubierta colgaba algo que brillaba con un claro tono marfileño. Sin decir una sola palabra, el cimmerio se detuvo y vio el cuerpo de la reina de la Costa Negra que colgaba del peñol de su propia galera. Entre la cuerda de la que colgaba y su garganta había una ristra de piedras que parecían coágulos de color carmesí que brillaban como la sangre..., pero era el collar de oro con los enormes y resplandecientes rubíes.

4. Ataque desde el aire

«*Estaba rodeado de negras sombras; las fauces chorreantes se abrieron desmesuradamente y cayeron gotas rojas más gruesas que la lluvia; pero mi amor era más fuerte que el negro hechizo de la muerte, y ni siquiera las puertas de hierro del infierno podrían alejarme de su lado*.»(La canción de Belit) La selva era como un gigante negro que sostenía las ruinas de piedra entre sus hercúleos brazos.

Aún no había salido la luna y las estrellas eran fragmentos de ámbar incandescente en un firmamento en el que le esperaba la muerte agazapada. Conan el cimmerio estaba sobre la pirámide situada entre las torres derruidas, sentado como una estatua de hierro con la barbilla apoyada en sus fuertes puños. En las oscuras sombras se oyeron unos pasos quedos y se vio el fulgor de unos ojos rojos. Los muertos yacían en la misma posición en la que habían caído. Pero en la cubierta del Tigresa, en una pira hecha con bancos rotos, trozos de lanza y pieles de leopardo, dormía la reina de la Costa Negra su último sueño, con el botín amontonado a su alrededor: sedas, telas de oro, galones de plata, cofres llenos de joyas y de monedas de oro, lingotes de plata y teocalis dorados.Pero del botín

de la ciudad maldita sólo podían hablar las turbias aguas del Zarkheba, en las que Conan lo había arrojado al tiempo que lanzaba una maldición pagana. Ahora estaba sentado con gesto hosco en la pirámide, esperando a sus invisibles enemigos. La negra furia que alentaba en su corazón había alejado de él todo vestigio de temor. No sabía qué sombras podían surgir de la oscuridad, ni le importaba demasiado.Tampoco dudaba acerca de la veracidad de las visiones del loto negro. Comprendió que mientras le esperaban en el claro del bosque, N'Gora y sus compañeros habían sido atacados por el monstruo alado y que al huir, presas del pánico, se habían caído por el precipicio. Todos murieron menos su jefe, que de alguna manera había escapado a la muerte, aunque no a la locura. Mientras tanto, o quizá inmediatamente después, se produjo la aniquilación de los que estaban en la orilla del río. Conan tenía la seguridad de que aquello había sido una matanza más que una batalla. Dominados por el terror supersticioso, los negros murieron probablemente sin devolver un solo golpe en defensa propia cuando se vieron atacados por sus inhumanos enemigos.El cimmerio no comprendía por qué le perdonaban la vida tanto tiempo, a menos que el ser maligno que dominaba aquel lugar quisiera mantenerlo vivo para torturarlo con la pena y el miedo. Todo apuntaba hacia una inteligencia humana o sobrehumana: la destrucción de las barricas de agua para dividir a los piratas, el hecho de haber atraído a los negros hacia el precipicio y el último y más significativo detalle: la burla atroz del collar de rubíes anudado como el dogal de un ahorcado alrededor del blanco cuello de Belit.

Habiendo dejado, pues, al cimmerio como víctima escogida y tras haberle infligido una refinada tortura mental, era probable que el desconocido enemigo concluyera el drama matándole a él también. Los ojos de Conan se iluminaron con una cruel sonrisa de hierro al pensar en esto.La luna se alzó arrojando fuego sobre el casco de cuernos del cimmerio. De repente, el aire nocturno entró en tensión y la selva entera contuvo el aliento. Instintivamente, Conan comenzó a desenvainar su enorme espada. La pirámide sobre la que se encontraba tenía cuatro caras; una, la que daba a la selva, tenía unos amplios escalones. El cimmerio sostenía en una mano un arco

shemita como el que Belit había enseñado a usar a sus piratas, y a sus pies había un montón de flechas con plumas.Finalmente, algo se movió en la oscuridad. Recortándose súbitamente contra la luna que se alzaba en el horizonte, Conan vio una cabeza y unos hombros oscuros de aspecto bestial. Y detrás de aquel engendro llegaban corriendo rápida y silenciosamente... veinte hienas de piel manchada. Sus colmillos lanzaban destellos a la luz de la luna y sus ojos brillaban como nunca habían brillado los ojos de un animal.Eran veinte. Conan cogió una flecha. Se oyó el chasquido de la cuerda del arco y una sombra de ojos ardientes saltó por los aires y cayó al suelo retorciéndose. El resto de la manada no vaciló. Seguían avanzando y las flechas del cimmerio caían sobre los monstruos como una lluvia de muerte, lanzadas con toda la fuerza y la precisión de sus músculos de acero movidos por un odio infernal.A pesar de su ciega furia, Conan no erró el blanco. El aire se llenó de flechas cargadas de muerte. Los estragos causados por la embestida de la manada eran aterradores. Más de la mitad de sus enemigos cayeron antes de alcanzar el pie de la pirámide. Otros ascendieron por los amplios escalones. Al mirar sus ojos llameantes, Conan comprendió que aquellos seres no eran animales. No era sólo su tamaño sobrehumano lo que establecía la diferencia, sino que de ellos emanaba un aura tangible, como la oscura bruma que se alza de un pantano sembrado de cadáveres. No era capaz de adivinar qué alquimia infernal había dado vida a aquellos seres, pero lo que sí sabía era que se enfrentaba con una diabólica magia más negra que la del pozo de Skelos.Firmemente apoyado sobre sus pies, Conan tensó el arco y lanzó su última flecha contra el enorme cuerpo peludo que se abalanzaba sobre su garganta.

La flecha salió disparada como un rayo de luna. El monstruo sufrió una convulsión en el aire y se estrelló de cabeza, con el cuerpo atravesado de parte a parte.Entonces los demás se precipitaron sobre Conan como una pesadilla de ojos centelleantes y colmillos afilados. Su enorme espada dio cuenta del primer atacante, pero el desesperado embate de los demás le hizo caer al suelo. Aplastó un pequeño cráneo con la empuñadura de su sable, sintiendo que los

huesos se quebraban y la sangre y los sesos se derramaban sobre su mano. Luego dejó caer la espada, pues de nada le valía ante la proximidad de sus enemigos, y aferró la garganta de dos de los monstruos, que lanzaban zarpazos y dentelladas con una furia silenciosa. Un intenso olor acre inundaba sus fosas nasales y el sudor le cegaba. Sólo la cota de malla le había salvado hasta ese momento de quedar destrozado en un segundo. Su mano derecha asió por el peludo cuello a un adversario, y la izquierda, no pudiendo aferrar otra garganta, apresó una pata de la fiera y se la rompió. Un breve quejido, el único grito aterradoramente semihumano que se oyó en aquella lúgubre batalla, partió de las fauces de la bestia. Ante el espantoso horror que le produjo ese grito infrahumano, Conan aflojó involuntariamente a su presa.Otro de sus malignos enemigos, con la sangre chorreando de la destrozada yugular, saltó sobre Conan en un último espasmo de violencia y le clavó los colmillos en el cuello, si bien cayó muerto en el mismo instante.La otra fiera, apoyándose en sus tres patas ilesas, se abalanzó sobre el vientre del cimmerio lanzando dentelladas como un lobo, y le destrozó varios eslabones de su cota de malla. Conan esquivó a la bestia agonizante y la levantó con un esfuerzo que hizo surgir un quejido de sus labios manchados de sangre. Se tambaleó por un momento, sintiendo el aliento fétido y caliente del monstruo sobre su rostro, con las mandíbulas chasqueando al lado de su cuello, y luego le arrojó con violencia; en seguida se oyó el crujido de los huesos rotos al chocar contra los escalones de mármol.   Mientras se tambaleaba tratando de recobrar el equilibrio y el aliento, el cimmerio oyó el espantoso aleteo de un murciélago. Conan se puso nuevamente a la defensiva, sacó rápidamente su espada y la empuñó con fuerza, asestando un mandoble con las dos manos; luego sacudió la sangre que empañaba sus ojos y su rostro para mirar al cielo con intención de ver a su alado enemigo.Pero en lugar del esperado ataque procedente del aire, Conan notó súbitamente que la pirámide se tambaleaba, y vio que la elevada columna que estaba junto a él oscilaba como un péndulo. Aferrándose a la vida con todas sus fuerzas, Conan saltó lo más lejos que pudo; sus pies dieron en un escalón situado hacia el centro de la pirámide, y el siguiente salto lo impulsó lejos del monumento. En el momento en

que sus talones se apoyaban en el suelo, por un instante cataclísmico, del cielo parecieron llover fragmentos de piedra y de mármol. Poco después, la luna iluminaba con su luz blanquecina un montón de escombros.Conan se quitó de encima los pequeños trozos de piedra que cubrían parte de su cuerpo, y en ese momento un fuerte golpe le despojó del casco y le dejó momentáneamente aturdido. Encima de sus piernas tenía un enorme fragmento de columna que lo inmovilizaba contra el suelo. No sabía si sus extremidades estaban rotas o no. Sus negros rizos estaban impregnados de sudor, y la sangre le goteaba de las heridas que había recibido en la garganta y en las manos. El cimmerio levantó un brazo para tratar de librarse de los escombros que lo aprisionaban.Entonces algo descendió de las estrellas y cayó a su lado sobre el césped. Conan se dio media vuelta y vio... ¡al ser alado! Con la velocidad de un rayo, el monstruo se precipitó sobre el cimmerio, que pudo ver fugazmente al ser que le atacaba: era una figura gigantesca, humanoide, de piernas arqueadas, peludos brazos atrofiados, enormes garras negras y una cabeza deforme en cuyo rostro sólo se distinguía un par de ojos inyectados en sangre. Esa cosa no era humana, ni animal, ni demoníaca, aunque estaba dotada de características infrahumanas y sobrehumanas a la vez.Pero Conan no tenía tiempo para reflexiones ni especulaciones. Extendió los brazos hacia la espada que estaba en el suelo, pero sus dedos, arqueados como garfios, no pudieron cogerla. Lleno de desesperación, trató de empujar el trozo de columna que inmovilizaba sus piernas y las venas de las sienes se le hincharon por el esfuerzo. El pesado bloque fue cediendo poco a poco, pero el cimmerio se dio cuenta de que antes de que pudiera liberarse, el monstruo estaría encima de él. Y sabía muy bien que aquellas negras garras significaban la muerte.El ser alado no había dejado de volar. Se cerniódurante unos instantes sobre el postrado cimmerio como una sombra negra, con los brazos extendidos... y de repente un fulgor blanco se interpuso entre Conan y el murciélago.En un instante enloquecedor, ella estaba allí, con su cuerpo tenso y blanco, vibrante de fiero amor como una pantera. El asombrado cimmerio divisó entre su cuerpo y la muerte que se abalanzaba sobre él, el esbelto cuerpo blanco como el marfil; vio el

resplandor de sus ojos oscuros a la luz de la luna, la espesa mata de cabellos sedosos y brillantes, el pecho jadeante y los labios entreabiertos, que lanzaron un grito agudo que resonó como el acero cuando ella se abalanzó sobre el pecho del monstruo alado.-¡Belit! -exclamó Conan.Ella dirigió una rápida mirada al cimmerio y sus hermosos ojos oscuros reflejaron toda la fuerza de su amor, un amor natural como el fuego ardiente y como la lava incandescente. Un momento después ella desapareció y el cimmerio sólo vio al demonio alado que retrocedía dominado por un miedo insólito, con los brazos levantados como para defenderse de un ataque. Entonces Conan supo que Belit se hallaba realmente en la pira del *Tigresa*. En sus oídos resonó nuevamente la frase apasionada de la muchacha: «Si yo muero y tú tuvieras que luchar por tu vida, yo volvería del abismo para ayudarte...».Al tiempo que lanzaba un grito terrible, el cimmerio apartó la piedra a un lado. El monstruo alado volvió a *atacar* y Conan saltó para enfrentarse con él, con la sangre inflamada por la furia. Los poderosos músculos de sus antebrazos se pusieron en tensión cuando empuñó la enorme espada y describió un arco mortal apoyándose en los talones. Su mandoble alcanzó al monstruo justamente encima de las caderas y lo dividió en dos; las piernas cayeron a un lado y el tronco hacia el otro.Conan se quedó inmóvil bajo la silenciosa luz de la luna, con la espada apoyada en el suelo, contemplando los restos de su enemigo. Los incandescentes ojos rojos lo miraron durante unos instantes, luego se pusieron vidriosos y después se cerraron. Las grandes manos se estremecieron con un espasmo hasta que quedaron rígidas. La raza más antigua del mundo se había extinguido.Conan levantó la *cabeza*, buscando maquinalmente a las bestias que habían sido esclavas y ejecutoras del monstruo alado. Pero no vio a ninguna de ellas. Los cuerpos que ahora vio tendidos sobre la hierba eran de hombres, no de bestias; hombres rostros aguileños, de piel negra, traspasados por las flechas o destrozados por la espada. Y poco a poco se iban convirtiendo en polvo delante de sus ojos.¿Por qué el amo alado no había acudido en ayuda de sus esclavos mientras Conan luchaba contra ellos? ¿Acaso temía ponerse al alcance de unos colmillos que podían volverse contra él. La astucia y la cautela se habían albergado en aquel cráneo deforme, pero al final no le

habían servido de nada.El cimmerio dio media vuelta y se encaminó hacia los muelles derruidos, llegó hasta la galera y subió a bordo. Hizo unos cuantos cortes en las cuerdas, y la nave quedó a la deriva. Luego se dirigió al puente. El Tigresa se balanceó sobre las turbias aguas y se deslizó lentamente hacia el centro del río, hasta que corriente lo arrastró. Conan se inclinó sobre el timón, al tiempo que su sombría mirada se clavaba en el cuerpo que se encontraba en la pira envuelto en su capa y rodeado de riquezas que valían el rescate de una emperatriz.

5. La pira funeraria

« *Terminaron para siempre las aventuras; no se alzarán más los remos, ni ondearán las velas;el pendón escarlata ya no será el terror de las costas oscuras; mares azules del mundo, recibid nuevamente en vuestro seno a la mujer que me habéis entregado*.»(La canción de Belit) El alba tino nuevamente las aguas del océano de un tono violáceo. Un resplandor más rojo aún iluminó luego la desembocadura del río. Conan el cimmerio se apoyó sobre su espada, y desde la playa de arena blanca contempló al Tigresa, que se alejaba en su último viaje. No había luz en aquellos ojos que contemplaban las olas cristalinas. Sobre las ondulantes extensiones azules se alejaba toda su gloria y su alegría. Un estremecimiento le sacudió de pies a cabeza, mientras la verde superficie del mar se convertía en una misteriosa bruma de color púrpura.Belit había formado parte del mar, al que había conferido esplendor y vitalidad. Sin ella, los océanos habrían sido una vasta extensión desolada y triste. La joven había pertenecido al mar y él la devolvía a su insondable misterio. No podía hacer más. Para Conan, el radiante esplendor azul era más odioso aún que los verdes bosques que susurraban a sus espaldas y a los que debía regresar.No había nadie conduciendo el timón del Tigresa; ningún remo impulsaba la nave sobre las aguas. Pero un viento límpido y fresco henchía la gran vela de seda y, al igual que un cisne salvaje se remonta al cielo

para buscar su nido, así avanzó la galera mar adentro mientras las llamas ascendían cada vez más alto desde la cubierta, lamiendo el mástil y envolviendo el cuerpo cubierto con su capa de color escarlata.Así desapareció la reina de la Costa Negra. Siempre apoyado en su espada manchada de sangre, Conan permaneció en silencio hasta que el rojo fulgor se hubo desvanecido entre las brumas azules del horizonte y el amanecer tiñó de rosa y oro la superficie del océano.

El valle de las mujeres perdidas

Durante el tiempo que convivió con Belit, Conan se ganó el apelativo de Amra, el León, que le seguiría durante el resto de su vida. Belit ha sido el primer gran amor de su vida y después de su muerte el cimmerio no volverá al mar hasta pasados algunos años. Mientras tanto, se interna tierra adentro y se une a la primera tribu negra que le ofrece, refugio-, la de los belicosos bamulas. Al cabo de algunos meses ha luchado e intrigado hasta alcanzar el puesto de jefe de los guerreros de dicha tribu, cuyo poder crece rápidamente bajo la dirección del cimmerio. El redoble de los tambores y el estruendo del gran cuerno de elefante era ensordecedor, pero en los oídos de Livia el clamor sonaba como un confuso murmullo, monótono y lejano. Estaba tendida sobre un lecho en la gran cabaña, sumida en un estado de delirio que bordeaba con el desvarío. Los ruidos del exterior apenas afectaban sus sentidos. Aunque se encontraba aturdida, su mente caótica estaba obsesionada todavía con el

cuerpo desnudo y convulso de su hermano, por cuyos muslos temblorosos corría la sangre. Recortada sobre un oscuro fondo de formas y sombras enlazadas, aquella borrosa silueta blanca aparecía ante sus ojos con una implacable y aterradora nitidez.El aire quieto parecía latir entre gritos de agonía mezclados con un rumor de risas demoníacas.La muchacha no tenía consciencia de sus sensaciones como ente individual, separado y diferenciado del resto del cosmos. Se sentía embargada por una enorme tristeza y por un profundo dolor... Ella misma era un dolor cristalizado y hecho carne. Así pues, yacía tendida al borde de la inconsciencia, sin pensar y sin moverse, mientras en el exterior resonaban los tambores y los cuernos, y las voces bárbaras entonaban cantos odiosos, al tiempo que los pies desnudos marcaban el ritmo golpeando la tierra dura y las manos palmeaban con suaves cadencias.Pero finalmente la consciencia individual comenzó a manifestarse a través de su helada mente. Primero sintió un leve asombro al pensar que no había sufrido daños físicos. Aceptó esa especie de milagro sin agradecerlo. Actuando casi maquinalmente, se sentó en el lecho y se quedó mirando tristemente a su alrededor. Sus extremidades iniciaron unos movimientos débiles, como respondiendo a los centros nerviosos recién despiertos. Sus pies desnudos golpearon nerviosamente el suelo de tierra. Sus dedos se retorcieron convulsivamente sobre la falda de una ligera túnica corta que constituía su único atuendo. Recordó que una vez, y ello parecía haber ocurrido hace muchísimo tiempo, unas rudas manos le arrancaron el resto de la ropa del cuerpo, y que ella había llorado de miedo y de vergüenza. Le parecía extraño, ahora, que un hecho tan insignificante pudiera haberle causado tanta pena. Después de todo, la magnitud de la ofensa y la indignidad eran relativas, como muchas cosas.La puerta de la choza se abrió y entró una mujer, una criatura ágil como una pantera, cuyo cuerpo esbelto y flexible brillaba como el ébano pulido, y estaba cubierto tan sólo con un pequeño trozo de seda envuelto alrededor de sus estrechas caderas. El blanco de sus ojos reflejaba la luz de la hoguera del exterior, y su mirada era aviesa y maligna.Llevaba en la mano un plato de bambú lleno de alimentos: carne caliente, batata asada y un trozo de pan rústico, así como una jarra de oro trabajado llena de

una especie de cerveza conocida con el nombre de yarati. Depositó todo esto al lado del lecho, pero Livia no le prestó atención y siguió mirando fijamente hacia la pared de enfrente, cubierta de esteras hechas de cañas de bambú entrelazadas. La joven nativa rió, sus ojos lanzaron destellos y sus blancos dientes brillaron en la oscuridad. Y entonces, tras unas sibilantes palabras de desprecio y una caricia burlona que era más insultante que su lenguaje, se volvió y salió de la cabaña expresando mayor insolencia con el movimiento de sus caderas que la que pudiera manifestar cualquier mujer civilizada con palabras e insultos.Pero ni las palabras ni las acciones de la moza habían despertado la superficie de la consciencia de Livia. Todas sus sensaciones seguían vueltas hacia su interior, donde lo vivido de sus imágenes mentales hacía que el mundo real pareciera una escena irreal por la que desfilaban sombras y espectros. Comió con gestos maquinales y bebió sin apreciar el sabor de la cerveza.Siempre con movimientos mecánicos, se levantó al fin, se acercó con paso inseguro a la pared de bambú y se puso a mirar a través de una grieta. Un cambio repentino en el redoble de los tambores y en el resonar de los cuernos hizo reaccionar algún oscuro rincón de su mente, y le hizo pensar casi sin proponérselo.Al principio no alcanzó a comprender nada de lo que veía; todo resultaba caótico y sombrío. Los cuerpos se movían y se mezclaban, girando y haciendo contorsiones. Eran siluetas negras recortadas sobre un fondo de llamas rojizas cuyo resplandor aumentaba y disminuía. Luego las acciones y los objetos adquirieron sus propias dimensiones y Livia alcanzó a ver unos hombres y unas mujeres que se movían delante de la hoguera. La luz roja lanzaba destellos sobre los adornos de marfil y de plata; las plumas blancas ondeaban bajo el resplandor de la noche, y los cuerpos desnudos danzaban como si estuvieran tallados en la oscuridad de la noche y pintados en llamas de color carmesí.Sentado sobre un escabel de marfil, flanqueado por gigantes tocados con plumas y cubiertos con pieles de leopardo, había un personaje repulsivo, obeso y achaparrado, con aspecto maligno, que parecía un enorme sapo que apestaba como los pantanos podridos de la selva. El individuo tenía las rechonchas manos colocadas sobre el arco abultado de su vientre; su pescuezo

era un rollo de grasa que parecía proyectar su cilíndrica cabeza hacia adelante; sus ojos semejaban brasas ardientes y tenían una asombrosa vitalidad que contrastaba con la del resto de su grueso cuerpo, que daba la sensación de indolencia.Cuando la mirada de la muchacha se posó en aquella figura, sus miembros se pusieron en tensión y la vida volvió a latir frenéticamente en su cuerpo. Dejó de ser un autómata inconsciente, y se transformó en un ser sensible de carne y hueso; sintió un escalofrío y luego la sangre ardió en sus venas. El dolor fue sustituido por el odio, un odio tan intenso que a su vez se convirtió en dolor. Se sintió dura y quebradiza al tiempo, como si su cuerpo estuviera hecho de acero. Su aborrecimiento abarcaba todo su campo visual y se volvió tan tangible que pensó que el objeto de su odio caería muerto en su escabel tallado por la intensidad de sus sentimientos.Pero si Bajujh, rey de Bakalah, sintió alguna molestia a causa de la concentración psíquica de su prisionera, lo cierto es que no lo demostró. Por el contrario, continuó atiborrando su boca de batracio con puñados de golosinas que le tendía en una bandeja una mujer arrodillada, y siguió mirando hacia el amplio camino que formaban sus súbditos al apiñarse en dos densas filas a ambos lados.Livia comprendió vagamente que por aquel pasillo, flanqueado por una negra y sudorosa masa de hombres, iba a llegar algún personaje importante, a juzgar por el redoble estrepitoso de los tambores y el clamor de los cuernos. Y en ese momento apareció lo que los nativos estaban esperando.Los guerreros negros avanzaron en una columna de tres en tres hacia el reyezuelo sentado en la silla de marfil; sus plumas y el fulgor de las lanzas destacaban entre la abigarrada turbamulta. A la cabeza de los lanceros de ébano avanzaba a grandes zancadas un hombre que hizo estremecer violentamente a Livia; su corazón pareció detenerse y luego volvió a latir frenéticamente. El recién llegado se distinguía con toda claridad del resto. Al igual que sus seguidores, llevaba un taparrabo de piel de leopardo y un gran adorno de plumas pero, a diferencia de los demás, era un hombre blanco.No llegó hasta el escabel de marfil con aire de subordinado o de alguien que suplica, y cuando el recién llegado se detuvo delante del hombre achaparrado, se hizo un súbito silencio. Livia percibió la tensión que flotaba en el aire, si bien sólo adivinaba vagamente lo

que presagiaba. Durante un instante Bajujh permaneció sentado, con la gruesa cabeza vuelta hacia arriba, como un sapo descomunal; luego, como empujado contra su voluntad por la mirada firme y dominante del otro hombre, el reyezuelo se levantó con dificultad de su silla y se quedó de pie. haciendo una grotesca reverencia con la cabeza rapada. En seguida se alivió la tensión. De las filas de los habitantes de la aldea surgió un tremendo vocerío y, ante un ademán del desconocido, sus guerreros levantaron las lanzas y corearon a gritos un saludo para el rey Bajujh. Quienquiera que fuese el hombre blanco, Livia se dio cuenta de que debía de ser muy poderoso en aquella tierra, cuando Bajujh, el reyezuelo de Bakalah, se ponía de pie para recibirle. Y poder significaba prestigio militar, pues lo único que respetaban esos salvajes era la violencia.Desde ese momento, Livia permaneció con los ojos pegados a la grieta de la pared de la choza, observando al forastero. Sus guerreros se mezclaron con los bakalahs y bailaron, comieron y bebieron cerveza con ellos. El hombre blanco, junto con algunos de sus jefes, se sentó con Bajujh y sus lugartenientes, con las piernas cruzadas sobre esterillas, y comieron y bebieron hasta hartarse. La joven vio que el hombre blanco hundía las manos en los cazos de comida, al igual que los demás, y bebía de la misma jarra de cerveza que Bajujh, pero notó que se le concedía el respeto debido a un rey. Puesto que no había otro escabel de marfil, Bajujh renunció al suyo y tomó asiento sobre la esterilla, junto a su invitado.

Cuando traían una nueva jarra de cerveza, el rey de Bakalah apenas la probaba y se la pasaba en seguida al hombre blanco. ¡Poder! ¡Todo aquel ceremonial apuntaba al poder..., la fuerza..., el prestigio! Livia tembló llena de excitación cuando comenzó a forjar un plan en su mente.Siguió observando al hombre blanco con dolorosa intensidad, hasta que no hubo detalle alguno que pasara inadvertido para ella. Era alto; muy pocos de los gigantes negros que se encontraban a su alrededor le superaban en estatura o en corpulencia. Se movía con la agilidad de un enorme felino. Cuando las llamas se reflejaban en sus ojos, encendían en ellos un fuego azul. Llevaba unas sandalias atadas a sus piernas y de su enorme cinto colgaba una espada metida en una vaina de cuero. El visitante

tenía un aspecto extraño y poco corriente. Livia jamás había visto a un hombre semejante, pero no se preocupó por saber a qué raza pertenecía. Le bastaba con que su piel fuera blanca.Pasaron las horas y poco a poco fue disminuyendo la algarabía, ya que tanto los hombres como las mujeres se iban hundiendo en el sopor de la borrachera. Finalmente, Bajujh se puso en pie tambaleándose y levantó las manos, no para poner fin a la fiesta, sino para indicar que se rendía en aquella competición de bebida y de comida. Luego, a punto de desplomarse, fue recogido por sus guerreros, que le llevaron hasta su choza. El hombre blanco también se levantó, sin dar aparentemente muestras de hallarse afectado por la enorme cantidad de cerveza que había bebido, y fue escoltado hasta la cabaña de invitados por algunos de los hombres de Bajujh que estaban en condiciones de hacerlo. Desapareció en el interior de la choza, y Livia advirtió que una decena de guerreros que habían llegado con él tomaban posiciones en torno a la cabaña, con sus lanzas preparadas. Era evidente que el extranjero no se fiaba demasiado de la amistad de Bajujh.La muchacha recorrió la aldea con la mirada; parecía la representación de la noche del Juicio Final debido a la cantidad de cuerpos caídos que yacían en las calles. Ella sabía que numerosos centinelas en plena posesión de sus facultades cuidaban la empalizada exterior, pero los únicos hombres despiertos que vio allí eran los lanceros del hombre blanco... y algunos de éstos comenzaban a dar cabezadas y a apoyarse perezosamente en el asta de sus lanzas.Con el corazón latiendo intensamente, la joven se deslizó por la puerta trasera de su cabaña y pasó delante del centinela de Bajujh, que roncaba sonoramente. Livia atravesó el espacio que mediaba entre su choza y la del forastero como una sombra de marfil. Se arrastró de rodillas y avanzó hacia la parte posterior de la otra cabaña. Allí se hallaba un negro gigantesco en cuclillas, con la emplumada cabeza hundida entre las rodillas. La muchacha extremó sus precauciones cuando pasó delante de él y se acercó a la pared de la choza. Ella ya había estado encerrada en aquella cabaña, y sabía que había una estrecha abertura detrás de una esterilla que colgaba de una pared; esa grieta representaba su débil y patético intento de fuga. Encontró la abertura, se volvió de lado y, con movimientos sinuosos de su

cuerpo flexible, se introdujo en la habitación.El fuego de las hogueras del exterior iluminaba tenuemente el interior de la cabaña. Pero en seguida oyó una velada maldición, al tiempo que un puño de hierro la aferró por la cabellera y la arrastró hacia el centro de la choza.Desconcertada ante la rapidez del extranjero, la joven se apartó el cabello de los ojos y miró fijamente al hombre blanco, que la contemplaba asombrado con el rostro lleno de pequeñas cicatrices vuelto hacia ella. Tenía la espada desenvainada en la mano y sus ojos ardían como bolas de fuego, si bien no sabía si era de ira, recelo o sorpresa. El hombre le habló en una lengua que ella no entendió; no era gutural, como la de los negros, pero tampoco tenía un acento civilizado.-¡Oh, te lo ruego! -suplicó ella-. No hables en voz alta. Nos van a oír...-¿Quién eres? -preguntó el hombre, hablando en la lengua de Ofir, pero con acento bárbaro-. ¡Por Crom, jamás pensé encontrar una muchacha blanca en estas condenadas tierras!-Me llamo Livia -repuso la joven-, y soy prisionera de Bajujh. ¡Oh, escucha, por favor, escúchame! No puedo estar aquí mucho tiempo; tengo que volver antes de que noten mi ausencia en la cabaña. Verás, mi hermano... -un sollozo ahogó sus palabras, pero luego continuó- mi hermano Theteles y yo pertenecíamos a la casa de Chelkus, una familia de sabios y de nobles de Ofir. Mediante un permiso especial del rey de Estigia, a mi hermano le permitieron ir a Kheshatta, la ciudad de los magos, a fin de que estudiara sus artes, y yo le acompañé. Theteles era sólo un chiquillo, era menor que yo...La muchacha titubeó y su voz volvió a quebrarse. El forastero no dijo nada, pero siguió mirándola con ojos ardientes, gesto severo y rostro inescrutable. Había algo salvaje e indómito en su expresión que asustaba a la muchacha y la ponía nerviosa.-Los negros kushitas invadieron Kheshatta y la arrasaron -siguió diciendo Livia, hablando más rápidamente-. Nosotros justamente llegábamos a la ciudad con una caravana de camellos. Los soldados de la escolta huyeron, y los invasores nos capturaron y nos llevaron con ellos. No nos hicieron ningún daño y nos dieron a entender que parlamentarían con los estigios y aceptarían un rescate a cambio de nosotros. Pero uno de los jefes quería quedarse con todo el rescate, por lo que él y sus seguidores nos sacaron furtivamente del campamento una noche y huyeron con nosotros hacia el sureste,

hasta llegar a las fronteras de Kush. Allí fueron atacados y aniquilados por una banda de guerreros bakalah. Theteles y yo fuimos arrastrados hasta esta guarida de bestias salvajes... -la muchacha lloró convulsivamente-, y esta mañana mutilaron y mataron cruelmente a mi hermano delante de mí...Livia se quedó en silencio; parecía haber perdido el hilo del relato, pero luego añadió:- Arrojaron su cadáver descuartizado a los chacales. No sé cuánto tiempo estuve sin conocimiento...

Una vez más le faltaron las palabras. Levantó los ojos y vio el rostro ceñudo del extranjero. Entonces una furia incontenible embargó a la muchacha. Alzó los puños y golpeó el poderoso pecho del hombre blanco, que no pareció más afectado que si en su piel se hubiera posado una mosca.-¿Cómo puedes quedarte ahí como un bruto insensible? -gritó ella tratando de no alzar demasiado la voz—. ¿Eres acaso una bestia salvaje como todos los demás? ¡Oh, Mitra, alguna vez pensé que los hombres sabían lo que era el honor! Ahora veo que todos tienen su precio. Tú..., ¿qué sabes tú del honor, de la compasión o de la decencia? Eres un bárbaro como los otros. Sólo tu piel es blanca; pero tu alma es tan negra como la de ellos. ¡Poco te importa que un hombre de tu raza haya sufrido una muerte horrenda a manos de estos perros... y que yo sea su esclava! Muy bien.La joven se separó de él y agregó:-Voy a llegar a tu precio -dijo ella llena de ira al tiempo que desgarraba la ligera túnica que llevaba puesta, dejando al descubierto sus senos de marfil-. ¿No soy hermosa? ¿No soy más deseable que esas nativas? ¿No soy una recompensa digna por una muerte sangrienta? ¿No vale una virgen blanca el precio de matar a una persona? Entonces... ¡mata a ese perro negro de Bajujh! ¡Déjame que vea rodar su maldita cabeza por el polvo! ¡Mátalo! ¡Mátalo! —añadió golpeando un puño contra el otro, en frenética agonía-. Luego tómame y haz lo que quieras conmigo. ¡Seré tu esclava!El hombre blanco continuó en silencio, siempre de pie, como un titán, con la mano sobre la empuñadura de la espada.-Hablas como si fueras libre para entregarte a placer -dijo-, como si tu cuerpo tuviese el poder de hacer tambalear a un reino. ¿Por qué habría de matar a Bajujh a cambio de tu cuerpo? Las mujeres son tan baratas como

las plantas en esta tierra, y tu complacencia me tiene sin cuidado. Te valoras demasiado. Si yo te deseara, no tendría que tocarle ni un pelo a Bajujh para tomarte. Él te ofrecería a mí como obsequio con sólo pedírselo. Livia suspiró. Todo su ímpetu había desaparecido. La cabaña parecía dar vueltas. Se tambaleó y se dejó caer llena de abatimiento sobre el lecho. La amargura la inundaba al comprender el absoluto desamparo en que se hallaba. La mente humana se aferra inconscientemente a ideas y valores conocidos, aun en un medio extraño y en condiciones muy diferentes de aquellas en las que dichos valores tienen vigencia. A pesar de todo lo que había vivido, Livia creyó instintivamente que su ofrecimiento tendría algún valor, y ahora se asombraba al ver que no tenía ninguna trascendencia. No podía mover a los hombres como si fueran peones de un juego; por el contrario, ella misma era uno de esos peones.-Sí, es absurdo suponer que un hombre en este rincón del mundo actúe según las normas y costumbres existentes en otros países -murmuró Livia débilmente, apenas consciente de lo que estaba diciendo. Aturdida por este nuevo giro del destino, permaneció inmóvil hasta que el hombre blanco la cogió por los hombros con manos férreas y la hizo poner de pie.-Has dicho que soy un bárbaro -dijo él con aspereza-, y afortunadamente eso es cierto, gracias a Crom. Si tú hubieras tenido como escolta a gentes de tierras lejanas, en lugar de civilizados enclenques sin agallas, no serías la esclava de un cerdo esta noche. Yo soy Conan, un cimmerio, y vivo de lo que me da al filo de la espada. Pero no soy tan cruel como para dejar a una mujer en manos de un salvaje, y a pesar de que me insultes y me consideres un ladrón, debes saber que jamás he tomado a una mujer sin su consentimiento. Las costumbres difieren de un país a otro, pero si un hombre es lo suficientemente fuerte, podrá hacer respetar sus propias costumbres allí donde vaya. ¡Y nadie me ha llamado jamás cobarde! Aun cuando fueras vieja y fea como los buitres del infierno, te llevaría lejos de aquí y de Bajujh simplemente por tu raza. Pero eres joven y hermosa, y he visto tantas mujerzuelas nativas que estoy harto. Seguiré el juego según tus reglas, simplemente porque tu manera de pensar concuerda en parte con la mía. Regresa a tu choza. Bajujh está demasiado borracho esta noche para ir a buscarte, y

procuraré que mañana esté ocupado. Pero mañana por la noche calentarás mi lecho, y no el de Bajujh.-¿Cómo lo conseguirás? -preguntó ella temblando a causa de los sentimientos encontrados que la embargaban-. ¿Son ésos todos los hombres que tienes?-Son suficientes -respondió él con un gruñido-. Son bamulas y han mamado la guerra desde que nacieron. Yo he venido aquí a petición de Bajujh. Quiere que nos unamos para atacar a los jihiji. Esta noche han sido las fiestas; mañana celebraremos el consejo. Cuando terminemos, Bajujh estará celebrando consejo en el infierno.

-¿Romperás el pacto?-En estas tierras, los pactos sólo sirven para ser rotos -repuso hoscamente-. Él mismo va a romper su tregua con los jihiji. Y después que hayamos saqueado juntos su aldea, seguramente tratará de eliminarme a la primera oportunidad. Lo que en otro país se considera una negra traición, aquí es una muestra de sabiduría. He alcanzado mi posición de jefe guerrero de los bamulas con esfuerzo después de aprender todas las lecciones que nos enseñan los pueblos negros. ¡Ahora regresa a tu cabaña y duerme tranquila, sabiendo que tu belleza no será para Bajujh, sino para Conan!Livia siguió mirando a través de las cañas de bambú durante todo el día, temblando y con los nervios en una tensión insoportable. Desde que se despertaron las gentes de la aldea, extenuadas y embrutecidas por el alcohol después de la agotadora noche anterior, no habían hecho otra cosa que prepararse para la fiesta de la noche siguiente. Conan el cimmerio permaneció todo el día en la cabaña de Bajujh, y Livia no pudo saber lo que había ocurrido entre ellos. Procuró ocultar su excitación nerviosa delante de la única persona que entraba en la choza -la hostil nativa que le traía la comida-, pero ésta estaba demasiado afectada aún por las libaciones de la noche anterior para apreciar cualquier cambio en el estado de ánimo de la prisionera.Volvía a caer la noche. Las hogueras iluminaron la aldea y los jefes abandonaron la cabaña del reyezuelo y se sentaron en el espacio abierto que había delante de las chozas, con el fin de celebrar la última reunión, de carácter ceremonial. Esta vez se bebió mucho menos. Livia notó que los bamulas se aproximaban inadvertidamente al círculo de los jefes.

Vio a Bajujh y frente a él, al otro lado de los cazos de comida, divisó a Conan, que reía y hablaba animadamente con el gigantesco Aja, el jefe guerrero de Bajujh.   El cimmerio roía un enorme hueso, y de pronto lanzó una mirada por encima de su hombro. Como si fuera una señal que hubieran estado esperando, los bamulas volvieron la cabeza hacia su jefe. Conan se puso de pie, siempre sonriendo, como si quisiera acercarse a uno de los calderos que estaba algo más alejado. Entonces, con la rapidez de un felino, asestó un terrible golpe a Aja con el enorme hueso. El jefe guerrero de los bakalahs se desplomó con el cráneo roto y un alarido estremecedor rasgó el cielo nocturno cuando los bamulas entraron en acción como panteras sedientas de sangre. Los calderos volcados escaldaron a las mujeres que estaban sentadas; las paredes de bambú se desplomaron bajo el impactó de los cuerpos que se abalanzaban sobre ellas; lamentos agónicos cortaban el aire como cuchillos, y por encima de todo se oía el grito de guerra aterrador de los enloquecidos bamulas, cuyas lanzas estaban tan rojas como las llamas que las iluminaban.Bakalah era como un manicomio convertido en una ruina de color escarlata. La acción de los visitantes había paralizado a los infortunados nativos porque nadie esperaba aquel desenlace. En ningún momento habían pensado los anfitriones en un ataque. La mayor parte de las lanzas estaba dentro de las chozas, y muchos guerreros ya estaban borrachos. La caída de Aja fue la señal que dio comienzo a la masacre.Desde su lugar de observación, Livia se quedó helada, pálida como una estatua, con los dorados cabellos en desorden y los puños oprimiendo sus sienes. Tenía los ojos muy abiertos y su cuerpo estaba completamente rígido. Los lamentos de las víctimas y los gritos de los atacantes torturaban sus nervios como si se tratara de un tormento físico. Los cuerpos acuchillados que se agitaban espasmódicamente se borraron de sus ojos, pero luego adquirieron una espantosa nitidez. Vio las lanzas que se hundían en los negros cuerpos que se retorcían salpicando sangre. Vio las mazas que se abatían con una fuerza brutal sobre los cráneos. Los tizones salían despedidos a puntapiés de las hogueras y esparcían una lluvia de chispas; los techos de las cabañas humearon y luego empezaron a arder. Unos alaridos estridentes de angustia y de horror comenzaron

a resonar cuando las víctimas, aún vivas, eran arrojadas de cabeza contra las chozas llameantes. El olor a carne quemada comenzaba a enrarecer el aire, ya fétido a causa del sudor y de la sangre derramada.Finalmente, los tensos nervios de Livia cedieron, y fue ella quien comenzó a gritar como una poseída, entre el crepitar de las llamas y el clamor de la batalla. Se golpeó las sienes con los puños cerrados y sus alaridos se convirtieron en una risa histérica; daba la impresión de que había perdido el juicio. La muchacha se repetía en vano que eran sus enemigos los que morían de aquella forma horrible, que estaba ocurriendo lo que ella había deseado y planeado, y que el sacrificio atroz que estaba presenciando era el justo castigo por los males que le habían infligido a ella y a los suyos. Pero a pesar de estas consideraciones, un terror ciego se había apoderado de ella.Era consciente de que no habría ninguna piedad para las víctimas, que morían a mansalva bajo las lanzas implacables. Su única sensación, en ese momento, era un profundo miedo irracional y enloquecedor. Vio a Conan como una blanca silueta recortada contra los cuerpos de los negros. Vio centellear su espada, y los hombres caían como moscas a su alrededor. A continuación divisó un cuerpo obeso que se arrastraba por el suelo, cerca del fuego. Conan saltó hacia allí, pero quedó oculto tras unos cuerpos negros en movimiento. Se oyó un chillido agudo, y Livia vio fugazmente el grueso cuerpo del reyezuelo que caía al suelo chorreando sangre. Luego los bamulas siguieron luchando con los bakalahs, y el acero cortaba el aire como una flecha en la oscuridad.Inmediatamente después, la muchacha escuchó un alarido triunfal y primitivo. Conan se abría paso entre la multitud y se dirigía hacia la cabaña en la que se encontraba la muchacha. En la mano traía algo... A la luz de las llamas Livia pudo ver que se trataba de la cabeza del rey Bajujh. Tenía los ojos vidriosos vueltos hacia arriba, mostrando sólo el blanco; la mandíbula colgaba suelta como en una mueca trágica, y del cuello cortado caían gruesas gotas de sangre.Livia retrocedió lanzando un gemido. Conan había cumplido su promesa y ahora venía a reclamar su pago sosteniendo en la mano la prueba de que lo había realizado. Dentro de poco él la tocaría con sus dedos manchados de sangre y la besaría con aquella boca que aún jadeaba por el esfuerzo de la matanza. Este

pensamiento provocó el delirio en ella.La joven lanzó un grito de espanto, corrió por la choza y se arrojó contra la puerta posterior, que se desplomó bajo el impacto del golpe. Una vez fuera, Livia huyó a través de la aldea como un blanco fantasma en un reino de sombras negras y de llamas rojas.Algún oscuro instinto la llevó hasta las caballerizas. Un guerrero, que en aquel momento derribaba la valla, lanzó un grito de asombro cuando vio pasar corriendo a su lado a Livia. Su mano aferró el cuello de la túnica de la joven. Con un tirón frenético, ésta consiguió liberarse, dejando la prenda en las manos del negro. Los caballos relincharon e iniciaron una rápida estampida; pasaron al lado de ella y arrollaron al desprevenido guerrero. Los animales estaban aterrados por el fuego y por el intenso olor a sangre que había en el lugar.La muchacha se aferró ciegamente a las crines de un caballo que pasaba; fue levantada en vilo y volvió a caer de pie; luego dio un salto y, con gran esfuerzo, consiguió montar sobre el lomo del negro corcel. Presas de pánico, los animales del tropel cruzaron las llamas y levantaron una lluvia de chispas con los cascos. Las gentes de color vieron asombrados a la muchacha desnuda que cabalgaba a pelo sobre el caballo, con su melena dorada ondeando al viento. El caballo cruzó la empalizada con un salto impresionante y se perdió en el aire cálido de la noche.Livia no hizo intento alguno de guiar a su caballo. Los gritos y el resplandor del fuego se desvanecían a sus espaldas; el viento agitaba sus cabellos y acariciaba sus miembros desnudos. Sólo era consciente de su desesperada necesidad de seguir aferrada a las ondulantes crines del animal y de huir..., huir hasta los confines del mundo, lejos del dolor, de la pena y del horror.El animal cabalgó sin descanso durante horas, hasta que tropezó con una piedra y se desplomó, arrojando a su jinete al suelo.

La muchacha notó que caía sobre el suave césped, donde permaneció unos instantes aturdida. Luego oyó que el animal se alejaba trotando. Cuando Livia se incorporó, tambaleándose, lo primero que le impresionó fue el silencio que reinaba en aquel lugar. Era algo casi tangible, como un suave y oscuro terciopelo, que resaltaba aún más después del incesante redoblar de los tambores

y del resonar de los cuernos que la enloquecieron durante días. La joven miró al cielo, donde las grandes estrellas blancas se apiñaban en la oscuridad del firmamento. No había luna, pero el fulgor de las estrellas iluminaba tenuemente la tierra. Livia siguió inmóvil en la colina cubierta de césped sobre la que había caído y desde la cual las laderas se alejaban hacia el horizonte. Alcanzó a ver una línea oscura de árboles que señalaban el lugar en el que comenzaba la selva. Allí donde estaba sólo reinaba la quietud total en la inmensidad de la noche y una suave brisa mecía la hierba.La tierra era vasta y parecía adormecida. La caricia del viento hizo que Livia notara su desnudez. Se estremeció y se cubrió el cuerpo con las manos. Se sentía abrumada por la soledad y el silencio. Estaba completamente sola en lo más alto de la tierra y nada se ofrecía a su vista, salvo la noche y el viento.De pronto se sintió contenta por aquella soledad. Allí no había nadie que la amenazara ni la aferrara con manos rudas y violentas. Miró hacia adelante y vio que la falda de la colina descendía hacia un amplio valle en el que los árboles se cimbreaban y el tenue fulgor de las estrellas se reflejaba sobre lo que parecían ser flores esparcidas por el fondo del valle. Esto le trajo a la memoria un relato de los negros, que hablaban con temor de cierta vaguada en la que habitaba una extraña raza de mujeres jóvenes de piel bronceada que llevaban viviendo en aquel lugar desde antes que llegaran los antepasados de los bakalahs. Allí —decían ellos- las mujeres fueron transformadas en flores blancas por los antiguos dioses, a fin de que pudieran escapar de sus perseguidores. Ningún nativo osaba aventurarse en aquel valle.Pero Livia se dirigió hacia allí. Descendió por la pendiente cubierta de césped, que era como una alfombra de terciopelo a sus pies. Deseaba vivir entre aquellas flores blancas; allí ningún hombre se atrevería a poner sus rudas manos encima de ella. Conan había dicho que los pactos estaban hechos para ser rotos. Ella rompería su pacto con el cimmerio y se internaría en el valle de las mujeres perdidas... para perderse en medio de la soledad y de la quietud. La muchacha seguía descendiendo por la suave pendiente mientras estos pensamientos oníricos e inconexos afloraban a su mente, hasta que llegó al valle.Pero la inclinación de la ladera era tan imperceptible que cuando Livia estuvo en el fondo de la hondonada

no tuvo la sensación de estar rodeada de abruptas paredes rocosas. A su alrededor flotaban mares de sombras y sólo destacaban las grandes flores blancas, que se agitaban y susurraban como saludándola. La joven vagó sin rumbo fijo, apartando las matas con sus delicadas manos y escuchando el susurrar del viento entre las hojas y el borboteo de un arroyuelo que no alcanzaba a ver. Siguió avanzando como en un sueño, como si estuviera dominada por un hechizo irreal. Un pensamiento volvía una y otra vez a su mente: allí estaría a salvo de la brutalidad de los hombres. Entonces lloró, pero sus lágrimas eran de alegría. Después se tendió sobre el césped y se apretó contra la suave hierba como si quisiera retener para siempre en su seno el recién hallado refugio. Hizo una corona de pétalos blancos con las flores, que colocó sobre sus dorados cabellos. El perfume de las flores estaba a tono con todo lo que había en aquel valle: era maravilloso, sutil, cautivante. Luego continuó su marcha y llegó finalmente a un claro situado en el centro de la hondonada. Allí vio una enorme piedra que parecía tallada por manos humanas y que estaba adornada con helechos y con guirnaldas de flores. Se quedó mirando en esa dirección, y de pronto sintió que algo se movía cerca de allí.Se volvió y divisó unas siluetas que salían sigilosamente de las densas sombras. Eran unas esbeltas mujeres de piel cobriza, estaban desnudas y llevaban flores en el pelo. Se acercaron a ella sin hablar, como personajes de un sueño. Pero de pronto el terror se apoderó de la muchacha cuando miró a las mujeres a los ojos. Eran ojos luminosos y radiantes, pero no eran humanos. Las formas eran humanas, pero en aquellas almas se había producido un cambio que se reflejaba en sus ojos resplandecientes. El temor hizo presa en Livia. La serpiente alzaba su espantosa cabeza en el recién hallado paraíso. Pero ya no podía huir. Las esbeltas mujeres de piel bronceada la rodeaban. Una, más hermosa que las demás, se acercó en silencio a la temblorosa muchacha y la envolvió con sus delicados brazos cobrizos.

Su aliento tenía el mismo aroma que las flores blancas que se agitaban bajo la brisa nocturna. Sus labios oprimieron los de Livia en un beso largo y terrible. La muchacha blanca de Ofir sintió que un frío extraño le helaba la sangre. Sus miembros se volvieron frágiles

y quebradizos. Permaneció en los brazos de su captora como una estatua de mármol, incapaz de hablar y de moverse.Luego, unas manos suaves y ágiles la alzaron y la colocaron encima del altar, sobre un perfumado lecho de flores. Las cobrizas mujeres se cogieron de la mano y bailaron una extraña danza, alrededor del altar. Ni el sol ni la luna habían visto jamás una danza semejante, y las estrellas se volvieron más blancas y más luminosas, como si aquella oscura hechicería tuviese su respuesta en las profundidades del cosmos.Luego entonaron un cántico que era menos humano que el rumor del lejano arroyo. Era un murmullo de voces muy semejante al de las flores que se mecían bajo las estrellas. Livia estaba consciente, pero era incapaz de moverse. No se le ocurrió dudar de su cordura. No intentó razonar ni pretendió analizar nada de lo que ocurría. Ella existía, al igual que aquellas extrañas criaturas que bailaban a su alrededor, existían. Tenía pleno conocimiento de su ser, y esta convicción se apoderaba de ella mientras yacía impotente mirando hacia el cielo lleno de estrellas. Sabía de alguna manera que algo le iba a suceder, del mismo modo que les había ocurrido hacía mucho tiempo a las desnudas mujeres bronceadas que se hallaban a su alrededor y que las había convertido en los seres sin alma que eran ahora.Primero, y muy por encima de ella, Livia vio un punto negro entre las estrellas, un punto que se agrandaba y se expandía; luego se acercó a ella y se extendió hasta semejar un murciélago, y siguió creciendo, a pesar de lo cual su forma no cambió apreciablemente. La sombra negra se cernía sobre ella y después se abatió vertiginosamente en dirección a la tierra; unas alas enormes se extendieron por encima de la muchacha, que quedó oculta bajo su sombra. El cántico creció en intensidad y se apreciaba en él una suave alegría pagana, una bienvenida al dios que llegaba para recibir el sacrificio que se le ofrecía, la ofrenda blanca y sonrosada como una flor humedecida por el rocío del alba.Ahora el extraño ser se encontraba directamente encima de Livia, y el corazón de la muchacha se encogió helado por lo que vio. Las alas eran de murciélago, pero su cuerpo y el rostro que la contemplaba no se parecían a nada de lo que existe en el mar, en la tierra o en el aire. La joven sabía que estaba frente al horror más absoluto, frente a una cosa negra y

asquerosa nacida en los hondos abismos del cosmos, más inconcebible que el más espantoso de los sueños de un loco.Rompiendo al fin las ligaduras invisibles que mantenían embotada su voluntad, Livia lanzó un grito de horror. Éste fue contestado por otro más profundo y amenazador. Oyó cerca de ella el ruido de pasos precipitados y sintió como una especie de torbellino que giraba rápidamente. Las flores blancas se sacudieron violentamente, las mujeres cobrizas desaparecieron. Por encima de ella se cernía la enorme sombra negra, pero vio una alta silueta blanca tocada con ondulantes plumas que avanzaba rápidamente hacia el altar.-¡Conan! -gritó casi involuntariamente.Al tiempo que lanzaba un belicoso grito salvaje, el bárbaro saltó por los aires, empuñando su espada, que centelleó a la luz de las estrellas.Las enormes alas negras se alzaron y se abatieron sobre él. Livia, enmudecida de horror, vio al cimmerio envuelto por la negra sombra. La respiración del hombre se hizo jadeante y sus pies golpearon la tierra, aplastando las blancas flores contra el suelo. En el silencio de la noche se oyó el eco del impacto estremecedor. Conan fue zarandeado como un ratón en la boca de un animal salvaje. Su sangre salpicó el césped y manchó de rojo los pétalos que formaban una alfombra blanca sobre la tierra.Y entonces la muchacha, que observaba la lucha infernal como en una pesadilla, vio que la cosa de alas negras se tambaleaba en el aire. Se oyó un forcejeo supremo y un chasquido de alas mutiladas, y el monstruo, libre ya, se remontó hacia el firmamento y desapareció entre las estrellas. El vencedor quedó aturdido, con la espada aferrada fuertemente en sus manos y las piernas muy abiertas, asombrado de la victoria que acababa de conseguir, pero alerta y dispuesto a continuar la atroz batalla, si fuera necesario.Un segundo después, Conan se acercó al altar jadeando, mientras caían al suelo gruesas gotas de sangre a cada paso que daba. Su amplio pecho se ensanchaba y se contraía, brillante por el sudor que lo bañaba. La sangre le chorreaba del cuello y de los hombros, empañándole los brazos. Cuando el cimmerio tocó a la muchacha, el hechizo que la inmovilizaba desapareció repentinamente. Livia se incorporó y descendió del altar, pero retrocedió ante el contacto de la mano de Conan. Él se inclinó hacia la joven, que se hallaba encogida a sus pies, y le dijo:-

Mis hombres me contaron que te vieron salir a caballo de la aldea. Te seguí en cuanto pude hasta que hallé tu rastro, si bien no fue fácil a la luz de la antorcha. Vi el lugar en el que el caballo te arrojó al suelo, y aunque no vi tus huellas allí, estaba seguro de que habías descendido al valle. Mis hombres no quisieron acompañarme, por lo que he tenido que venir solo. Pero dime ¿qué valle es este? ¿Qué era esa cosa?-Es un dios -susurró ella-. Los negros me habían hablado de él. Es un dios que llegó de muy lejos, hace muchísimo tiempo.-Es un demonio del Negro Espacio Exterior -dijo Conan lanzando un gruñido-. Bah, no es nada raro. Abundan como moscas más allá del cinturón de luz que rodea al mundo. He oído a los sabios de Zamora hablar de ellos. Algunos logran llegar a la tierra, pero cuando lo hacen, han de adoptar alguna forma terrenal. Un hombre como yo, con una espada como la mía, puede enfrentarse a cualquier tipo de engendro con garras y colmillos, sea infernal o terrenal. Ven, mis hombres me esperan del otro lado de la colina.Livia se acurrucó, inmóvil y en silencio. No sabía qué decirle al hombre que la miraba con el ceño fruncido. Finalmente la muchacha dijo:-He huido de ti. Pensaba engañarte; no tenía intenciones de cumplir mi promesa. Puedes castigarme, si quieres.El cimmerio se sacudió el sudor y la sangre que le cubrían el rostro, envainó la espada y dijo:-Levántate. Reconozco que mi trato no era limpio. No siento ningún remordimiento por lo que le hice a aquel perro negro de Bajujh, pero tú no eres una muchacha que se pueda comprar o vender. Las costumbres de los hombres varían de un lugar a otro, pero no hay que comportarse como un cerdo. Después de haber recapacitado, comprendí que obligarte a cumplir tu promesa sería lo mismo que forzarte. Además, no eres lo suficientemente fuerte como para vivir en estas tierras. Eres una mujer de ciudad, de libros y de costumbres civilizadas; no es culpa tuya, pero seguramente morirías en seguida en este ambiente. Y de nada me serviría una muchacha muerta. Ven, te llevaré hasta la frontera de Estigia. Desde allí podrás regresar a tu hogar, en Ofir.-¿Mi hogar? ¿Ofir? ¿Mi gente? -repitió la joven mecánicamente-. Ciudades, torres, mi hogar...Súbitamente las lágrimas inundaron sus ojos y, cayendo de rodillas, Livia se abrazó a las piernas del cimmerio llorando desconsoladamente.-Por Crom, muchacha —dijo

él turbado—. No hagas eso. ¿Crees que te estoy haciendo un favor al llevarte fuera de este país? Pues no; ¿no te he explicado ya que no eres la mujer adecuada para el jefe guerrero de los bamulas...?

El castillo del horror

Antes de poder llevar a cabo sus proyectos de crear un imperio negro bajo su mando, Conan ve frustrados sus planes por una sucesión de acontecimientos catastróficos y especialmente a causa de las intrigas de los enemigos que tiene entre los bamulas. Muchos de ellos están resentidos por su creciente influencia en la tribu, y más aún tratándose de un extranjero. Obligado a huir, se dirige hacia el norte atravesando la selva ecuatorial y las vastas y fértiles praderas, hasta llegar al reino semicivilizado de Kush.

1. Ojos ardientes

Más allá de los insondables desiertos de Estigia se encuentran las vastas praderas de Kush. Durante cientos de leguas no se ven más que interminables extensiones de tierra cubiertas de espesa hierba. Aquí y allá se alza algún árbol solitario que rompe la suave monotonía de la planicie: acacias espinosas, dragos de hojas afiladas, lobelias de color esmeralda y tártagos venenosos. De vez en cuando un riachuelo se abre paso a través de la pradera, dando lugar a un bosquecillo a lo largo de sus orillas. Manadas de cebras, antílopes, búfalos y otros habitantes de las sabanas cruzan el llano y pastan en sus campos.Las hierbas susurraban y se mecían al impulso de los vientos que soplaban bajo un cielo insondable de color cobalto oscuro, en el que ardía intensamente un sol tropical. De cuando en cuando las nubes parecían hervir en las alturas; una breve tormenta rugía y tronaba con una furia estremecedora, para desvanecerse en el cielo azul con la misma rapidez con la que había llegado.Una figura solitaria y silenciosa recorría la planicie sin límites al morir el día. Era un joven gigantesco, cuyos músculos de acero se

marcaban bajo su piel bronceada, en la que destacaban algunas cicatrices de viejas heridas. Tenía espaldas anchas y piernas largas, y el pequeño taparrabo que llevaba por toda vestimenta, además de las sandalias, ponía de manifiesto su espléndido físico. El pecho, los hombros y la espalda estaban tan quemados por el sol que parecía un negro habitante de aquellas tierras.Los rizos de su negra cabellera rebelde enmarcaban un rostro hosco e impasible. Debajo de sus oscuras cejas se movían inquietos unos ardientes ojos azules de fiera mirada, observándolo todo mientras avanzaba por la llanura con paso ágil e incansable. Pronto caería la noche en Kush, y el peligro y la muerte se cernirían sobre la tierra con sus alas amenazadoras en busca de su presa.Pero el viajero solitario, llamado Conan el cimmerio, no tenía miedo. Bárbaro entre los bárbaros, criado en las montañas inhóspitas de la remota Cimmeria, tenía una resistencia de hierro y la fiera vitalidad de la naturaleza salvaje, lo que le permitía sobrevivir allí donde los hombres civilizados hubieran muerto miserablemente, a pesar de ser más sabios, corteses y refinados. Aunque hacía ocho días que Conan se había puesto en camino, sin más alimentos que la caza que se procuraba con el arco bamula que llevaba cruzado a la espalda, sus fuerzas estaban muy lejos de llegar al límite.Conan estaba habituado a la vida dura y espartana de la estepa. Aunque había conocido la comodidad y el lujo en muchas ciudades del mundo civilizado, no los echaba de menos. Siguió avanzando hacia el lejano horizonte, ahora oscurecido por una densa bruma de color púrpura.Detrás de él quedaban las selvas impenetrables en las que crecían fantásticas orquídeas entre el sombrío follaje y donde las tribus negras llevaban una vida precaria; donde reinaba el silencio sólo interrumpido por el rugido del leopardo acorralado, el gruñido del jabalí, el trompetazo metálico del elefante y los chillidos de algún mono furioso. Había vivido allí durante más de un año, como jefe guerrero de la poderosa tribu bamula. Finalmente los astutos brujos negros, envidiosos de su creciente poder y resentidos por el desprecio no disimulado que manifestaba hacia sus dioses y sus ritos crueles y sanguinarios, habían envenenado la mente de los bamulas, a los que indispusieron contra su jefe blanco.El hecho se había producido de la siguiente manera. Las tribus de la selva

estaban pasando por un interminable período de sequía. Al mermar la corriente de los ríos y secarse los pozos, estalló una guerra sangrienta entre las distintas tribus negras, cada una de las cuales deseaba asegurarse las fuentes del precioso líquido. Ardieron aldeas, clanes enteros fueron aniquilados, y a continuación vino la secuela habitual de la sequía, del hambre y de la guerra: las plagas que asolaron la región.Las lenguas maliciosas de los astutos hechiceros, atribuyeron todas estas calamidades a la presencia de Conan. Aseguraron que había sido él quien había atraído todos estos desastres sobre los bamula. Los dioses estaban enojados al ver que un extranjero de piel blanca había usurpado el trono a una larga dinastía de jefes bamulas. Dijeron que había que matar a Conan con miles de tormentos sobre los negros altares de los dioses demoníacos de la selva, o de lo contrario no quedaría un solo bamula con vida.Sin dejarse intimidar por el horrendo destino que proyectaban para él, Conan dio una respuesta rápida y aplastante. Acabó con la vida del sumo sacerdote y hechicero principal de la tribu con su enorme espada afilada. Luego derribó el ídolo manchado de sangre del dios bamula sobre los chamanes y huyó hacia la densa selva. Avanzó con dificultad hacia el norte hasta que, después de andar muchas leguas, llegó a la zona en la que el frondoso bosque comenzaba a ralear, hasta dar paso a vastas praderas. Ahora intentaba cruzar a pie la sabana para llegar hasta el reino de Kush, donde su fuerza titánica y el filo de su espada le podrían proporcionar una plaza al servicio de los oscuros monarcas de esa antigua tierra.De repente dejó de pensar en el pasado para volver al presente, ante la inminencia del peligro. Su primitivo instinto de supervivencia puso al cimmerio sobre aviso. Se detuvo y miró a su alrededor, hacia las sombras alargadas que arrojaba el sol poniente. Se le pusieron los pelos de punta en presencia de una amenaza invisible. El gigantesco bárbaro aspiró suavemente el aire a través de su sensible nariz y escrutó el entorno con sus ojos agudos y fogosos. Aunque no alcanzó a ver ni oler nada extraño, su instinto de bárbaro le decía que un misterioso peligro se cernía sobre él. Sintió que unos ojos invisibles le miraban de cerca y se volvió a tiempo para ver un par de enormes esferas luminosas que brillaban en la oscuridad.Pero las relucientes cuencas

desaparecieron en seguida. Esta visión fue tan breve que estuvo a punto de considerarla como un producto de su imaginación. Siguió caminando, pero ahora estaba en guardia. Poco después, unos ojos resplandecientes volvieron a espiarlo desde la densa vegetación. Una sombra oscura y sinuosa se deslizó detrás de él con pasos sigilosos. Le seguían los leones de Kush, hambrientos de carne fresca y sedientos de sangre caliente.

2. El circulo de la muerte

Una hora más tarde, la noche había descendido sobre la sabana y sólo quedaba una estrecha franja de un resplandor rojizo en el horizonte occidental sobre el que alzaba su retorcido tronco oscuro algún árbol aislado. Conan se hallaba en el límite de sus fuerzas. Por tres veces las leonas se abalanzaron sobre él desde las sombras y tres veces el cimmerio las rechazó con las flechas mortíferas de su arco. Aunque resultaba difícil apuntar en la oscuridad, el poderoso rugido de las fieras le indicó las tres veces dónde se hallaba su blanco, si bien no sabía si había matado o sólo herido a los temibles animales.Pero ahora se le habían terminado las flechas y sabía que era sólo una cuestión de tiempo. Los silenciosos felinos lo atacarían inexorablemente. En ese momento seguían su rastro unos ocho o diez leones, y hasta el valiente bárbaro sintió una punzada de desesperación. Pensó que aun cuando su espada diera cuenta de uno o dos de los atacantes, el resto podría despedazarlo antes de que él pudiera defenderse. Conan ya se había enfrentado con leones anteriormente y conocía su fuerza colosal, que les permitía arrastrar una cebra muerta con la misma facilidad con que lo hace un gato con un ratón. Aunque Conan era uno de los hombres más fuertes de su tiempo, una vez que un león clavara las garras y los dientes en su carne, esa fuerza sería tan efectiva como la de un niño.El cimmerio echó a correr. Mantuvo el ritmo durante casi una hora y recorrió muchas leguas a grandes pasos. Al principio avanzó sin dificultad, pero ahora se

hacía sentir la huida a través de la selva, así como los ocho días de marcha. Su mirada se tornaba borrosa y le dolían las piernas. Con cada latido de su corazón parecían desvanecerse las pocas fuerzas que le quedaban.Suplicó a los dioses bárbaros que hicieran salir la luna detrás de las nubes tormentosas que cubrían la mayor parte del cielo. Rogó por que un árbol o una colina rompieran la uniformidad de la planicie, o siquiera una roca contra la cual apoyar su espalda, lo que le permitiría resistir el ataque de los leones.Pero los dioses no le escucharon. En aquella zona no había más que pequeños árboles llenos de espinas de unos dos metros de altura, que extendían sus ramas horizontalmente como si fueran hongos. En caso de que consiguiera trepar esos árboles, a pesar de las espinas, los leones podrían saltar fácilmente sobre él y arrojarle al suelo. Los únicos montículos que se veían allí eran nidos de termitas, algunos de cierta altura, pero muy pequeños para fines defensivos. No le quedaba más remedio que seguir corriendo.A fin de aligerarse, Conan había desechado el enorme arco de caza en cuanto hubo lanzado la última flecha, si bien sintió gran pesar por tener que deshacerse de un arma tan espléndida. Luego se libró del carcaj y de las correas de cuero. Ahora sólo le quedaban el simple taparrabo de piel de leopardo, unas sandalias, la bota de piel de cabra para el agua y la pesada espada que llevaba en la mano. Tener que abandonar esta arma habría significado renunciar a su última esperanza.Los leones casi le pisaban los talones. Podía percibir el fuerte olor de sus cuerpos y oír su jadeante respiración. En cualquier momento se abalanzarían sobre él, y tendría que iniciar la violenta lucha final en defensa de su vida.El bárbaro esperaba que los leones siguieran su antigua táctica de ataque. El macho más viejo, es decir, el jefe del grupo, avanzaría directamente detrás de él, y los machos jóvenes lo harían por los flancos. Las leonas más rápidas correrían por delante y a ambos lados, formando una media luna, hasta que estuvieran muy por delante de él; luego cerrarían el círculo y lo atraparían. En ese momento todos los animales se abalanzarían a la vez sobre su presa, impidiéndole cualquier tipo de defensa.Súbitamente la tierra se inundó de luz. La esfera plateada de la luna apareció por encima de las nubes e iluminó la planicie, bañando el cuerpo del gigantesco bárbaro con su pálido fuego,

haciendo resaltar los tensos músculos de los leones que avanzaban velozmente e inundando su sedosa pelambre con un resplandor fantasmagórico.El ojo avizor de Conan notó la presencia de un león delante de él, a la izquierda, y comprendió que el círculo estaba casi completo. Cuando se disponía a rechazar el ataque, advirtió con asombro que aquella leona se alejaba un poco y se detenía. En dos saltos la dejó atrás. Siguió avanzando y vio que la joven leona de su derecha también se paraba en seco. El animal se quedó inmóvil sobre la hierba, agitando la cola. Un curioso sonido, mitad rugido y mitad lamento, surgió de su boca a través de los afilados colmillos.Conan aflojó el ritmo de su marcha para mirar hacia atrás y comprobó sorprendido que toda la manada de leones se había detenido, como si una invisible barrera les impidiera el paso. Estaban quietos, en fila, gruñendo y enseñando los colmillos, que parecían cuchillos de plata bajo la luz de la luna.Conan frunció el ceño con gesto de asombro y entrecerró los ojos pensativo. ¿Qué era lo que había detenido a toda la manada en el preciso momento en que tenía a su presa acorralada? ¿Qué fuerza invisible había anulado su furia? Conan se quedó quieto frente a ellos con la espada en la mano preguntándose si los felinos volverían a la carga. Pero los leones se quedaron donde estaban, gruñendo y rugiendo, con la boca llena de espuma.Entonces el bárbaro observó algo extraño. El lugar en el que los animales se habían detenido parecía establecer una línea de demarcación en la planicie. A un lado crecía una hierba alta, densa y lujuriosa, pero a partir del invisible límite la hierba se volvía rala, incipiente y raquítica, dejando grandes claros de tierra pelada. Aunque Conan no alcanzaba a percibir los colores a la luz de la luna, tuvo la impresión de que la hierba que había a su lado no presentaba el color verde normal de las plantas. En lugar de ello, las briznas estaban secas y tenían un color grisáceo, como si carecieran de vitalidad.Pudo ver asimismo que la zona de las hierbas muertas formaba una curva a ambos lados de donde él se encontraba, creando un amplio círculo de muerte.

3- La ciudadela negra

Aunque le dolían todos los músculos del cuerpo por la agotadora carrera, la breve pausa le dio fuerzas a Conan para continuar la marcha. Puesto que no conocía la naturaleza de la línea invisible que había detenido a los leones, no sabía durante cuánto tiempo aquel misterioso influjo seguiría manteniendo a raya a los animales. Por consiguiente, decidió poner la mayor distancia posible entre él y la manada.No tardó en divisar una oscura mole delante de él. Siguió caminando con más cuidado, con la espada en la mano y la mirada atenta a cualquier detalle de aquella inmensa región. La luna seguía brillando, pero su luz había perdido intensidad debido a la presencia de una bruma que se iba acentuando poco a poco. Por ello al principio no pudo saber qué era esa mole negra e informe que se alzaba hierática entre las hierbas muertas. Parecía el ídolo gigantesco de un culto demoníaco y primitivo tallado en la montaña por manos desconocidas en el origen de los tiempos.Al acercarse, Conan pudo apreciar que se trataba de un imponente edificio parcialmente destruido, de una ciudadela erigida por seres ignotos con fines inconcebibles. Parecía un castillo o una fortaleza, pero de un estilo arquitectónico que Conan jamás había visto. Era de piedra negra, creando un conjunto muy extraño que chocaba a primera vista. Luego había unas líneas curvas que parecían sutilmente asimétricas e intencionadamente torcidas. La enorme fortaleza daba la impresión de una caótica falta de orden, como si los constructores no hubieran estado en su sano juicio.Conan apartó la mirada del extravagante edificio, cuya sola visión le producía vértigo. Ahora creía entender por qué los animales del llano habían evitado acercarse a la mole semiderruida: de ella emanaba un aura de amenaza y de horror. Tal vez esa negra ciudadela estaba en aquella planicie desde hace miles de años y los animales habían llegado a temerla y a evitar sus sombríos recintos, hasta que con el tiempo dichos hábitos se habían convertido en algo instintivo.Unas densas nubes tormentosas volvieron a velar súbitamente la eterna faz de la luna. Un trueno distante resonó en el cielo. Conan alzó la vista y percibió el zigzagueante fulgor de los relámpagos entre hirvientes masas de nubes. Estaba a punto de estallar una de las breves y

tempestuosas tormentas de la sabana.Conan vaciló. Por un lado, sentía curiosidad y deseos de entrar en la fortaleza derruida para cobijarse de la tormenta. Pero por otro, su mente bárbara albergaba una aversión atávica por ¡o sobrenatural. Por lo que se refería a los peligros terrenales, era valiente hasta la imprudencia, pero los peligros de otros mundos le producían escalofríos. Y había algo en ese misterioso edificio que apuntaba a lo sobrenatural. Podía percibir la amenaza en las capas más profundas de su consciencia.El ruido ensordecedor de un trueno terminó por decidirlo. Procurando dominarse, el cimmerio entró en la ciudadela por el oscuro portal, con la espada desenvainada en la mano.

4. Los hombres-serpiente.

Conan cruzó la gran sala de entrada, de elevado techo abovedado, sin hallar el menor rastro de vida. Polvo y hojas muertas cubrían las losas negras.

Montones de escombros se apilaban en los rincones y al pie de las elevadas columnas de piedra. Por muy antiguo que fuese el edificio, era evidente que ningún ser humano había vivido en él desde hacía muchos siglos.El enorme vestíbulo, que la luna iluminó en otra de sus breves apariciones, era relativamente alto y tenía una balaustrada en el segundo piso. Curioso por conocer las características de aquel castillo enigmático que se hallaba a tantas leguas de distancia del edificio más cercano, Conan recorrió los pasillos, que se curvaban sinuosamente como el rastro de una serpiente y observó las polvorientas habitaciones, de las que no podía ni remotamente adivinar el uso al que habían sido destinadas.El castillo era imponente incluso para el cimmerio, que había estado en el templo del dios-araña, en la ciudad zamoria de Yezud, y en el palacio del rey Yildiz, en Aghrapur. Algunos muros -un ala entera, en realidad- se habían derrumbado quedando reducidos a un montón de escombros negros. Pero el sector más o

menos intacto constituía el edificio más grande que Conan había contemplado en toda su vida. Era imposible adivinar su antigüedad. El ónice negro de que estaba construido no se parecía en nada a las piedras que conocía el cimmerio. El mineral debió de haber sido llevado hasta allí desde algún lugar remoto no se sabía con qué fin.Algunas de las características sobresalientes de la extraña arquitectura del edificio le recordaron a Conan las antiguas tumbas de la tierra maldita de Zamora. Otros detalles le traían a la memoria los templos prohibidos que había visto en Hirkania en su época de mercenario al servicio de los turanios. Pero era imposible saber si el castillo había sido erigido para servir como tumba, fortaleza, palacio o templo, o si se trataba de una combinación de todo ello.Por otro lado, el edificio presentaba una serie de incongruencias que provocaban en Conan una oscura inquietud. Aun cuando la fachada parecía haber sido construida según los cánones de una geometría desconocida, el interior presentaba detalles más extraños aún. Así, por ejemplo, los escalones que conducían al piso de arriba eran mucho más anchos y bajos de lo que parecía necesario para un pie humano. Las puertas eran demasiado altas y angostas, de modo que Conan tuvo que pasar de lado a través de ellas.Las paredes estaban adornadas con bajorrelieves que formaban sinuosos arabescos geométricos de una complejidad asombrosa e hipnótica. El cimmerio advirtió que tenía que apartar la mirada haciendo un gran esfuerzo de voluntad, para que su mente no quedase atrapada por aquellos enigmáticos símbolos.En realidad, todo lo que había de extraño y misterioso en aquella fortaleza de piedra le recordaba a Conan a una serpiente: los sinuosos corredores, la tortuosa decoración y hasta cierto olor a ofidio que parecía flotar en el ambiente.Conan se detuvo y frunció el ceño. ¿No habrían erigido aquel castillo desconcertante los serpentinos moradores de la antigua Valusia? La era en que vivieron aquellos seres anteriores a la aparición del ser humano sobre la tierra estaba enterrada en el pasado más ignoto, en las brumas de los tiempos, y se remontaba a la época en la que los gigantescos reptiles reinaban en la tierra. El pueblo de las serpientes había dominado el mundo antes de que fueran creados los Siete Imperios, antes del Cataclismo y antes de que Atlantis se hundiera en las profundidades del Océano

Occidental. Desaparecieron mucho antes de que apareciese el hombre..., pero no del todo.En torno a las hogueras de los campamentos, en las inhóspitas montañas de Cimmeria y más tarde en los patios de mármol de los templos nemedios, Conan había oído hablar de la leyenda de Kull, el rey de Valusia, una ciudad del reino de Atlantis. El pueblo de las serpientes había sobrevivido en algunas partes gracias a sus artes mágicas, que le permitían aparecer ante los demás como seres humanos corrientes. Pero Kull había descubierto su secreto y se deshizo de ellas con la ayuda del fuego y de la espada.Por consiguiente, ¿no sería aquel castillo negro, con su insólita arquitectura, una reliquia de tiempos remotos, cuando los hombres lucharon con aquellos reptiles sobrevivientes de otras eras por el dominio del planeta?

5. Sombras susurrantes.

La primera tormenta no descargó sobre el castillo negro. Sólo algunas gruesas gotas golpearon sobre la piedra y entraron por algunos agujeros que había en el techo. Luego disminuyeron los truenos y los relámpagos, y la tempestad se alejó hacia el oeste, dejando que brillara la luna nuevamente y su tenue fulgor penetrara por algunas grietas de las tenue fulgor penetrara por algunas grietas de las paredes.Conan se acostó en una esquina de la balaustrada que había en el enorme vestíbulo y durmió inquieto, revolviéndose como un animal que percibe vagamente la proximidad del peligro. Cierto instinto de prevención impidió que durmiera en el vestíbulo, cerca de las elevadas puertas abiertas de par en par. Él tampoco confiaba en la misteriosa fuerza invisible que mantenía alejadas a las fieras de la sabana.Se despertó sobresaltado una docena de veces, aferrando su espada y escrutando las sombras con la mirada, y una docena de veces comprobó que no había nada anormal en la sombría vastedad de la antigua ruina. Pero cada vez que se acomodaba para volver a dormirse, le parecía ver tenues sombras a su alrededor, y creía escuchar misteriosos murmullos.Al

tiempo que lanzaba una maldición contra sus dioses bárbaros y contra los once infiernos de color escarlata de su mitología, volvió a echarse, dispuesto a conciliar el sueño. Finalmente se quedó profundamente dormido y tuvo un sueño muy extraño.Le pareció que aunque su cuerpo dormía, su espíritu estaba completamente despierto. Para los ojos inmateriales de su ka, como llamaban los estigios al alma, el sombrío balcón estaba iluminado por un tenue fulgor de color sangre, que procedía de alguna fuente invisible. No se trataba de los rayos plateados de la luna que se filtraban por las grietas de la piedra, ni era el pálido resplandor de los relámpagos lejanos. En aquella roja luminosidad el espíritu de Conan alcanzó a percibir sombras movedizas que revoloteaban como murciélagos entre las negras columnas..., unas sombras con ojos luminosos llenos de un hambre insaciable..., sombras que susurraban una cacofonía inaudible, entre risas burlonas y gritos bestiales.El espíritu de Conan comprendió de algún modo que aquellas sombras susurrantes eran los espectros de miles de seres sensibles que habían muerto entre las paredes de aquel antiguo edificio. No podía decir cómo lo sabía, pero para su ka era un hecho indiscutible. El pueblo desconocido que había erigido aquel enorme edificio -fueran serpientes de la leyenda valusia o cualquier otra raza olvidada- habían empapado los altares de ónice negro con la sangre de miles de hombres. Los fantasmas de sus víctimas estaban encadenados para siempre a aquel castillo del horror. Tal vez se hallaban sujetos a la tierra por algún poderoso hechizo prehumano, quizás el mismo que mantenía alejados a los animales salvajes que habitaban la sabana.Pero aquello no era todo. Los fantasmas del castillo negro tenían hambre de sangre humana..., de sangre joven... como la de Conan.El extenuado cuerpo del cimmerio dormía encadenado por algún poderoso influjo mientras los espectros revoloteaban por encima de él, tocándole con dedos intangibles. Pero un espíritu no puede dañar a un ser humano vivo, a menos que previamente se manifieste en el plano físico y asuma una forma material. Aquellas sombras susurrantes eran débiles. Durante muchísimos años, ningún hombre había desafiado la antigua maldición que, según se decía, recaía sobre el que pusiera los pies sobre el castillo negro. Debilitados por tan prolongado período de hambre, no tenían

fuerzas para materializarse convirtiéndose así en una horda de seres macabros y dañinos.De alguna manera, el espíritu dormido de Conan se dio cuenta de todo esto. Mientras el cuerpo dormía, su ka observaba los movimientos en el plano astral y veía las sombras vampirescas que batían las alas inmateriales por encima de su dormida *cabeza* y amenazaban con garras intangibles su garganta palpitante. Pero a pesar de su mudo frenesí, no podían hacerle daño. Dominado siempre por el hechizo, Conan siguió durmiendo.Después de un tiempo indefinido, se produjo un cambio en la rojiza luminiscencia del plano astral. Todos los espectros se apiñaron hasta constituir una masa informe de sombras. Aun cuando fueran seres muertos, desprovistos de inteligencia, el hambre los empujaba a una alianza extraña y misteriosa. Cada uno de los espíritus poseía un vestigio de aquella energía vital que les permitía la materialización corporal. Ahora todos los fantasmas habían mezclado su pequeña dosis de energía con la de las sombras hermanas.Paulatinamente se fue materializando una terrible figura alimentada por la fuerza vital de diez mil espectros. En la tenue penumbra del negro balcón en el que se encontraba Conan se comenzó a formar el ser, a partir de un remolino de sombrías partículas.Y Conan seguía durmiendo.

6. El monstruo de cien cabezas.

Los truenos resonaban con un estrépito ensordecedor; los rayos iluminaban con fuegos sulfurosos la planicie en sombras, en la que se había extinguido el fulgor de la luna. Las densas nubes tormentosas se concentraron y empaparon los pastizales con una lluvia torrencial.Los cazadores de esclavos estigios habían cabalgado toda la noche, avanzando hacia el sur en dirección a las selvas situadas más allá de Kush. Su expedición había resultado infructuosa hasta ese momento. Ni un solo negro de las tribus nómadas de cazadores y pastores había caído en sus manos. Fuese por la guerra o por la peste, lo cierto era que en toda la zona que atravesaron no vieron ni un ser humano. Tal vez los habían puesto sobre aviso respecto a la llegada de los negreros y las presuntas víctimas habían huido.De todos modos, era evidente que iban a tener mejor suerte en las lujuriosas selvas del sur. Los negros del bosque habitaban en aldeas permanentes que los atacantes podían rodear y tomar por sorpresa. Entonces las gentes de la selva caerían como los peces en una red. Los habitantes demasiado viejos, excesivamente jóvenes o gravemente enfermos que no pudieran soportar el viaje hasta Estigia, serían asesinados en el acto. Después conducirían a los restantes desventurados formando una larga cadena humana hacia el norte.La caravana estaba formada por cuarenta guerreros estigios que vestían cotas de malla y usaban cascos de acero. Eran hombres de elevada estatura, musculosos, con rostro aguileño y piel cobriza. Veteranos en incursiones, eran astutos, temerarios y crueles, y tenían menos escrúpulos para dar muerte a un extranjero que los que sienten la mayoría de los hombres en matar a un mosquito.Ahora el primer chaparrón de la tormenta acababa de alcanzar a la columna. El viento azotaba sus capas de lana y agitaba las crines de los caballos contra sus rostros. El casi incesante brillo de los relámpagos los deslumbraba.El jefe del grupo divisó el oscuro castillo que sobresalía en la llanura y que iluminaba la luz de los rayos. Dio una orden gutural y hundió las espuelas en los ijares de su enorme yegua negra. Los demás le siguieron y se dirigieron hacia la sombría ciudadela con un clamor de cascos, el crujir del cuero y el tintineo de la malla de acero. A causa de las pésimas

condiciones del tiempo, los estigios no vieron el extraño aspecto de la fachada; tan sólo deseaban ponerse a cubierto antes de que quedaran completamente empapados.Entraron en el castillo haciendo ruido, lanzando maldiciones y denuestos contra los elementos y sacudiendo el agua de sus capas. En pocos segundos, el tenebroso silencio del edificio fue interrumpido por el clamor de la tropa de guerreros. Hicieron un montón con las ramas que habían recogido algunos de ellos y con las hojas secas que cubrían el suelo, y después de oírse el chasquido del pedernal contra el acero, comenzó a chisporrotear una hoguera en el centro del gran vestíbulo, iluminando las paredes de piedra tallada con una cálida tonalidad anaranjada.Los hombres se quitaron las húmedas túnicas y las pusieron a secar junto al fuego. Después hicieron lo mismo con las cotas de malla secándolas con trozos de tela. Luego abrieron las alforjas y clavaron sus blancos dientes en las hogazas de pan duro y rancio.Afuera la tormenta rugía y los rayos lanzaban destellos. Pequeños chorros de agua que parecían minúsculas cataratas entraban a través de las grietas que había en el edificio. Pero esto preocupaba muy poco a los estigios.Detrás de la balaustrada que dominaba el gran salón, Conan permanecía despierto y en silencio; intensos temblores y escalofríos recorrían su poderoso cuerpo. Con los estampidos del trueno, el hechizo que se había apoderado de él y lo había mantenido dormido, se desvaneció. Ya despierto, buscó con la mirada el cónclave de espectros que viera tomar forma en sueños mientras dormía. Bajo el resplandor de los relámpagos había creído ver una silueta amorfa al final del salón, pero no se preocupó de investigar más.Mientras pensaba cómo podría descender del lugar en el que se hallaba sin pasar por donde estaba la cosa, los estigios penetraron en el vestíbulo dando voces y haciendo ruido. Con su presencia, la situación no era mejor que con los espectros. De tener una oportunidad, estarían encantados de capturarlo para venderlo como esclavo. Y a pesar de su fuerza titánica y de su destreza con las armas, Conan sabía que ningún hombre era capaz de luchar contra cuarenta enemigos armados al mismo tiempo. A menos que se abriera camino por sorpresa y consiguiera escapar, lo cogerían inevitablemente. Tenía dos posibilidades: una muerte rápida en una lucha desigual, o una vida

amarga como esclavo de los estigios. En ese momento no sabía cuál de los dos males era el peor. Pero si bien los recién llegados atrajeron la atención de Conan apartándola de los espectros, los estigios, a su vez, atrajeron la atención de los espectros desviándola del cimmerio. En su hambre inexorable, los seres de las sombras ignoraron a Conan cuando vieron a los cuarenta negros acampados abajo. Allí había carne y fuerza vital suficiente para dejar satisfecha su fantasmal glotonería. Volaron como hojas de otoño por encima de la balaustrada y descendieron hacia el vestíbulo.Los estigios estaban acostados en torno a la hoguera y se pasaban botellas de vino unos a otros hablando en su idioma gutural. Aunque Conan sólo conocía unas pocas palabras de la lengua estigia, por la entonación y por los gestos de los hombres podía seguir hasta cierto punto el hilo de la conversación El jefe, un gigante de rostro afeitado, tan alto como el cimmerio declaró que no se aventurarían bajo la lluvia con semejante noche. Esperarían hasta el amanecer en aquella ruina. El techo parecía conservarse en buenas condiciones en algunos lugares, y allí estarían mejor que en el exterior.Después de vaciar algunas botellas más, los estigios, con la ropa seca y el estómago lleno, se dispusieron a descansar. El fuego ya no calentaba mucho, pues las ramas y las hojas secas que habían reunido ardieron durante poco tiempo. El jefe señaló a uno de los hombres y le dijo algo de modo tajante. El otro protestó, pero después de una breve discusión se puso de pie lanzando un gruñido y se colocó la cota de malla. Conan se dio cuenta de que aquél era el elegido para montar la primera guardia.Finalmente, el centinela se colocó a un lado del gran salón, donde las sombras se hacían más densas, con la espada en la mano y el escudo en la otra. De cuando en cuando recorría lentamente el salón, deteniéndose a veces para observar los sinuosos corredores o las puertas principales. Afuera la tormenta había amainado.Mientras el centinela se encontraba en la puerta de entrada, con la espalda vuelta hacia sus compañeros, una figura amenazadora se fue formando entre los dormidos estigios. Luego se fue materializando a partir de nubes ondulantes y de sombras insustanciales. El ser que se iba formando paulatinamente estaba compuesto por la fuerza vital de miles de seres muertos. Se convirtió al fin en una forma aterradora, en un cuerpo enorme del

que salían innumerables miembros y apéndices deformes. Una docena de patas cortas soportaban su monstruoso peso. De la parte superior surgían decenas y decenas de cabezas, algunas con cierta apariencia humana, provistas de pelo hirsuto y cejas, y otras como meros bultos con ojos, orejas, bocas y narices colocados al azar.La sola visión de aquel espantoso monstruo de cien cabezas bajo la tenue luz de la hoguera, era suficiente para helar la sangre del hombre más valiente de la tierra. Conan sintió que se le erizaban los pelos de la nuca al ver la escena.El monstruo se balanceó en el aire apoyando sus patas traseras en el suelo. Luego descendió manteniendo un precario equilibrio y aferró a uno de los estigios con media docena de afiladas garras. El hombre se despertó y lanzó un alarido, pero la cosa ya estaba desgarrando a su víctima, salpicando a sus compañeros con los sangrientos despojos de su cuerpo. 7. Huida de la pesadilla Un segundo después los estigios se pusieron en pie. A pesar de ser avezados guerreros, el monstruo que tenían delante provocaba gritos de horror en la mayoría de ellos. El centinela se volvió al primer alarido y se enfrentó con el monstruo empuñando la espada en la mano. El jefe dio algunas órdenes, cogió el arma que tenía más cerca y atacó. Entonces los demás, aunque sin armadura, sin escudos y llenos de confusión, cogieron las espadas y las lanzas para defenderse contra el engendro que se balanceaba esparciendo la muerte entre ellos.Las espadas atravesaban patas deformes; las lanzas se hundían en el vientre hinchado y tambaleante. Pero, dando muestras de no sentir dolor alguno, el monstruo iba inmolando a un hombre tras otro. A algunos estigios les retorció la cabeza con múltiples manos estranguladoras. Otros fueron cogidos por los pies y sus restos sangrientos fueron lanzados contra las columnas.Desde la balaustrada, el cimmerio veía a decenas de estigios aniquilados de manera espantosa. Las heridas que los hombres infligían al monstruo se cerraban instantáneamente. Las cabezas y los brazos cercenados eran reemplazados en seguida por otros iguales, que brotaban del cuerpo informe.Viendo que los estigios no tenían posibilidad alguna frente al monstruo, Conan decidió escapar mientras el engendro estaba ocupado con ellos, antes de que lo viera. Considerando poco acertado entrar en el vestíbulo, Conan procuró buscar una salida

más directa, y trepó por una ventana. Ésta le condujo a un techo formado por tejas rotas, donde un paso en falso podía hacerle caer a través de un agujero al piso inferior.La tormenta se había convertido en una leve llovizna. La luna estaba casi en el cenit y volvía a iluminar intermitentemente. Conan miró hacia abajo desde el parapeto que había alrededor del tejado y vio una pared en la que los bajorrelieves proporcionaban un punto de apoyo apropiado para el descenso.Con la agilidad de un mono, el cimmerio fue descendiendo lentamente por la extraña fachada hasta llegar al suelo.Ahora la luna brillaba en todo su esplendor, iluminando el patio en el que se encontraban los caballos de los estigios. Los animales se movían y relinchaban inquietos al percibir los ruidos del combate mortal que tenía lugar en el gran salón. Por encima del fragor de la batalla llegaban los gritos de agonía de los negreros a medida que iban siendo eliminados uno a uno implacablemente.Conan llegó al patio y echó a correr hacia la yegua negra que había pertenecido al jefe de los estigios. Lamentó no haber podido quedarse para saquear los cadáveres, porque necesitaba una armadura y otras provisiones. La cota de malla que había usado cuando vivió con Belit, hacía tiempo que había quedado inservible a causa de los desgarrones y del óxido, y su huida de Bamula había sido demasiado apresurada para poder equiparse adecuadamente. Pero por nada del mundo habría vuelto el cimmerio a aquel vestíbulo en el que el horror de la muerte viviente seguía aniquilando a los hombres que quedaban.Mientras el joven bárbaro desataba el caballo que había elegido, vio a uno de los negreros que salía gritando por la enorme puerta de entrada y cruzaba tambaleante el patio en dirección a él. Conan advirtió que se trataba del estigio que había montado la primera guardia. El casco y la cota de malla que llevaba puestos lo habían protegido lo suficiente como para sobrevivir a la masacre.Conan decidió hablar con el hombre. No sentía ningún aprecio por los estigios; no obstante, si aquél era el único sobreviviente del grupo, estaría dispuesto a formar una alianza de bribones, por breve que fuese, hasta que llegaran a algún país civilizado.Pero Conan no tuvo ocasión de proponérselo, ya que la espantosa experiencia que había vivido, lo había vuelto loco. Sus ojos centelleaban con un brillo demencial a la luz de la luna, y de

sus labios caía espuma. El hombre se abalanzó sobre Conan agitando una cimitarra en el aire, al tiempo que gritaba:-¡Vuelve al infierno, maldito demonio!El primitivo instinto de conservación del cimmerio le hizo entrar en acción sin pensarlo. Cuando el hombre estuvo cerca, Conan desenvainó la espada. El acero chocó contra el acero una y otra vez, haciendo saltar chispas. Cuando el estigio se dispuso a asestarle otro golpe más, Conan le atravesó la garganta con la punta de la espada. El hombre enloquecido emitió un gorgoteo, se tambaleó y cayó al suelo. Conan se apoyó sobre la montura de la yegua jadeando. El duelo había sido breve pero feroz, porque el estigio vio duplicadas sus fuerzas por la enajenación que le dominaba.Ya no se oía ningún grito de horror desde el interior de la fortaleza. Sólo reinaba un silencio inquietante. Entonces Conan oyó unas pisadas lentas, pesadas, como de pies que se arrastraban por el suelo. ¿Acaso el monstruo había matado ya a todos los estigios? ¿Estaría avanzando hacia la puerta para salir al patio? Conan no esperó para averiguarlo. Con dedos temblorosos desató la cota de malla del hombre muerto y se la quitó. También cogió el casco y el escudo del estigio, este último confeccionado con la piel de uno de los enormes animales de la sabana. Ató apresuradamente estos trofeos a la silla de montar, saltó sobre el corcel y, tras empuñar las riendas, hundió las espuelas en las costillas de la yegua. Salió al galope del derruido patio de la ciudadela y se encontró en la zona de las hierbas ralas y resecas. Cada paso del caballo le alejaba del antiguo castillo maldito.En algún lugar, más allá del círculo de vegetación muerta, quizá seguirían merodeando los leones. Pero a Conan no le importaba demasiado. Después del horror de la ciudadela negra, no le impresionaba una simple manada de leones.

Un hocico en la oscuridad

Prosiguiendo su viaje hacia el norte, ahora mucho más rápidamente gracias al caballo, Conan llega finalmente al reino semicivilizado de Kush. Éste es el territorio que se designa propiamente con el nombre de Kush, si bien Conan, al igual que muchas otras gentes del norte, suele usar el término para designar cualquier país de negros situado al sur de los desiertos de Estigia. En esta región no tarda en presentársele una oportunidad de realizar sus habituales proezas con las armas.

1. La cosa de la oscuridad

Amboola de Kush se despertó con los sentidos todavía embotados por el vino que había bebido durante el festín de la noche anterior. Al principio no podía recordar dónde se encontraba. La luz de la luna atravesaba la pequeña ventana de barrotes situada en lo alto de la pared, alumbrando un lugar que no reconocía. Luego recordó que se hallaba en una celda de la parte superior de la prisión en la que lo había hecho encerrar la reina Tananda.Supuso que le habían puesto algún narcótico en la bebida. Mientras se hallaba indefenso, apenas consciente, dos negros gigantescos pertenecientes a la guardia de la reina le habían cogido a él y al príncipe Aahmes, el primo de la reina, y los arrojaron a las celdas. Lo último que recordaba eran las escuetas palabras de la reina, cortantes como un latigazo: «De modo que vosotros, viles traidores, habíais conspirado para destronarme, ¿verdad? ¡Ya veréis lo que les ocurre a los villanos!».Al intentar hacer un movimiento, el corpulento negro llamado Amboola se dio cuenta, por el sonido metálico, que tenía grilletes en las muñecas y en los tobillos, y que éstos estaban sujetos por cadenas a unas recias argollas que había en la pared. Aguzó los ojos para tratar de ver algo en la fétida oscuridad que le rodeaba. Al menos -pensó- se hallaba con vida. Y es que hasta la reina Tananda tenía que pensarlo dos veces antes de dar muerte al comandante de los Lanceros Negros -la columna vertebral del ejército de Kush-, pues era el héroe de las clases populares del reino.Lo que más le había extrañado a Amboola era la acusación de haber conspirado junto con Aahmes. A decir verdad, él y el príncipe eran buenos amigos. Habían cazado, bebido y jugado a las cartas juntos, y en tales ocasiones Aahmes se había quejado ante Amboola de la reina, cuya crueldad y astucia eran tan evidentes como deseable su hermoso y bronceado cuerpo. Pero en ningún momento llegaron a conspirar. Aahmes no era en modo alguno la persona indicada para llevar a cabo una conjura, pues se trataba de un joven simpático y agradable, a quien no le interesaba en absoluto la política ni el poder. Seguramente algún confidente los había

acusado en falso ante la reina con objeto de progresar a costa de los demás.Amboola examinó sus grilletes. A pesar de que tenía mucha fuerza, se daba cuenta de que sería incapaz de romper los grilletes, así como las cadenas que los sujetaban. Tampoco podría arrancar las argollas de la pared. Lo sabía porque él mismo había supervisado su instalación.Sabía cuál iba a ser el siguiente paso. La reina ordenaría que él y Aahmes fueran torturados a fin de que revelaran los detalles de la conspiración y los nombres de sus cómplices. A pesar de su valor, Amboola se estremeció ante aquella perspectiva. Tal vez su única esperanza consistiera en acusar a todos los nobles de Kush de complicidad. Tananda no podría castigarlos a todos. Si lo intentaba, la conspiración imaginaria que tanto temía quizá se volviera realidad. De repente, a Amboola se le heló la sangre en las venas. Un intenso escalofrío le recorrió la espina dorsal. Algo, una presencia viva y palpitante pareció introducirse en la celda.Lanzó un grito ahogado y miró a su alrededor aguzando la vista para tratar de ver qué era lo que se cernía sobre él en la oscuridad como las sombrías alas de la muerte. Bajo el tenue fulgor que entraba por la pequeña ventana protegida por barrotes, Amboola alcanzó a ver una sombra terrible y amenazadora. Sintió que una mano helada le estrujaba el corazón, un corazón que jamás había conocido el miedo, a pesar de las numerosas batallas en las que había participado.Una especie de bruma grisácea e informe se cernía sobre él en la penumbra de la celda. Las tenues volutas de humo giraban como serpientes mientras el fantasma iba tomando forma. El terror contraía los labios de Amboola y brillaba en sus ojos centelleantes al ver que la cosa se iba condensando lentamente a partir del aire.Al principio el prisionero sólo vio una especie de hocico de jabalí cubierto de unos pelos hirsutos que se recortaban contra el débil haz de luz que entraba por la ventana. Luego el cuerpo se fue materializando hasta constituir una enorme figura contrahecha y bestial, que sin embargo se mantenía erguida. Después de la cabeza, vio con claridad unos robustos brazos peludos provistos de manos rudimentarias, similares a las de los monos.

Al tiempo que lanzaba un grito agudo, Amboola se puso en pie de un salto hasta donde le permitían las cadenas, y entonces la cosa avanzó con la estremecedora velocidad de un monstruo en una pesadilla. El guerrero negro vio fugazmente sus babeantes mandíbulas, sus grandes colmillos afilados y sus diminutos ojos de cerdo, que centelleaban con una roja furia en la oscuridad. Luego las garras se hundieron en su carne, los colmillos le cortaron y le desgarraron...Los rayos de la luna iluminaban una figura oscura tendida en el suelo en medio de un charco de sangre que se iba agrandando. La cosa grisácea y tambaleante que acababa de matar al guerrero negro había desaparecido, disolviéndose en la bruma intangible a partir de la cual se había originado.

2. **El horror invisible**

-¡Tuthmes!La voz sonó imperativa como el puño que golpeaba contra la puerta de la casa del noble más ambicioso de Kush.-¡Tuthmes, mi señor! ¡Déjame entrar! ¡El demonio anda suelto de nuevo!

La puerta se abrió y Tuthmes apareció en el umbral. Era un personaje alto, delgado, de porte aristocrático, con rostro enjuto y la piel oscura de los hombres de su raza. Iba ataviado con ropas de seda blanca, como si estuviera preparado para acostarse, y sostenía una pequeña lámpara de bronce en la mano.-¿Qué ocurre, Afari? -inquirió.El recién llegado, con los ojos lanzando destellos por la excitación, irrumpió en la habitación. Estaba jadeando a causa de la larga carrera. Se trataba de un hombre delgado, nervioso y de piel oscura, vestido de blanco; era más bajo que Tuthmes y con características raciales negroides más pronunciadas que las de éste. A pesar de su prisa, tuvo cuidado de cerrar la puerta antes de hablar.-¡Amboola acaba de morir en la Torre Roja! -dijo.-¿Cómo? -exclamó Tuthmes-. ¿La reina Tananda ha osado ejecutar al comandante de los Lanceros Negros?-¡No, no! No es tan necia como para hacer eso. No lo han ejecutado, sino que murió asesinado. Algo o alguien entró en su celda, sólo Set sabe cómo, le

desgarró la garganta, le rompió las costillas y le aplastó el cráneo. Por los serpentinos bucles de Derketa, he visto muchos hombres muertos en mi vida, pero jamás uno con aspecto más aterrador que Amboola. ¡Tuthmes, esto ha sido obra del demonio! ¡El horror invisible anda suelto otra vez por la tierra de Meroe! -Afari aferró con mano nerviosa la imagen de su dios protector, que le colgaba del cuello, y agregó-. Amboola tenía la garganta desgarrada a dentelladas, y las marcas de los dientes no se parecían en nada a las de un león u otro animal salvaje, sino que parecían hechas con la hoja de una navaja de afeitar.-¿Cuándo ocurrió esto?-Hacia medianoche. Los centinelas de la parte inferior de la torre, que estaban de guardia junto a las escaleras que llevan hasta el calabozo, le oyeron gritar. Subieron corriendo, entraron en la celda y lo encontraron como ya te he dicho. Yo dormía en el piso inferior, como tú me ordenaste. Cuando vi aquello vine directamente hacia aquí, pidiendo a los guardias que no le dijesen nada a nadie.Tuthmes esbozó una sonrisa muy poco agradable y luego murmuró con gesto frío e impasible:-Ya conoces los raptos de ira de la reina Tananda. Una vez que hubo encerrado a Amboola y a su primo Aahmes en la prisión, bien pudo mandar que aquél fuese asesinado y que maltrataran su cadáver para que pareciese la obra de un monstruo que amenaza estas tierras desde hace tiempo. ¿No crees? -El ministro pareció comprender. Tuthmes cogió a Afari por un brazo y agregó-: Ahora vete y actúa antes de que la reina se entere. En primer lugar, lleva un destacamento de lanceros a la Torre Roja y mata a los guardias que estaban allí cuando murió Amboola; alega que se descuidaron durante su guardia y que los encontraste dormidos. Asegúrate de que se enteren de que lo haces por orden mía. Eso les hará pensar a los negros que yo he vengado a su comandante y de ese modo quitamos un arma poderosa de las manos de Tananda. Mata a esos guardias antes de que lo haga ella.»Luego extiende el rumor entre los demás jefes. Si Tananda trata de esa manera a los poderosos de su reino, todos debemos estar alerta.»Por último, vete a la Ciudad Exterior y busca al viejo Ageera, el hechicero. No le digas directamente que fue Tananda quien ordenó hacer esto; sugiérelo, tan sólo.Afari se estremeció y repuso:-¿Cómo puede un hombre corriente mentir a ese demonio?

Sus ojos son como brasas ardientes y parecen mirar desde profundidades insondables. En varias ocasiones he visto cómo hacía andar a los cadáveres y cómo hacía chirriar las mandíbulas huesudas de una calavera.-No necesitas mentirle -dijo Tuthmes-. Insinúale tan sólo tus sospechas. Al fin y al cabo, si fue realmente un demonio quien asesinó a Amboola, tuvo que ser invocado por algún ser humano. Tal vez la reina Tananda se encuentre detrás de todo esto. ¡Ahora vete! ¡No pierdas más tiempo!Cuando Afari hubo partido después de mascullar algo incomprensible acerca de las órdenes de su amo, Tuthmes permaneció un momento en el centro de la estancia, cuyas paredes estaban cubiertas con tapices de increíble magnificencia. Un humo azul escapaba de un incensario de latón perforado que se encontraba en un rincón.-¡Muru! -llamó Tuthmes finalmente.Se oyó un rumor de pies desnudos. Alguien apartó un tapiz de color escarlata que cubría una puerta y un hombre muy alto y delgado entró en la habitación, bajando la cabeza para no chocar con el dintel.-Aquí estoy, señor -dijo el recién llegado.El hombre, que aventajaba en estatura a Tuthmes, vestía una especie de toga de color escarlata que colgaba de su hombro. A pesar de que su piel era negra como el azabache, sus facciones eran enjutas y aquilinas, como las de los hombres de la casta dominante de Meroe. Llevaba el pelo cortado en forma desusada, como una fantástica cresta.-¿Ya está de nuevo en su celda? -inquirió Tuthmes.-Así es.-¿Está todo en orden?-Sí, mi señor.Tuthmes frunció el ceño y dijo:-¿Cómo puedes estar seguro de que obedecerá siempre tus órdenes y de que volverá luego a ti? ¿Cómo sabes si algún día, cuando le dejes en libertad, no te matará para huir luego hacia cualquier dimensión infernal que considere su hogar?Muru extendió las manos y declaró:-El hechizo para dominar al demonio que aprendí de mi antiguo maestro, el brujo estigio exilado, jamás me ha fallado.Tuthmes observó al hechicero con una mirada escrutadora y dijo:-Me parece que vosotros, los brujos, estáis la mayor parte de vuestras vidas en el exilio. ¿Y si un enemigo te soborna para que liberes al monstruoso demonio?

-¡Oh, señor, no debes pensar eso! Sin tu protección, ¿qué sería de mí? Los kushitas me desprecian, pues no soy de tu raza, y por las

razones que ya conoces, no puedo regresar a Kordafa.-Bueno. Cuida bien a tu demonio, pues es posible que pronto volvamos a necesitarlo. A ese necio y charlatán de Afari no hay nada que le guste más que aparecer como un hombre listo y enterado ante los demás. Seguramente divulgará el episodio del asesinato de Amboola adornado con las insinuaciones acerca del papel que ha podido desempeñar la reina en él. La brecha que separa a Tananda de sus cortesanos aumentará como consecuencia de ello, y yo cosecharé los beneficios.Tuthmes se rió en voz baja, con un buen humor raro en él, y luego echó vino en dos copas de plata y entregó una al lúgubre hechicero, que la aceptó con una silenciosa inclinación de la cabeza.-Por supuesto que no mencionará el hecho de que fue él mismo quien comenzó todo este asunto con sus falsas acusaciones contra Amboola y Aahmes -agregó Tuthmes-. Él no sabe que. gracias a tu habilidad nigromántica, amigo Muru, yo estoy al corriente de ello. Afari pretende ser un fiel devoto de mi causa, pero nos vendería en un santiamén si pudiera obtener una ganancia con ello. Su más cara ambición consiste en casarse con Tananda y gobernar Kush como rey consorte. Cuando yo sea rey, necesitaré a alguien más digno de confianza que Afari. -Mientras sorbía el vino, Tuthmes añadió casi en un murmullo—: Desde que el último rey, su hermano, murió en una batalla contra los estigios, Tananda se ha mantenido en su trono de marfil en precario equilibrio, enfrentando a una facción contra otra. Pero no tiene suficiente carácter como para retener el poder en una tierra cuya tradición no acepta el gobierno de las mujeres. Tananda es un ser impulsivo y voluptuoso y sensual, cuyo único procedimiento para asegurarse el poder consiste en dar muerte a todos los nobles que teme, con lo cual pone en guardia a los demás cortesanos y se enemista con ellos.»Muru, procura vigilar de cerca a Afari, y no dejes de tener a tu demonio bien dominado. No tardaremos en necesitarlo.Una vez que el gigante se hubo marchado, tras agachar nuevamente la cabeza para trasponer la puerta, Tuthmes ascendió por una escalera de caoba y salió a una terraza de su palacio, iluminada por la luna.

Desde el parapeto vio las silenciosas calles de la Ciudad Interior de Meroe. Divisó los palacios, los jardines y la enorme plaza en la cual

podía reunir, en pocos segundos, un millar de jinetes negros procedentes de los cuarteles vecinos, con sólo dar una orden.Más lejos, vio las grandes puertas de bronce de la Ciudad Interior, y más allá la Ciudad Exterior. Meroe se alzaba en medio de una gran llanura de ondulantes praderas que se extendía hasta el horizonte, interrumpida tan sólo por algunas colinas. Un río estrecho serpenteaba entre las hierbas y bordeaba uno de los extremos de la Ciudad Exterior.Una muralla alta y maciza rodeaba los palacios de la casta dominante, separando la Ciudad Interior de la Exterior. Los gobernantes eran descendientes de los estigios, que habían llegado al sur muchos siglos antes para crear un imperio y mezclar su soberbia sangre con la de sus vasallos negros. La Ciudad Interior estaba bien trazada; tenía calles y plazas, así como magníficos edificios de piedra y hermosos jardines.La Ciudad Exterior, por el contrario, era un conjunto de chozas de barro. Sus callejas terminaban en espacios abiertos irregulares. Los habitantes negros de Kush, que eran los aborígenes del país, moraban en la Ciudad Exterior. En la Ciudad Interior no vivía más que la clase dominante, así como sus criados y los jinetes negros que les servían de guardianes.Tuthmes echó un vistazo a la vasta extensión de chozas. Las fogatas brillaban en las míseras plazoletas y las antorchas titilaban en las sinuosas callejuelas. De cuando en cuando Tuthmes alcanzaba a escuchar algunos cánticos bárbaros que tenían un resabio sanguinario y de resentimiento.Avanzó por la terraza y se detuvo al ver a un hombre que dormía bajo una palmera del jardín artificial. Tuthmes le tocó con el pie y el hombre se despertó y se levantó de un salto.-No hace falta decir nada más -advirtió Tuthmes-. El asunto está concluido. Amboola está muerto y antes del amanecer todo Meroe sabrá que fue asesinado por orden de la reina Tananda.-¿Y el..., el demonio? -musitó el hombre, temblando.-Se halla a buen recaudo en su celda. Escucha, Shubba, es hora de que te pongas en marcha. Busca entre los shemitas hasta que encuentres una mujer apropiada..., una mujer blanca. Tráela en seguida. Si vuelves con esta luna, te daré un peso en plata. Si no lo consigues, colgaré tu cabeza de esa palmera que ves ahí.Shubba se prosternó y tocó el suelo con la frente. Luego se incorporó y se alejó rápidamente. Tuthmes volvió a mirar hacia la

Ciudad Exterior. Las hogueras parecían brillar con mayor fuerza y comenzó a sonar un tambor con un sonido monótono e inquietante. De repente, se elevó un clamor de gritos furiosos hacia las estrellas.-Ya se han enterado de que ha muerto Amboola —murmuró Tuthmes, sin poder reprimir un estremecimiento. 3. Tananda cabalga El alba encendió los cielos de Meroe con una luz de color carmesí. Los intensos rayos rojizos atravesaban el aire brumoso y se reflejaban en las cúpulas de cobre y en las torres de la amurallada Ciudad Interior. Los habitantes de Meroe no tardaron en levantarse. En la Ciudad Exterior, mujeres negras con cuerpos de estatua se dirigían al mercado con calabazas o con cestos sobre las cabezas, mientras que las muchachas charlaban y reían camino de las fuentes de agua. Niños desnudos jugaban, se peleaban y se perseguían unos a otros por las polvorientas callejuelas. En el umbral de sus chozas se veían unos negros gigantescos sentados en cuclillas, dedicados a sus oficios o simplemente descansando a la sombra.En la plaza del mercado, los comerciantes se sentaban bajo unos toldos rayados, detrás de sus mercancías que consistían en cacharros, en frutas y verduras diversas u otros productos. Gentes de color regateaban el precio de las legumbres, de los plátanos y de los objetos de bronce en un parloteo interminable. Los herreros trabajaban delante de unos pequeños fogones y golpeaban con martillos las azadas, las cuchillas y las puntas de lanza. El cálido sol lo iluminaba todo: el sudor, la alegría, la ira, la desnudez, la fuerza, la miseria y el vigor que caracterizaban a los negros de Kush.De repente el ambiente se transformó. Se oyó el retumbar de cascos, y un grupo de jinetes cruzó la plaza a caballo en dirección a la gran puerta de la Ciudad Interior. Eran media docena de hombres y una mujer, que dominaba el grupo.La piel de la desconocida era de color oscuro y su cabello era una mata negra y espesa recogida con una cinta dorada. Además de las sandalias y de unas placas de oro incrustado en piedras preciosas que cubrían en parte sus exuberantes senos, su único atuendo era una corta falda de seda sujeta a la cintura. Sus facciones eran agradables y sus ojos, audaces y chispeantes, evidenciaban una gran seguridad en sí misma. Conducía su esbelto caballo kushita con la misma seguridad, mediante unas anchas riendas de cuero de color

escarlata. Sus pies se apoyaban en unos estribos de plata. Llevaba un arco y, cruzada sobre su silla de montar, una pequeña gacela que había cazado. Un par de esbeltos perros de caza trotaban a poca distancia del caballo.Cuando la mujer cruzó la plaza, el trabajo, las conversaciones y los ruidos cesaron por completo. Los oscuros rostros de las gentes adquirieron una expresión hosca y sus ojos lanzaron destellos rojos. Los negros volvían la cabeza para hablarse unos a otros en voz baja, y el murmullo se convirtió en un rumor audible y siniestro.El joven que cabalgaba al lado de la mujer mostró señales de inquietud. Lanzó una mirada hacia la sinuosa callejuela que debía recorrer hasta llegar a la enorme puerta de bronce, y al ver que todavía no estaba a la vista, susurró:-La gente está excitada, Majestad. Ha sido una locura salir a caballo por la Ciudad Exterior en un día como hoy. -¡Ni todos los perros negros de Kush juntos podrán impedir que yo vaya de caza! -dijo la mujer-. Si ves alguna señal de amenaza, arróllalos con el caballo.-Eso es más fácil de decir que de hacer -murmuró el acompañante observando a la silenciosa multitud-. Están saliendo de sus casas y se amontonan a lo largo de la calle. ¡Mirad ahí, Majestad!Habían llegado a un ensanchamiento de la mísera plaza en la que el número de negros era realmente impresionante. A un lado de esta plaza se alzaba un edificio con paredes hechas de adobe y de troncos de palmeras, más alta que las casas vecinas; en la puerta había un montón de calaveras. Era el templo del dios Jullah, al que la casta dominante llamaba desdeñosamente la Casa del Demonio. Los negros veneraban a Jullah en oposición a Set, el dios-serpiente de sus gobernantes y de los antepasados de éstos: los estigios.La negra turbamulta siguió amontonándose en la plaza, observando con gesto hosco el paso de los jinetes. Había algo amenazador en su actitud. La reina Tananda sintió por vez primera un estremecimiento y un cierto nerviosismo, y no se había dado cuenta de la llegada del jinete que se acercaba por la calle lateral. Este hombre hubiera llamado su atención en circunstancias normales, pues su piel no era negra ni cobriza. Era un hombre blanco, cuyo enorme cuerpo iba protegido con un casco y una cota de malla.-Estos perros no tienen buenas intenciones -dijo en voz baja el joven que Tananda tenía a su lado, al tiempo que desenvainaba a medias su espada.Los

demás soldados de la escolta -negros, al igual que las gentes que los rodeaban- se acercaron a la reina. El murmullo creció en intensidad, aun cuando no se produjo ningún movimiento violento.-Avanza entre ellos -ordenó Tananda, clavando las espuelas en su caballo.Los negros se apartaron con rabia ante el avance de la reina.De repente, de la Casa del Demonio salió una figura negra y enjuta. Era el viejo Ageera, el brujo, cubierto tan sólo con un taparrabo. Al tiempo que señalaba a la reina Tananda, gritó con fuerza:-¡Ahí va la mujer cuyas manos están empapadas de sangre! ¡Ahí va la que asesinó a Amboola!Estos gritos fueron la chispa que encendió el fuego. Un fuerte rugido surgió de la multitud. Los negros avanzaban gritando:

-¡Muerte a Tananda!Un segundo después, un centenar de manos negras clavaron sus uñas en las piernas de los jinetes. El joven se interpuso entre la reina y el populacho, pero una piedra le golpeó la cabeza. Los soldados fueron derribados de sus caballos, apaleados y apuñalados con saña. Tananda, dominada por el terror, comenzó a gritar mientras su caballo retrocedía. Una veintena de negros, hombres y mujeres, le arañaron el cuerpo.Un enorme negro la cogió por la cintura y la desmontó de la silla, haciéndola caer en el círculo de manos que la esperaban ansiosamente. Le desgarraron la falda y la levantaron en el aire, agitándola de un lado a otro entre las carcajadas del populacho. Una mujer la escupió en la cara y le arrancó las placas doradas que cubrían su pecho y le arañó los senos con las uñas sucias. Alguien lanzó una piedra, que le golpeó en la cabeza.Tananda vio a un individuo que cargaba otra piedra y que pugnaba por acercarse a ella para abrirle la cabeza. Los hombres sacaron las dagas y los cuchillos. Desde atrás empujaban con violencia, lo que impidió que la mataran en el acto. Un grito fue tomando cuerpo en la masa.-¡Al templo de Jullah!

La multitud respondió con un clamor de aprobación, y Tananda fue llevada medio a rastras por la furiosa turbamulta. Decenas de manos negras le tiraban del pelo, de los brazos y de las piernas. Le propinaron varios golpes y otros erraron en el blanco.En ese momento la muchedumbre vaciló al ver a un jinete que, arrollando a

quien encontraba a su paso, se dirigía hacia la reina. Las patas del caballo tiraron a muchos negros al suelo y los aplastaron con sus cascos. Tananda pudo ver fugazmente a un hombre que sobresalía de la multitud. Tenía la cara bronceada y llevaba un casco de acero en la cabeza. Su enorme espada cortaba los negros cuerpos y esparcía manchas de color carmesí. Pero uno de los que integraban la turba empuñó una lanza y abrió con ella el vientre del caballo. Éste lanzó un relincho y se desplomó al suelo.El jinete cayó de pie, sin dejar de golpear a derecha e izquierda. Otras lanzas intentaron herirlo, pero él seguía cortando carne, hundiendo cráneos y desparramando entrañas por el suelo ensangrentado.   Abriéndose paso entre las gentes de color, el desconocido se agachó y levantó a la aterrada reina del suelo. La cubrió con su escudo y avanzó sin dejar de sembrar la muerte a su paso, hasta que llegó a una esquina de la muralla. Colocó a Tananda detrás de él para protegerla con su cuerpo, y luego continuó la encarnizada batalla.Entonces se oyó el resonar de unos cascos de caballo. Era una compañía de guardias reales, que irrumpió en la plaza pisoteando a quienes encontraban a su paso. Los kushitas gritaron presas de pánico y huyeron por las calles laterales dejando en el suelo una veintena de cadáveres. El capitán de la guardia, un negro gigantesco radiante con su atuendo de seda de color carmesí y arneses dorados, se acercó y desmontó.-Has tardado mucho en llegar -dijo la reina una vez que hubo recuperado la compostura.El rostro del capitán se volvió ceniciento. Antes de que pudiera reaccionar, Tananda hizo una seña a los hombres que había detrás de él. Uno de ellos empuñó su lanza con ambas manos y la hundió entre los hombros del capitán con tal fuerza que la punta salió por delante. El oficial cayó de rodillas, y media docena de lanceros concluyeron la tarea.Tananda sacudió su larga cabellera negra y se volvió hacia su salvador. La mujer sangraba por varias heridas superficiales y estaba desnuda como un recién nacido, a pesar de lo cual miró al forastero sin dar muestras de la menor turbación. Él le devolvió la mirada, sin poder evitar una expresión de admiración ante la serenidad de la joven y la belleza de sus piernas y de su voluptuoso cuerpo.-¿Quién eres? -preguntó ella.-Soy Conan el cimmerio -respondió el hombre con un gruñido.-¿Cimmerio? -inquirió Tananda, que nunca había oído hablar de ese

lejano país situado a cientos de leguas al norte. -Luego frunció el ceño y agregó-: Llevas puesto un casco y una cota de malla estigios. ¿Perteneces a algún pueblo estigio? Conan negó con la cabeza, y dijo con una sonrisa:-Obtuve la armadura de un estigio, pero antes tuve que matar al pobre infeliz.-Entonces ¿qué haces en Meroe?-Soy un soldado errante -respondió él sencillamente-. Tengo una espada que lucha para el que paga. He venido a buscar fortuna.El cimmerio no creyó oportuno hablarle de sus anteriores actividades como pirata de la Costa Negra, ni del tiempo que pasó como jefe guerrero de una tribu de la selva en el sur.La mirada de la reina recorrió admirativamente el enorme cuerpo de Conan.

-Voy a contratar tu espada -dijo finalmente-. ¿Cuánto pides? Conan lanzó una desconsolada mirada a su caballo, que yacía muerto en el suelo y preguntó a su vez:-¿Cuánto ofreces? Soy un vagabundo sin dinero y ahora, para mayor desgracia, sin caballo.La negra movió la cabeza y replicó:-¡No, por Set! Ya no eres un pobre vagabundo, sino el capitán de la guardia real. ¿Son cien piezas de oro al mes suficientes para comprar tu lealtad?El cimmerio miró el cuerpo del antiguo capitán que yacía en el suelo, cubierto de seda, de acero y de sangre. El espectáculo no disminuyó un ápice el gozo que expresó su súbita sonrisa.-Creo que sí -dijo Conan.

4. La esclava blanca.

Pasaron los días y la luna creció, adquiriendo un tono ceniciento. Una breve y desorganizada insurrección de las castas inferiores fue reprimida por Conan con mano férrea. Shubba, el criado de Tuthmes, regresó a Meroe. Una vez dentro de la habitación de su amo, donde las pieles de león servían de alfombras, dijo:

-He encontrado la mujer que deseabas, señor. Es una muchacha nemedia capturada en un barco mercante de Argos. Pagué muchas monedas al mercader de esclavos shemita a cambio de ella.-Deja que la vea -dijo Tuthmes.Shubba salió de la habitación y regresó al cabo de un rato conduciendo a la joven por la muñeca. Era esbelta,

y su blanco cuerpo producía un extraordinario contraste con los cuerpos negros y cobrizos a los que Tuthmes estaba acostumbrado. Su cabello le caía en una cascada de oro sobre los hombros de marfil. Iba ataviada tan sólo con una raída túnica. Shubba le quitó la prenda dejándola en la más completa desnudez. La muchacha pareció encogerse, avergonzada.Tuthmes asintió con la cabeza de manera algo impersonal, y dijo:-Es una excelente mercancía. Si no estuviera el trono en juego, me sentiría tentado de conservarla para mí. ¿Le has enseñado nuestra lengua kushita, como te ordené?-Sí, mi señor; lo hice durante mi estancia en la ciudad de los estigios y después a diario durante el viaje con la caravana. La joven se llama Diana.

Tuthmes se sentó en un diván y le indicó a la muchacha que se sentara con las piernas cruzadas en el suelo, a sus pies. Ella obedeció.-Voy a entregarte a la reina de Kush como obsequio -le dijo Tuthmes-. Aparentemente serás su esclava, pero en realidad seguirás perteneciéndome a mí. Recibirás órdenes con regularidad y no dejarás de cumplir lo que te manden. La reina es cruel e impulsiva, de modo que debes procurar no indisponerte con ella. No dirás nada, ni siquiera bajo tortura, de la relación que te une a mí. Para cuando estés en el palacio, fuera de mi alcance y sientas la tentación de desobedecerme, te demostraré ahora mi poder.Tuthmes la cogió por la mano y la condujo por un corredor hasta llegar a una escalera de piedra; descendieron y se encontraron en una larga habitación tenuemente iluminada. La estancia estaba dividida en dos mitades por una pared de cristal transparente como el agua, a pesar de tener un metro de grosor, y suficientemente fuerte como para resistir el empuje de un elefante. Tuthmes condujo a Diana hasta allí y la colocó frente a la pared, mientras él retrocedía. De repente se apagó la luz.La muchacha se quedó a oscuras, con las finas piernas temblando de pánico. Luego la habitación se iluminó con un tenue fulgor y la joven vio una cabeza horrenda y deforme. Pudo distinguir un hocico bestial, con dientes afilados como navajas y cubierto de duras cerdas. A medida que el monstruo avanzaba hacia ella, la muchacha lanzó un grito de horror, olvidando que había un grueso vidrio que la separaba del

engendro. Se volvió, echó a correr y cayó en los brazos de Tuthmes.-Tú eres mi esclava -le dijo con tono sibilante-. No me traiciones porque, en ese caso, él te buscará donde quiera que estés. No podrás ocultarte de él.Luego murmuró algo más al oído de la muchacha, y ésta se desmayó.Tuthmes la subió en brazos y la entregó a una mujer negra a la que dio órdenes de que la reanimaran, le dieran de comer y de beber, la bañaran, la peinaran y la perfumaran a fin de tenerla dispuesta para su presentación ante la reina, a la mañana siguiente.

5. El látigo de Tananda.

Al día siguiente, Shubba condujo a Diana de Nemedia hasta el carruaje de Tuthmes, la hizo subir y luego empuñó las riendas. La joven tenía mucho mejor aspecto, después de lavada y perfumada, y su belleza estaba realzada por un discreto toque de maquillaje. Llevaba puesta una túnica de seda tan fina que a través de ella se podía ver el contorno de su cuerpo. Una diadema de plata relucía sobre su dorada cabellera.Sin embargo, Diana todavía estaba aterrada. La vida había sido una constante pesadilla para ella desde que los mercaderes de esclavos la raptaron. Había procurado consolarse durante los largos meses que siguieron, pensando que nada es eterno y que siendo tan desdichada, su situación no podía más que mejorar. Pero aunque pareciera imposible, había empeorado.Ahora iban a entregarla como regalo a una reina cruel e irascible. Si sobrevivía, se vería atrapada entre el peligro del monstruo de Tuthmes, por un lado, y las sospechas y recelos de la reina por el otro. Si no espiaba en favor de Tuthmes, el demonio daría buena cuenta de ella; si lo hacía, la reina seguramente terminaría enterándose y la haría matar de alguna manera más horrenda aún.El cielo tenía un color acerado. Al oeste se veía un cúmulo de nubes, pues estaba a punto de comenzar la época de las lluvias en Kush.El carruaje avanzó hacia la plaza principal que se encontraba frente al palacio real. Las ruedas se hundían suavemente en la arena y, de vez en cuando, emitían un chasquido.

La mayor parte de los nobles descansaban en sus casas. Unos pocos criados negros pasaban por la calle y al cruzarse con el carruaje volvían sus rostros inexpresivos y brillantes a causa del sudor.Una vez en el palacio, Shubba hizo descender a Diana del carruaje y la condujo a través de unas puertas de bronce abiertas de par en par. Un obeso mayordomo los llevó por una serie de corredores hasta una gran sala adornada con la opulencia propia de una princesa estigia. Tananda estaba sentada en un sillón de ébano y marfil con incrustaciones en oro y madreperla. Llevaba una breve falda de seda de color carmesí.La reina examinó con insolencia y altivez a la temblorosa esclava rubia que se hallaba delante de ella. La muchacha era evidentemente un objeto de indudable valor. Pero el pérfido corazón de Tananda sospechaba en seguida de los demás, porque ella misma era una traidora. La reina, con voz velada por la amenaza, dijo:-¡Habla, muchacha! ¿Para qué te envía Tuthmes a este palacio?

-No..., no lo sé, señora. ¿Dónde estoy? ¿Quién eres? Diana tenía la voz suave y aguda, como la de una niña.-¡Soy la reina Tananda, estúpida! Y ahora, contesta a mi pregunta.-No puedo responder, mi señora. Lo ignoro. Lo único que sé es que mi señor Tuthmes me envía como regalo...-¡Mientes! Tuthmes está comido por la ambición. Puesto que me odia, no me haría un regalo sin una segunda intención. Algo debe de estar maquinando. ¡Cuéntamelo, o será peor para ti!-¡No..., no lo sé! ¡No sé nada! -repuso plañideramente Diana, rompiendo en sollozos.Aterrada casi hasta la locura por el monstruo de Muru, no habría podido hablar aunque hubiera querido. Su lengua se habría negado a obedecer a su cerebro.-¡Desnudadla! -ordenó Tananda, mientras alguien le arrancaba a Diana el ligero vestido que cubría su cuerpo-. ¡Atadle las manos!Ataron las muñecas de la muchacha e hicieron pasar la soga por encima de una viga, después de lo cual se tensó la cuerda de modo que los brazos de Diana quedaron extendidos sobre su cabeza.

Tananda se puso en pie y cogió un látigo.-Ahora -dijo con una sonrisa cruel-, vamos a ver lo que sabes acerca de los planes de

nuestro querido amigo Tuthmes. Una vez más, ¿vas a hablar?Con la voz ahogada por el llanto, Diana se limitó a mover negativamente la cabeza. El látigo zumbó en el aire y restalló sobre la piel de la muchacha, dejando una línea roja que cruzaba diagonalmente su espalda. La joven lanzó un grito desgarrador.-¿Qué sucede? -preguntó alguien con voz profunda.Conan, ataviado con una cota de malla sobre el jubón de seda y con la espada al cinto, se encontraba en el vano de la puerta. Puesto que ya había intimado con Tananda, se había habituado a entrar en las habitaciones de la reina sin ser anunciado. La soberana había tenido muchos amantes -el asesinado Amboola, entre otros-, pero nunca encontró en ninguno de ellos la pasión y la fogosidad que había hallado en los brazos del cimmerio.-Aquí tengo una ramera del norte -dijo Tananda volviéndose hacia el recién llegado-. Tuthmes me la ha enviado como regalo, sin duda alguna para que me clave una daga entre las costillas o me eche veneno en el vino. Estoy tratando de hacerle confesar la verdad. Si venías a hacerme el amor, tendrás que volver más tarde, Conan.-No venía sólo por eso -repuso el cimmerio sonriendo con gesto de lobo—. También hay un pequeño asunto de estado. Dime, ¿qué disparate es ese de permitir que los negros entren en la Ciudad Interior para ver cómo se ejecuta a Aahmes en la hoguera?-¿Un disparate? Eso enseñará a los perros negros que no se puede bromear conmigo. El bribón será torturado de tal manera que se recordará durante años. ¡Así perecerán todos los enemigos de nuestra divina dinastía! ¿Qué objeciones tienes, Conan?-Sólo esta: si permites que miles de kushitas entren en la Ciudad Interior y se enardezcan aún más con la contemplación de la tortura, te aseguro que no tardará mucho tiempo en producirse otra revuelta. Tu divina dinastía no se ha hecho querer demasiado por esas gentes.-¡No le temo a esa escoria negra!-Tal vez eso sea cierto, pero he salvado tu hermoso cuello un par de veces en sus manos, y a la tercera quizá no tenga la misma suerte. Estaba tratando de decirle eso mismo a tu ministro Afari en su palacio, pero él me dijo que eran órdenes tuyas y que no podía hacer nada. Pensé que entrarías en razones al escucharme a mí, pues tus cortesanos te temen demasiado para decirte la verdad.-No pienso hacer nada de lo que me dices. Y ahora vete y déjame con mi

tarea..., a menos que quieras empuñar el látigo tú mismo.Conan se acercó a Diana y la observó con atención. Luego dijo:-Tuthmes tiene buen gusto. Pero esta muchacha está muerta de miedo. De nada valdrá lo que le hagas decir. Dámela a mí y verás lo que se puede lograr con un poco de amabilidad.-¿Amable, tú? Vamos, ocúpate de tus asuntos, Conan, y yo me ocuparé de los míos. Deberías estar distribuyendo a tus guardias para la reunión de esta noche.Luego Tananda se dirigió a Diana y le dijo con brusquedad:-¡Habla de una vez, fresca; maldita sea tu alma!El látigo silbó en el aire cuando lo alzó para castigar de nuevo.Adelantándose con la rapidez de un león, Conan cogió a Tananda por la muñeca y se la retorció hasta que le hizo soltar el látigo.-¡Suéltame! -gritó la reina-. ¿Te atreves a emplear la fuerza conmigo? ¡Voy a...! ¡Voy...!-¿Vas a qué? -dijo Conan serenamente, arrojando el látigo a un rincón; luego extrajo su daga y cortó la cuerda que retenía las muñecas de Diana. Los servidores de Tananda intercambiaron miradas inquietas-. ¡Cuida tu real dignidad, Majestad! -exclamó Conan con una sonrisa y rodeando a Diana con sus brazos-. Recuerda que mientras yo esté al mando de tu guardia, al menos tienes una posibilidad. Sin mí... bueno, ya lo sabes. Nos veremos durante la ejecución.Conan se dirigió hacia la puerta, sosteniendo a la muchacha nemedia. En el paroxismo de la ira, Tananda cogió el látigo y lo lanzó contra el cimmerio. El mango golpeó su ancha espalda y luego cayó al suelo.-¡La prefieres a ella tan sólo porque tiene una piel de pescado como la tuya! -chilló la reina-. ¡Pagarás cara tu insolencia, Conan!El cimmerio salió de la habitación al tiempo que lanzaba una estruendosa carcajada. Tananda se arrojó al suelo y comenzó a golpear el mármol con los puños, mientras lloraba de rabia y de impotencia.Poco después, Shubba pasaba con el carruaje delante de la morada de Conan, camino de la casa de su amo, y contempló con asombro cómo el cimmerio entraba por la puerta principal de su casa llevando a la muchacha desnuda en brazos. Shubba agitó las riendas para apurar al caballo.

6. Un consejo sombrío.

Acababan de encenderse las lámparas cuando Tuthmes tomó asiento en su habitación junto a Shubba y a Muru, el alto hechicero de Kordafa. Mientras observaba inquieto a su amo, Shubba le relató lo sucedido.-Creo que no valoré debidamente la astucia de Tananda -dijo Tuthmes-. Es una lástima haber desperdiciado una muchacha como la nemedia, pero no siempre es posible conseguir lo que uno se propone. Lo que importa ahora es esto: ¿Qué vamos a hacer? ¿Ha visto alguien al brujo Ageera?-No, mi señor -respondió Shubba-. Desapareció después de haber iniciado la revuelta contra Tananda. Lo hizo con mucha prudencia, a decir verdad. Algunos afirman que se ha marchado de Meroe; otros aseguran que se oculta en el templo de Julián, entregado por completo a las adivinaciones.-Si nuestra divina reina tuviese la inteligencia de un mosquito —dijo Tuthmes con desprecio-, haría invadir la Casa del Demonio por unos cuantos guardias robustos y colgaría de sus vigas a los sacerdotes. -Los otros dos se estremecieron y apartaron la mirada con aire inquieto-. Ya sé que os aterran las brujerías de esos hechiceros -agregó Tuthmes-. Bien, veamos. La muchacha ya no nos sirve para nada. Si Tananda no ha conseguido hacerle confesar nuestros secretos, Conan lo hará por medios más suaves, y además, en su casa, la chica no nos resulta de ninguna utilidad porque no puede espiar para nosotros. Por consiguiente, debe morir cuanto antes. Muru, ¿puedes enviar a tu demonio a la casa de Conan esta noche, mientras él se encuentra al frente de la guardia, a fin de que el monstruo se deshaga de la muchacha?-Puedo hacerlo, señor -respondió el aludido-. ¿Y no debiera ordenarle que permanezca allí hasta que Conan regrese, para que lo mate también a él? Porque tengo la impresión de que nunca llegarás a ser rey, mientras Conan viva. En tanto conserve su puesto actual, luchará como un condenado para proteger a la reina, pues así se lo ha prometido, y ello a pesar de las disputas que pueda haber entre ambos. Entonces intervino Shubba y dijo: -Aun cuando nos librásemos de la propia Tananda, Conan seguiría interponiéndose en nuestro camino. Podría incluso convertirse en rey. En realidad, en estos momentos ya casi es el soberano sin corona de Kush, puesto que es el hombre de confianza y el amante de la reina. Los guardias reales le profesan una gran devoción y aseguran que a

pesar de su piel blanca, en realidad es negro, como ellos.-Muy bien -dijo Tuthmes-. Librémonos de los dos al mismo tiempo. Yo estaré viendo la ejecución de Aahmes en la plaza principal, a fin de que nadie diga que tomé parte en esas muertes.-¿Y por qué no enviamos el demonio a Tananda también? -preguntó Shubba.-Aún no ha llegado el momento -repuso Tuthmes—. Primero debo conseguir la adhesión de los nobles respecto a mis pretensiones al trono, y eso no será fácil. Muchos de ellos también ambicionan ser reyes de Kush. Hasta que mi facción no se fortalezca, mi situación en el trono será tan insegura como la de Tananda ahora. De modo que no me importa esperar un poco mientras ella se va granjeando el odio de sus vasallos por sus excesos.

7. El destino de un reino

En el centro de la plaza principal de la Ciudad Interior se había colocado una estaca a la que estaba amarrado el príncipe Aahmes. Éste era un joven rollizo, de piel morena, cuya ignorancia en cuestiones de política había permitido que Afari lo complicara en la supuesta conjura con una acusación falsa.Cuatro hogueras ubicadas en las esquinas de la plaza, así como varias filas de antorchas, iluminaban el lugar del suplicio, que componía una escena infernal. Entre la estaca de la pira y los muros del palacio real se había erigido un estrado sobre el que estaba sentada Tananda. Alrededor de dicho estrado, estaban los guardias reales formando filas de tres hombres. Las llamas de las antorchas lanzaban destellos rojizos sobre las afiladas puntas de las lanzas, sobre los escudos de piel de elefante y sobre las plumas de sus tocados.A un lado de la plaza se encontraba Conan a caballo, a la cabeza de su compañía de guardias montados, que tenían las lanzas levantadas en la mano. A lo lejos, los relámpagos iluminaban los cúmulos de nubes.

Alrededor del príncipe Aahmes, atado a la estaca, había más guardias, que dejaban un espacio libre en torno al lugar de la ejecución. En este espacio estaba el verdugo de la reina, calentando

los instrumentos de tortura en una pequeña fragua. El resto de la plaza estaba atestado de los negros habitantes de Meroe. La luz de las antorchas hacía resaltar el blanco de sus ojos y de sus dientes sobre las oscuras pieles de los hombres. Tuthmes y sus fieles formaban un grupo compacto en la primera fila.Conan lanzó una mirada a la turbamulta, con la sensación de que aquello no presagiaba nada bueno. Hasta ese momento todo había transcurrido en orden, pero nadie sabía lo que podía ocurrir cuando se agitaran las pasiones primitivas de los espectadores. Una indescriptible inquietud hizo presa del ánimo del cimmerio. A medida que pasaba el tiempo aumentaba su desasosiego, relacionado más que con el destino de la obstinada reina, con el de la muchacha nemedia que había dejado en su casa. La chica quedó al cuidado de una criada negra, porque Conan necesitaba a todos sus guardias para vigilar y controlar a la multitud que se reunía en la plaza esa noche.En las pocas horas que había tratado a Diana, el cimmerio quedó prendado de ella. Era suave y dulce y tal vez virgen, por lo que contrastaba en todos los sentidos con la impetuosa, cruel y sensual Tananda. Ser amante de Tananda era algo apasionante, sin duda alguna, pero al cabo de algunas semanas Conan empezó a pensar que preferiría una mujer de carácter menos tormentoso, para variar. Pero conociendo a la reina como él la conocía, Conan sospechaba que ésta sería capaz de enviar a alguien para que diera muerte a la joven mientras la casa se hallaba sin protección y él estaba ocupado con otros asuntos.En el centro de la plaza, el verdugo avivó el fuego con un fuelle. Luego alzó una herramienta que brilló con tonalidades rojizas en la oscuridad, y se acercó al prisionero. Conan no podía oírlos debido al rumor de la multitud, pero se dio cuenta de que el verdugo le estaba preguntando a Aahmes detalles acerca de la confabulación. El cautivo movió la cabeza indicando que no sabía nada.Conan sintió como si una voz le hablara interiormente, exhortándole a regresar a su casa. En las tierras hibóreas, el cimmerio había oído hablar a los sacerdotes y filósofos acerca de la existencia de espíritus guardianes y de la posibilidad de una comunicación directa entre dos mentes alejadas. Convencido de que estaban locos, no les prestó demasiada atención entonces. Ahora, sin embargo, creía entender a qué se

referían. El cimmerio procuró apartar de su espíritu esa sensación inquietante, pensando que era producto de su imaginación, pero volvió a sentirla con más intensidad.Por último, Conan le dijo a su lugarteniente:-Mongo, toma el mando hasta mi regreso.-¿Adonde vas, señor? -preguntó el negro.-Voy a dar una vuelta por las calles, para asegurarme de que no hay pandillas de tunantes al amparo de la oscuridad. Mantén todo bajo control. En seguida vuelvo.Conan salió de la plaza a todo galope. La multitud se apartó para dejarle pasar. Su premonición se hacía cada vez más intensa. Hizo marchar a su corcel a paso rápido hasta que llegó a su casa. A lo lejos se oyó el débil sonido de un trueno.La casa estaba a oscuras, con excepción de una luz que alumbraba en la parte posterior. Conan desmontó del caballo, lo ató a una argolla y penetró en la casa con la mano sobre la empuñadura de la espada. En ese mismo instante escuchó un grito aterrador y reconoció la voz de Diana.Al tiempo que lanzaba un juramento, Conan corrió directamente hacia la casa, desenvainando la espada. El grito procedía de un salón de estar, apenas iluminado por la tenue luz que llegaba desde la cocina, donde había una vela encendida.Conan se detuvo en la puerta de la sala, horrorizado por lo que vio. Diana estaba encogida sobre un diván cubierto de pieles de leopardo. Tenía el cuerpo descubierto debido al desorden de su túnica de seda. Sus ojos azules estaban desorbitados por el terror que la embargaba.En el centro de la habitación flotaba una bruma gris que se iba haciendo cada vez más densa. Parte de esa neblina ya se había condensado en una enorme figura monstruosa con hombros peludos y miembros bestiales. Conan vio que la cabeza. deforme del engendro estaba dotada de un hocico de jabalí, con colmillos afilados como una daga.La cosa se había solidificado a partir del aire y se estaba materializando por influjo de algún hechizo demoníaco. Primitivas leyendas afloraron a la mente de Conan, historias de seres pavorosos que merodeaban en la oscuridad y mataban con una furia inhumana. Por un segundo, sus temores atávicos le hicieron vacilar. Luego, lanzando un rugido furioso, saltó hacia adelanté para presentar batalla, pero tropezó con el cuerpo de la criada negra, que se había desmayado en el umbral de la puerta. El cimmerio cayó de bruces al suelo y la espada se le escapó de la mano.En ese mismo

instante el monstruo, que había reaccionado con una rapidez sobrehumana, giró y se lanzó sobre Conan dando un salto gigantesco. Al caer Conan al suelo, el demonio pasó por encima de su cuerpo y fue a dar contra la pared.Los combatientes volvieron a ponerse de pie inmediatamente. En el momento en que el monstruo saltaba de nuevo hacia Conan, el fulgor de un relámpago iluminó los afilados colmillos del engendro. El cimmerio le dio un golpe con el codo izquierdo en la mandíbula, mientras con la mano derecha buscaba la daga.Los peludos brazos del demonio rodearon el cuerpo de Conan con una fuerza tal que hubieran destrozado la espalda de un hombre más débil. Aquél oyó que su túnica se desgarraba cuando la cosa le clavó las afiladas uñas, y advirtió que un par de eslabones de su cota de malla se abrían con un sonido metálico. Aunque el peso del monstruo era aproximadamente igual al de Conan, su fuerza era increíble. Por más que ponía en juego todos sus músculos, el cimmerio notó que su antebrazo izquierdo se iba poco a poco hacia atrás, de modo que el horrendo hocico se acercaba cada vez más a su rostro.Allí, en la semioscuridad, los dos antagonistas forcejeaban abrazados, como en una danza grotesca. Conan buscaba desesperadamente su puñal, mientras el engendro acercaba lentamente sus colmillos. El cimmerio se dio cuenta de que el cinturón debía de haberse movido de su sitio, pues la daga estaba fuera de su alcance. Sintió renacer sus esperanzas cuando advirtió algo frío en la palma de su mano derecha. Era la empuñadura de su espada, que Diana había recogido del suelo y colocaba ahora en su diestra.Conan empuñó el arma y tanteó con la punta en busca de un punto apropiado para clavar la daga. Luego empujó con fuerza. La piel del monstruo era increíblemente dura, pero el poderoso impulso hizo penetrar la hoja. El engendro lanzó un alarido bestial al tiempo que abría y cerraba espasmódicamente las mandíbulas.Conan le clavó el sable una y otra vez, pero la bestia peluda ni siquiera parecía sentir el acero. Sus brazos demoníacos oprimieron más aún al cimmerio en un abrazo mortal. Conan sintió los afilados colmillos cerca de su rostro. Otros eslabones de su cota de malla se abrieron con un chasquido metálico bajo la presión de las tremendas garras, que rasgaron su túnica y trazaron surcos sangrientos en la espalda del cimmerio. De las heridas del engendro

fluía un líquido viscoso, que no se parecía en nada a la sangre humana y que empapó las vestimentas del cimmerio.Por último, Conan apoyó una pierna en el vientre del monstruo y presionó con todas las fuerzas que le quedaban hasta que consiguió liberarse. Se tambaleó un instante debido al esfuerzo realizado, y viendo que el engendro avanzaba nuevamente hacia él, Conan alzó la espada con ambas manos y trazó con ella un arco desesperado. La hoja mordió el cuello del monstruo, cercenándolo en parte. El poderoso mandoble hubiera decapitado a dos o tres hombres, pero los tejidos de este demonio eran más resistentes que los de un ser humano.No obstante, con la horrenda cabeza casi separada del tronco, el engendro retrocedió tambaleándose y se desplomó sobre el suelo. Conan aún jadeaba intensamente, con la espada empapada de sangre, cuando se le acercó Diana y le rodeó el cuello con los brazos.

-¡Qué feliz soy! -exclamó ella-. Supliqué a Ishtar que te enviara...-Vamos, calma -dijo Conan, procurando serenar a la muchacha con sus rudas caricias—. Tal vez parezca que estoy medio muerto, pero todavía puedo mantenerme en pie...Conan se interrumpió y abrió los ojos con un asombro atroz. La cosa que creía muerta se levantó, avanzó con paso inseguro hacia la puerta con la cabeza bamboleándose sobre los hombros, tropezó con el cuerpo de la criada negra que seguía inconsciente y desapareció en la noche.-¡Por Crom y por Mitra! -exclamó el cimmerio boquiabierto, al tiempo que apartaba a Diana a un lado-. Eres una buena chica, pero antes debo seguir a ese monstruo. Es el demonio de la noche, del que tanto hablan los negros, ¡y por Crom que voy a averiguar de dónde viene!Salió al patio y advirtió qué su caballo había desaparecido. Un trozo de rienda que quedó atado a la argolla le indicó que el animal había roto la correa aterrado por la aparición del monstruo.Poco después, Conan volvió a la plaza donde iba a tener lugar la ejecución. Mientras se abría paso bruscamente entre la multitud que bramaba llena de excitación, vio que el monstruo se tambaleaba y caía delante del hechicero de Kordafan que formaba parte del grupo de Tuthmes. Con los últimos estertores, el engendro fue a apoyar su cabeza a los pies del brujo.Nuevos rugidos de cólera se elevaron de

la multitud, que reconoció en aquel monstruo al demonio que durante años había aterrorizado a la ciudad de Meroe con sus apariciones esporádicas. Aunque los guardias aún forcejeaban para mantener libre el espacio que habían dejado en torno a la estaca de tortura, muchas manos aferraron a Muru desde los lados y desde atrás y lo arrojaron al suelo. Conan alcanzó a escuchar lo que gritaba el populacho:-¡Matadlo! ¡Es el amo del demonio! ¡Matadlo sin piedad!A continuación se hizo un súbito silencio. En el centro de la plaza pudieron ver a Ageera con la cabeza, afeitada pintada de modo que pareciese una calavera. Era como si hubiese saltado por encima de las cabezas de la multitud para aparecer en el espacio abierto.-¿Por qué dar muerte al instrumento y no al hombre que lo maneja? -dijo señalando a Tuthmes-. ¡Ése es el hombre al que sirve Muru! ¡Por orden suya el demonio mató a Amboola! ¡Mis espíritus me lo han revelado en el silencio del templo de Jullah! ¡Matadlo a él también!Mientras otras manos se apoderaban de Tuthmes, que gritaba lleno de desesperación, Ageera señaló hacia el estrado en el que se hallaba sentada la reina Tananda.-¡Matad a todos los nobles! -gritó-. ¡Dad muerte a los amos! ¡Libraos de vuestro yugo y volved a ser libres! ¡Matad, matad, matad!Conan apenas podía sostenerse en pie, arrastrado por la marea humana que gritaba:-¡Matad, matad, matad!De cuando en cuando algún aterrorizado aristócrata era arrojado al suelo y destrozado con saña.El cimmerio se abrió paso en dirección a sus guardias, con ayuda de los cuales aún esperaba poder despejar la plaza.. Pero en ese momento, por encima de las cabezas de la gente apiñada, vio algo-que le hizo cambiar de intención. Un guardia real, que se hallaba de espaldas al estrado, se volvió de improviso y arrojó su lanza contra la reina, a la que se suponía que debía proteger. La punta traspasó el glorioso cuerpo de la soberana como si fuera de mantequilla. Cuando Tananda se derrumbó sobre su asiento, una docena de lanzas más se clavaron en su hermoso cuerpo. Una vez desaparecida su ama, los guardias reales montados se unieron al populacho y masacraron a los nobles.Poco después, Conan llegaba a su casa maltrecho y agitado. Ató su nuevo caballo y corrió al interior de la mansión, de la que salió con un saco de monedas que tenía guardadas en un escondite.-¡Vámonos de aquí! -le dijo a Diana-. ¡Coge algo de pan!

¿Dónde diablos está mi escudo? ¡Ah, sí, aquí lo tengo!-Pero ¿no vas a llevarte estos preciosos...?-No hay tiempo. Los negros están como locos. Cógete a mi cintura y sube al caballo. ¡Vamos, arriba!Con su doble carga, el corcel galopó pesadamente a través de la Ciudad Interior, entre una turba de revoltosos, de perseguidores y de perseguidos. Un hombre dio un salto para coger la brida del caballo, pero fue arrollado y cayó al suelo lanzando un grito, al tiempo que se escuchaba un crujido de huesos rotos. Los demás se apartaron del camino como enloquecidos. Conan y Diana traspusieron la gran puerta de bronce mientras a sus espaldas las casas de la nobleza ardían como pirámides anaranjadas. Por encima de sus cabezas, los relámpagos serpenteaban en el cielo, resonaban los truenos y la lluvia comenzó a caer como una cortina de agua.Una hora más tarde, el chaparrón se había convertido en una fina llovizna. El caballo avanzaba despacio, buscando el camino en la oscuridad.-Aún estamos en la carretera de Estigia —dijo Conan aguzando los ojos, procurando ver algo en la oscuridad-. Cuando pare la lluvia, nos detendremos para secarnos y dormir un poco.-¿Hacia dónde vamos? -preguntó Diana con voz dulce.-No lo he decidido aún, pero estoy harto de las naciones negras. No se puede hacer nada con esta gente; son tan tercos y estrechos de mente como los bárbaros de mi tierra: los cimmerios, los aesires y los vanires. Creo que probaré fortuna de nuevo en las comarcas civilizadas.-¿Y qué será de mí?-¿Qué prefieres? Puedo enviarte a tu país, o puedes quedarte conmigo. Lo que tú quieras.-Yo creo -dijo la muchacha con voz suave- que a pesar de la mojadura y de las penurias estoy bien donde estoy.Conan sonrió complacido en el silencio de la noche y clavó las espuelas en el caballo, que apuró el paso y se perdió en las sombras.

